

Danielle Steel



El Regalo

ÍNDICE

Capítulo I.....	3
Capítulo II	17
Capítulo III	42
Capítulo IV	51
Capítulo V	62
Capítulo VI.....	73
Capítulo VII.....	85
Capítulo VIII	98
Capítulo IX.....	107
Capítulo X	111
Capítulo XI.....	125
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA	132



Capítulo I

A Annie Whittaker le encantaba todo lo relacionado con la Navidad. Le encantaba el tiempo, los árboles iluminados en los jardines y las siluetas de Santa Claus hechas con bombillitas en los tejados. Le encantaban los villancicos, esperar la llegada de Santa Claus, ir a patinar sobre hielo y luego tomar chocolate caliente, hacer guirnalda de palomitas de maíz con su madre y sentarse después a mirar maravillada lo bonito que quedaba el árbol de Navidad iluminado. Su madre la dejaba allí sentada, envuelta en el resplandor, con su rostro de niña de cinco años lleno de embeleso.

Elizabeth Whittaker tenía cuarenta y un años cuando nació Annie y fue una sorpresa para ellos. Hacía tiempo que Elizabeth había abandonado la esperanza de tener otro hijo. Ella y John lo habían intentado durante años, Tommy ya tenía entonces diez, y habían acabado resignándose a tener un solo hijo. Tommy era un niño estupendo y sus padres siempre se habían considerado afortunados. Jugaba a fútbol americano y a béisbol en la liga infantil, y cada invierno era la estrella del equipo de hockey sobre hielo. Era buen chico y hacía todo lo que debía, sacaba buenas notas en el colegio y se mostraba cariñoso con ellos, y sus travesuras garantizaban que era normal. No es que fuera el niño perfecto, pero era buen chaval. Tenía el cabello rubio como su madre Liz y unos penetrantes ojos azules como su padre. También tenía sentido del humor y una mente despierta y, después de la sorpresa inicial, parecía haberse acostumbrado a la idea de tener una hermanita.

Durante los últimos cinco años y medio, desde el nacimiento de Annie, Tommy pensaba que el mundo giraba en torno a su hermana. Annie era una criatura diminuta de amplia sonrisa y una carcajada que resonaba por toda la casa cada vez que Tommy y ella estaban juntos. Cada día Annie esperaba ansiosamente el regreso de su hermano del colegio para sentarse a merendar galletas con leche en la cocina. Cuando nació Annie, Liz dejó su trabajo a jornada completa para hacer sustituciones en escuelas. Decía que quería disfrutar de su último hijo todos los minutos que le fueran concedidos. Y así fue. Estaban siempre juntas.

Liz incluso encontró tiempo para colaborar como voluntaria durante dos años en la guardería a la que asistía Annie, y ahora participaba en las actividades artísticas del parvulario. Por las tardes preparaban galletas o pan, o bien Liz le leía durante horas sentadas en la acogedora cocina. Sus vidas eran un círculo cálido en el que los cuatro se sentían protegidos de las cosas que ocurrían a las demás personas.

John cuidaba de ellos. Poseía el mayor negocio de venta de frutas y verduras al por mayor del estado y se ganaba bien la vida. El negocio iba bien desde el principio; antes de que pasara a sus manos lo había llevado su padre y su abuelo. Tenían una casa bonita en la mejor zona de la ciudad. No es que fueran ricos, pero estaban

resguardados de los fríos vientos de cambio que afectaban a los agricultores y a quienes tenían negocios susceptibles de verse perjudicados por las modas. La demanda de comida de calidad era ingente y John Whittaker siempre la había suministrado. Era un hombre afable y solícito y esperaba que algún día Tommy se haría cargo del negocio. Pero quería que primero fuera a la universidad. Y también Annie; John esperaba que fuera tan lista y tan culta como su madre. Annie quería ser profesora, igual que su madre, pero él soñaba con que estudiara medicina o leyes. En 1952 era un sueño difícil de conseguir, pero John ya había ahorrado una suma considerable para costear la educación de Annie, y también hacía varios años que tenía reservado el dinero para los estudios de Tommy. De modo que financieramente ambos tenían allanado el camino de la universidad. John era de los que creen en los sueños. Siempre decía que todo era posible si se deseaba con la intensidad suficiente y se estaba dispuesto a trabajar lo necesario para conseguirlo. Y él siempre había sido muy trabajador. Liz solía ayudarlo, pero ahora le satisfacía que pudiera quedarse en casa. Le encantaba llegar a casa por las tardes y encontrarla con Annie, o jugando a muñecas con su hija en la habitación de ésta. Se le ensanchaba el corazón sólo de mirarlas. Tenía cuarenta y nueve años y era feliz. Tenía una esposa maravillosa y dos hijos fantásticos.

—¿Dónde estáis? —gritó aquella tarde al entrar en casa mientras se quitaba la nieve del sombrero y el abrigo y apartaba al perro, que agitaba la cola y correteaba alrededor de los charquitos que se formaban en el suelo.

Era una enorme setter irlandesa que se llamaba *Bess*, como la esposa del presidente. Al principio, Liz intentó argüir que era poco respetuoso con la señora Truman ponerle ese nombre, pero parecía apropiado para la perra y así quedó, de manera que ahora ya nadie se acordaba de por qué le habían puesto aquel nombre.

—Estamos aquí atrás —gritó Liz, y John entró en la sala de estar, donde las encontró colgando monigotes de pan de jengibre del árbol de Navidad. Habían pasado la tarde preparándolos y mientras estaban en el horno Annie había hecho cadenas de papel.

—¡Hola, papá! ¿Verdad que es bonito?

—Ya lo creo —respondió él sonriéndole, y la cogió en brazos sin esfuerzo.

Era un hombre fuerte de rasgos típicamente irlandeses, como sus antepasados. Tenía el cabello negro, aunque sólo le faltaba un año para cumplir cincuenta, y unos ojos azul intenso que había heredado su hijo. Pese a ser rubia, Liz tenía los ojos castaño claro, a veces de un tono avellana. Pero el cabello de Annie era tan claro que parecía casi blanco. Al sonreír mirando a su padre y frotando juguetona su naricilla contra la de él, parecía un ángel. La sentó cuidadosamente a su lado y se inclinó para darle un beso a su mujer mientras cruzaban una mirada cariñosa.

—¿Has tenido buen día? —preguntó ella.

Llevaban casados veintidós años y la mayor parte del tiempo, cuando no los asediaban las pequeñas contrariedades de la vida, parecían más enamorados que nunca. Se casaron dos años después de que Liz terminara los estudios. Ya trabajaba como profesora y tardó siete años en tener a Tommy. Casi habían perdido la

esperanza y el viejo doctor Thompson jamás supo por qué le costaba tanto quedar embarazada y no perder el niño una vez lo estaba. Había tenido tres abortos y les pareció un milagro cuando Tommy por fin nació. Y todavía más cuando nació Annie diez años más tarde. Reconocían que eran afortunados y que sus hijos les proporcionaban toda la alegría que esperaban de la vida.

—Me han llegado las naranjas de Florida —dijo John mientras se sentaba y cogía la pipa. El fuego ardía en la chimenea y la casa olía a pan de jengibre y a palomitas de maíz—. Mañana traeré unas cuantas.

—¡Me encantan las naranjas! —exclamó Annie dando palmas. Se subió al regazo de su padre y Bess apoyó las dos patas en las rodillas de John e intentó subirse también. John la apartó suavemente. Liz bajó de la escalera para volver a besarle y ofrecerle un vaso de zumo de manzana.

—Demasiado tentador para rechazarlo —dijo él sonriendo, y un momento después la siguió a la cocina, llevando a Annie de la mano y admirando la esbelta figura de su mujer.

Unos instantes más tarde oyeron entrar a Tommy por la puerta principal. Tenía la nariz y las mejillas coloradas y llevaba los patines en la mano.

—Mmm... ¡Qué bien huele! ¡Hola, mamá! ¡Hola, papá! ¿Qué hay, mocosa? ¿Qué has hecho hoy? ¿Te has comido todas las galletas de mamá? —Le revolvió el cabello y le dio un abrazo que le mojó la cara. En la calle estaba helando y nevaba cada vez más fuerte.

—Las galletas las he hecho yo con ayuda de mamá. Y sólo me he comido cuatro —dijo puntillosa mientras reían.

Era una monada de criatura a la que nadie se podía resistir, y mucho menos su hermano mayor o sus amorosos padres. Pero no estaba malcriada, simplemente se sentía querida y ello se percibía en el modo en que se enfrentaba al mundo y afrontaba cada nuevo desafío. Le gustaba la gente, le encantaba reír, jugar y correr con el cabello al viento. Y si le encantaba jugar con Bess, aún disfrutaba más con su hermano mayor, a quien miró con admiración mientras le cogía los gastados patines de la mano.

—¿Podemos ir a patinar mañana, Tommy? —Había un pequeño lago cerca y los sábados por la mañana su hermano solía llevarla a patinar.

—Sólo si deja de nevar. Si sigue así ni siquiera podremos encontrar el lago —dijo mientras mordisqueaba una de las deliciosas galletas hechas por su madre, que le gustaban con delirio.

Su madre se quitó el delantal. Llevaba una pulcra blusa y una falda gris acampanada; siempre le complacía a John comprobar que conservaba la figura que tenía cuando la conoció en el instituto. Ella cursaba primero cuando él ya estaba a punto de terminar y durante una temporada le dio apuro admitir que estaba enamorado de una chica tan joven, pero con el tiempo todo el mundo se dio cuenta. Al principio se burlaban de él pero al cabo se acostumbraron a verlos siempre juntos. Al año siguiente empezó él a trabajar con su padre y ella cursó otros siete años de bachillerato y universidad, y luego trabajó de profesora durante dos años. John la

esperó mucho tiempo, pero en ningún momento tuvo dudas. Todo lo que deseaban lo fueron consiguiendo lentamente, como sus hijos, pero cada una de las cosas buenas de su vida valían la pena de esperar. Ahora eran felices, tenían cuanto habían deseado.

—Mañana por la tarde tengo partido —anunció Tommy mientras engullía dos galletas más.

—Pero si es casi Nochebuena —repuso su madre, sorprendida—. ¿No tenéis nada más que hacer?

Siempre asistían a los partidos, a no ser que ocurriera algo realmente importante que lo impidiera. John también había jugado a hockey sobre hielo y a fútbol americano, y le encantaba. Liz no estaba tan segura; tenía miedo de que Tommy se hiciera daño. Conocían a un par de chicos que habían perdido algún diente en los partidos de hockey, pero Tommy tenía cuidado y bastante suerte, pues nunca se había roto un hueso ni había sufrido lesiones de consideración, sólo un par de torceduras y contusiones que, como afirmaba su padre, formaban parte de la diversión.

—Por el amor de Dios, es un niño. No puedes tenerlo siempre envuelto en algodones.

Secretamente, Liz admitía que le habría gustado que fuese así. Quería tanto a sus hijos que no soportaba la idea de que les ocurriera nada malo, ni tampoco a John.

—¿Hoy ha sido el último día de colegio? —preguntó Annie.

El chico asintió sonriendo. Tenía numerosos planes para las vacaciones, muchos de los cuales incluían a una chica llamada Emily, en la que se había fijado desde el día de Acción de Gracias. Ese mismo año se había mudado a Grinnell. Su madre era enfermera y su padre médico, y antes vivían en Chicago. Emily era bastante mona, lo bastante para que Tommy la invitara a varios partidos de hockey. Pero todavía no había pasado de ahí. Pensaba invitarla a ir al cine la semana siguiente, e incluso a salir la noche de fin de año, pero aún no había reunido el valor suficiente para hacerlo.

Annie sabía que a su hermano le gustaba Emily. Lo había visto mirarla un día que fueron a patinar y se la encontraron. Estaba también patinando con unos amigos y una de sus hermanas. Annie pensó que no estaba mal, pero no acababa de entender por qué Tommy iba de cabeza a causa de ella. Tenía el cabello oscuro, largo y reluciente, y patinaba bastante bien. Pero apenas habló con Tommy; se limitó a mirarlos con frecuencia, y luego, cuando ya se iban, le hizo carantoñas a Annie.

—Lo ha hecho porque le gustas —le explicó la niña a Tommy con aire de suficiencia mientras regresaban a casa andando.

—No sé por qué lo dices —repuso él intentando demostrar indiferencia, aunque en realidad estaba violentado y nervioso.

—Mientras estabas patinando no ha parado de mirarte amorosamente. —Annie se apartó el largo cabello rubio de un hombro dándoselas de lista.

—Eres una sabihonda, Annie Whittaker. ¿No tendrías que estar jugando a muñecas? —Tommy trataba de mostrarse imperturbable, pero finalmente se dijo que

era una tontería aparentar ante una niña de cinco años y medio.

—Te gusta mucho, ¿no? —insistió ella riendo.

—¿Por qué no te metes en tus propios asuntos? —le espetó Tommy con inusual firmeza.

Annie no le hizo caso y dijo:

—Yo creo que su hermana mayor es mucho más guapa.

—Lo tendré en cuenta por si algún día quiero salir con una chica del último curso.

—¿Qué tienen de malo las del último curso? —Al parecer, Annie no comprendía la distinción.

—Nada. Aparte de que tiene diecisiete años —explicó él.

Annie asintió con la cabeza haciéndose cargo.

—Menuda vieja. Entonces supongo que Emily está bien.

—Gracias.

—De nada —dijo ella en el momento en que llegaban a casa, y abrió la puerta con ganas de tomarse una taza de chocolate caliente para entrar en calor.

Pese a sus comentarios sobre las chicas de su vida, a Tommy le gustaba estar con su hermana. Annie siempre le demostraba un gran cariño y le hacía sentir importante. Lo adoraba y no lo disimulaba en absoluto. Y él también la quería mucho.

Esa noche se sentó en su regazo antes de ir a acostarse y él le leyó sus cuentos preferidos; el más breve se lo leyó dos veces. Luego su madre se la llevó a la cama y el chico se quedó hablando con su padre. Mencionaron la elección de Eisenhower, que había tenido lugar el mes anterior, y los cambios que podía representar. Luego hablaron, como siempre, del negocio. Su padre quería que estudiara la carrera de ingeniero agrónomo pero dando preferencia al área económica en las asignaturas optativas. Creían en las cosas básicas pero importantes como la familia, los hijos, el matrimonio, la honradez y la amistad. En la comunidad se les estimaba y se les respetaba. De John Whittaker la gente siempre decía que era un buen marido, un buen hombre y un patrono justo.

Esa noche Tommy salió con sus amigos. Hacía tan mal tiempo que ni siquiera pidió prestado el coche; fue andando a casa de su mejor amigo y regresó a las once y media. Nunca tenían que preocuparse por él. A los quince años había cometido un par de excesos intrascendentes: beber demasiada cerveza y vomitar en el coche mientras su padre lo llevaba a casa. Los Whittaker apenas si le dieron importancia. Tommy era buen chico y sabían que todos los jovencitos hacían esas cosas. John también las había hecho, y algunas peores, sobre todo mientras Liz estaba en la universidad. A veces ella le gastaba bromas y él insistía en que había sido un modelo de comportamiento virtuoso, ante lo cual ella arqueaba una ceja y luego, generalmente, le daba un beso.

Esa noche también ellos se acostaron temprano. A la mañana siguiente, al mirar por la ventana, vieron un panorama propio de una tarjeta de Navidad. Todo estaba cubierto por un manto blanco y a las ocho y media Annie había convencido a Tommy

de que la ayudara a hacer un muñeco de nieve. La niña se había encasquetado la gorra de hockey favorita de su hermano, quien le advirtió que aquella tarde iba a necesitarla para el partido; Annie le contestó que ya le haría saber si le permitía usarla. Entonces Tommy la derribó sobre la nieve y ambos cayeron, quedando tumbados de espalda, agitando brazos y piernas de modo que en la nieve se dibujaba la silueta de un ángel.

Aquella tarde toda la familia asistió al partido de Tommy, quien, aunque su equipo fue derrotado, no perdió su buen humor. Emily también había ido a verlo, acompañada de un grupo de amigas, pero afirmó que casualmente estaba con ellas cuando decidieron asistir al partido. Llevaba una falda de cuadros escoceses y zapatos de dos colores; se había recogido el cabello en una coleta y, según Annie, iba maquillada.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Tommy, sorprendido y divertido, en tanto toda la familia salía de la pista de patinaje del colegio y se dirigía a casa andando. Emily ya se había marchado con su pandilla de chicas risueñas.

—A veces me pongo maquillaje de mamá —contestó Annie sin vacilar. Padre e hijo soltaron una carcajada y echaron una mirada a la enanita que iba andando a su lado.

—Mamá no se maquilla —objetó Tommy.

—Ya lo creo que sí. Lleva polvos y colorete, y a veces se pinta los labios.

—¿De verdad? —Tommy estaba sorprendido. Su madre era atractiva, lo sabía, pero no sospechaba que hubiera en ello ningún artificio ni que se maquillara.

—A veces también lleva una cosa negra en las pestañas, pero me hace llorar —explicó Annie.

Liz se echó a reír y dijo:

—A mí también me hace llorar, por eso no me lo pongo casi nunca.

Luego comentaron el partido y otras cosas, y Tommy volvió a salir con sus amigos.

Esa noche, una compañera de clase de Tommy se quedó con Annie para que sus padres pudieran ir a una fiesta que ofrecían unos vecinos.

A las diez estaban de nuevo en casa y a las doce ya se habían acostado. Cuando llegaron Annie estaba dormida como un tronco en su cama, pero a la mañana siguiente se despertó al amanecer muy excitada porque era Navidad. En realidad era el día de Nochebuena y no pensaba en otra cosa que en lo que le había pedido a Santa Claus. Se moría de ganas de tener una muñeca *Madame Alexander* pero no estaba muy segura de que se la trajera. Y también quería un trineo nuevo y una bicicleta, pero sabía que la bicicleta era mejor pedirla en primavera, para su cumpleaños.

Aquel día parecía que había un montón de cosas que hacer, un millón de preparativos para el día de Navidad. Esperaban la llegada de unos amigos para la tarde siguiente y su madre estaba preparando cosas en el horno. Por la noche asistirían a la misa del gallo, un ritual que encantaba a Annie pese a que no lo entendía del todo. Pero le gustaba ir a la iglesia con la familia por la noche y estar

apretujada entre sus padres en el calor del templo, adormecida, escuchando los cánticos con aquel olor a incienso. También había un belén muy bonito con todos los animales rodeando a san José y la Virgen, y a medianoche ponían al niño Jesús. Le encantaba contemplarlo antes de salir de la iglesia.

—Como tú y yo, ¿verdad, mamá? —preguntó arrimándose a Liz, que se agachó para darle un beso.

—Sí, como nosotras.

Aquella noche fue a misa con todos ellos, como era habitual, y se durmió cómodamente sentada entre sus padres. Se sentía tan bien allí... El ambiente era cálido y la música la arrullaba plácidamente. Ni siquiera despertó en el momento de la comunión, pero sí para buscar al niño Jesús a la salida, como siempre; y allí estaba. Sonrió al ver la figurita y luego miró a su madre y le apretó la mano. Liz sintió que le afloraban las lágrimas. Annie era como un regalo especial para ellos, enviado sólo para proporcionarles alegrías y cariño. No llegaron a casa hasta después de la una y Annie estaba más dormida que despierta cuando la metieron en la cama. Al entrar Tommy a darle un beso ya dormía como un tronco y roncaba suavemente. Le pareció que estaba algo caliente cuando le tocó la frente, pero no le dio importancia. Ni siquiera se lo dijo a su madre. Parecía un angelito y nada hacía sospechar que le ocurriera algo malo.

Pero aquella mañana de Navidad fue la primera vez, en su corta vida, que tardó en despertarse. Parecía un poco aturdida. La noche anterior Liz había sacado el plato de zanahorias y sal para los renos y las galletas para Santa Claus, ya que Annie se había dormido apenas llegar a casa. Sin embargo, cuando despertó se acordó de mirar qué habían comido. Estaba un poco más soñolienta que de costumbre y dijo que le dolía la garganta, aunque no parecía resfriada. Liz pensó que quizá tenía la gripe. Últimamente había hecho mucho frío y tal vez éstas eran las consecuencias de haber jugado en la nieve con Tommy dos días antes. No obstante, a la hora de comer parecía encontrarse bien. Estaba entusiasmada con la muñeca *Madame Alexander* que le había traído Santa Claus, así como con los demás juguetes y el trineo nuevo. Salió a jugar con Tommy y cuando una hora más tarde regresó a tomar la taza de chocolate tenía las mejillas encarnadas y parecía completamente recuperada.

—Bueno, princesa —dijo su padre, sonriéndole después de exhalar una bocanada de humo de su pipa. Liz le había regalado una muñeca holandesa muy bonita y una estantería tallada a mano para guardar todas las que tenía—. ¿Se ha portado bien Santa Claus?

—Fantástico —contestó—. Me gusta mucho la muñeca nueva. —Le sonrió casi como si supiera quién se la había regalado en realidad, aunque no era así.

Todos se esforzaban por mantener el secreto, si bien algunos amigos de la niña ya lo sabían. Sin embargo, Liz insistía en que Santa Claus visitaba a todos los niños buenos, y también a algunos de los no tan buenos, en la esperanza de que se portasen mejor. Pero no cabía duda sobre la categoría en que se encontraba Annie. Era la mejor, para ellos y para todo el que la conocía.

Aquella tarde tuvieron visita: tres familias que vivían cerca y dos de los

encargados que tenía John en el negocio, con sus esposas e hijos. La casa se llenó pronto de risas y juegos. También había varios adolescentes de la edad de Tommy, y éste les enseñó su nueva caña de pescar. Ansiaba que llegara la primavera para usarla.

Tras una tarde alegre y placentera, una vez se hubieron marchado todos, disfrutaron de una cena tranquila. Liz había preparado sopa de pavo, que acompañaron con lo que había quedado del almuerzo y con las exquisiteces que habían llevado sus amigos.

—Me parece que no podré comer durante un mes —dijo John, repantigándose en la silla.

Su esposa sonrió, pero en ese momento advirtió que Annie estaba un poco pálida y tenía los ojos brillantes; además, tenía dos manchas rojas en las mejillas que parecían del colorete con que le gustaba jugar.

—¿Has vuelto a cogerme el colorete? —preguntó Liz no sin cierta preocupación mezclada con diversión.

—No... Se cayó en la nieve y entonces... —Parecía confundida. Levantó la vista hacia su madre, sorprendida, como si hubiera comprendido lo que había dicho y se hubiese asustado.

—¿Te encuentras bien, cariño? —Liz se inclinó hacia ella para tocarle suavemente la frente. Estaba ardiendo. Aquella tarde parecía muy feliz, había jugado con la muñeca nueva y con sus amigos, y cada vez que Liz la veía iba correteando por la sala de estar y por la cocina—. ¿Te sientes enferma?

—Un poco —contestó Annie encogiéndose de hombros y aparentando aspecto de muy pequeña.

Liz la sentó en el regazo y la abrazó. Efectivamente, la niña tenía fiebre. Liz propuso llamar al médico.

—No me gusta molestarlo el día de Navidad —se retractó con aire pensativo. Además, volvía a hacer mucho frío. Se avecinaba una tormenta del norte y habían anunciado que por la noche nevaría de nuevo.

—Mañana por la mañana Annie estará bien —dijo John con calma. Por naturaleza, era menos proclive a preocuparse—. Son demasiadas emociones para una personita tan pequeña.

Todos estaban nerviosos desde hacía días, con las felicitaciones a los amigos, el partido de Tommy, Nochebuena y los preparativos para el día de Navidad. Liz llegó a la conclusión de que seguramente John tenía razón. Eran demasiadas cosas para una niña pequeña.

—¿Qué te parece si papá te lleva a la cama a caballito?

A la niña le gustó la idea, pero cuando John intentó levantarla emitió un grito y dijo que le dolía el cuello.

—¿Qué crees que le pasa? —preguntó Liz cuando John bajó de la habitación de Annie.

—Un resfriado. En el trabajo lo han pasado todos, seguro que en el colegio ocurre otro tanto. No será nada —dijo tranquilizando a su esposa. Ella sabía que

tenía razón, pero siempre le preocupaban enfermedades como la polio y la tuberculosis—. No le pasa nada —repitió John, consciente de lo proclive que era su esposa a preocuparse—. Te lo aseguro.

Liz fue a darle un beso de buenas noches a Annie y al verla se tranquilizó.

Le brillaban los ojos y, aunque tenía fiebre y seguía pálida, su estado parecía normal. Seguramente sólo estaba agotada de tantas emociones. John no se equivocaba. La niña tenía un resfriado o una gripe leve.

—Que duermas bien. Si te encuentras mal, nos lo dices —le dijo mientras la arropaba y le daba un beso—. Te quiero mucho, mucho... Y gracias por el dibujo tan bonito que nos has hecho a papá y a mí para Navidad. —También había hecho un cenicero para la pipa de su padre, y lo había pintado de verde porque según ella era el color preferido de John.

Le pareció que Annie se quedaba dormida antes de que ella saliera de la habitación. Cuando hubo terminado de fregar los platos, subió a verla otra vez. La niña estaba más caliente y se revolvía y gimoteaba en sueños, pero no se despertó cuando Liz la tocó. Eran las diez y finalmente decidió que era preferible llamar al médico.

Lo encontró en casa y le explicó que Annie tenía fiebre. No quería arriesgarse a despertarla poniéndole el termómetro otra vez, pero al acostarla marcaba treinta y ocho con tres. Le comentó que tenía el cuello dolorido y el médico dijo que no era inusual padecer dolores musculares a causa de la gripe. Coincidió con John en que seguramente no era más que agotamiento y un resfriado común.

—Tráela mañana por la mañana si ya no tiene fiebre, o ya pasará yo a verla. Llámame cuando se despierte. No te preocupes. Tengo una veintena de resfriados con fiebre. Es una tontería, pero resultan bastante molestos. Que no pase frío. A lo mejor le baja la fiebre esta misma noche.

—Muchas gracias, Walt.

Walter Stone era su médico de cabecera desde antes de que naciera Tommy y era también un buen amigo. Como siempre, tras la llamada se sintió más tranquila. Tenía razón: evidentemente, no era nada.

John y ella estuvieron un buen rato sentados en la sala, hablando de sus amigos, de la vida, de los hijos, de su buena suerte, de los años que habían pasado desde que se conocieron y de la felicidad en que vivían. Era momento de hacer balance y de sentirse agradecidos.

Antes de acostarse volvió a mirar a Annie. No parecía haberle subido la fiebre y daba la impresión de que se encontraba más sosegada. Estaba muy quieta y respiraba suavemente. Bess se hallaba tendida a los pies de la cama, como solía hacer. Ni la niña ni la perra se movieron cuando Liz salió de la habitación para dirigirse a su dormitorio.

—¿Cómo está? —preguntó John al meterse en la cama.

—Bien —dijo Liz—. Ya lo sé. Me preocupo demasiado. No puedo evitarlo.

—Por eso te quiero. Porque nos cuidas tan bien a todos. No sé qué he hecho para tener tanta suerte.

—Supongo que fuiste lo bastante listo para cazarme cuando sólo tenía catorce años. —Liz no había conocido ni amado a ningún otro hombre, ni antes ni después de conocerlo a él. Y en aquellos treinta y dos años, su amor se había convertido en pasión.

—Ahora no aparentas muchos más de catorce, ¿sabes? —dijo él casi tímidamente, atrayéndola hacia sí. Ella no se resistió y John le desabrochó lentamente la blusa mientras Liz se soltaba la falda de terciopelo que se había puesto para el día de Navidad—. Te quiero, Liz —le susurró junto al cuello en tanto ella sentía arreciar el deseo.

Las manos de John se deslizaron suavemente sobre sus hombros desnudos hasta alcanzar sus pechos expectantes, y los labios de él se unieron a los de ella.

Permanecieron abrazados largo rato y finalmente se durmieron, satisfechos y complacidos. La suya era una vida llena de las cosas buenas que habían construido y hallado a lo largo de los años. El suyo era un amor que ambos respetaban y apreciaban. Liz estaba pensando en él cuando se quedó dormida entre los brazos de su marido. John la apretaba contra sí, tendido detrás de ella, sujetándola con firmeza por la cintura, con las rodillas pegadas a las corvas de su esposa, cuyas nalgas se cobijaban en el cuerpo de él. John tenía el rostro hundido en el fino cabello rubio de su Liz. Y así durmieron apaciblemente hasta la mañana siguiente.

Tan pronto despertó, Liz fue a ver a Annie. Todavía se estaba anudando el cinturón de la bata cuando entró en la habitación de su hija y la vio dormida. No parecía enferma, pero en cuanto se acercó comprobó que estaba blanca como una sábana y que apenas respiraba. El corazón de Liz palpitaba violentamente mientras acariciaba a la niña y esperaba una respuesta, pero no obtuvo más que un leve gemido. Annie tampoco despertó cuando su madre la sacudió y empezó a llamarla a gritos. Tommy la oyó antes que John y acudió corriendo a ver qué sucedía.

—¿Qué pasa, mamá? —Era como si hubiera sentido algo. Todavía iba en pijama, parecía medio dormido y tenía el pelo revuelto.

—No lo sé. Dile a papá que llame al doctor Stone. No consigo despertar a Annie. —Al decirlo, empezó a sollozar. Inclino la cara hasta la de su hija; notaba su respiración, pero estaba inconsciente, y Liz percibió que la fiebre le había subido bastante. No se atrevió siquiera a dejarla el tiempo de ir a buscar el termómetro al cuarto de baño—. ¡Date prisa! —le gritó a Tommy. Luego intentó incorporar a Annie. Esta vez la niña se revolvió un poco y gimió, pero no habló ni abrió los ojos, y no había manera de despertarla. Parecía ajena a todo lo que ocurría a su alrededor. Liz permaneció allí sentada abrazándola y llorando en voz baja—. Por favor, por favor, despierta, vamos. Te quiero, Annie, por favor. —Y siguió llorando cuando John entró apresuradamente en la habitación un instante después, seguido de Tommy. —Walt viene de camino. ¿Qué ha pasado? —También él parecía asustado, aunque no le gustaba admitirlo ante Liz. Tommy sollozaba quedamente detrás de su padre.

—No lo sé... Me parece que tiene una fiebre altísima... No puedo despertarla... ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, John, por favor! —Sollozaba abrazada a su hijita, meciéndola, pero Annie ni siquiera gimoteaba ya. Yacía exánime en los brazos de su madre

mientras padre e hijo la observaban.

—Se recuperará. A los niños les pasan estas cosas y luego, al cabo de dos horas, están como si nada. Ya lo sabes. —John trataba de ocultar que estaba aterrado.

—No me vengas con ésas. Sé que está muy grave, eso es lo único que sé —repuso Liz, desesperada.

—Walt ha dicho que la llevará al hospital si hace falta. —Era obvio que iban a ingresarla—. ¿Por qué no te vistes? —sugirió John—. Ya la vigilo yo.

—No pienso dejarla —repuso Liz con firmeza.

Tumbó a Annie en la cama y le alisó el cabello mientras Tommy contemplaba a su hermana con ojos temerosos. Estaba tan blanca que casi parecía muerta, y, apenas se notaba que respiraba. Resultaba difícil creer que fuera a despertar y a echarse a reír como siempre; sin embargo, quería creer que todavía era posible.

—¿Cómo ha podido empeorar tan deprisa? Anoche estaba bien —dijo Tommy, confuso y conmovido.

—No se encontraba bien, pero me pareció que no era nada. —De repente Liz miró furibunda a John, como si fuera culpa suya que no hubiera insistido al médico en que fuera a verla la noche anterior. Ahora le disgustaba pensar que habían hecho el amor mientras Annie estaba tan enferma—. Debí haberle pedido a Walt que viniera anoche mismo.

—No podías saber que ocurriría esto —la tranquilizó John; ella guardó silencio. Entonces oyeron que llamaban a la puerta. John corrió a abrir. Era el médico. La tormenta anunciada había llegado y en la calle hacía mucho frío. Estaba nevando y el mundo exterior parecía tan sombrío como el ambiente de la habitación de Annie.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el médico mientras se encaminaba decidido hacia la habitación de la niña.

—No lo sé. Según Liz, la fiebre le ha subido mucho y no consigue despertarla.

Estaban en la puerta y, sin apenas saludar a Liz ni a su hijo, el médico se acercó a la cama de Annie. La tocó, trató de moverle la cabeza y le miró las pupilas. Acercó el oído a su pecho, comprobó sus reflejos y seguidamente se volvió hacia ellos con expresión afligida.

—Será mejor llevarla al hospital para practicarle una punción lumbar. Creo que es meningitis.

—Dios mío. —Liz no estaba segura de lo que eso implicaba pero sí sabía que no eran buenas noticias, sobre todo con el aspecto que tenía Annie—. ¿Se curará?

Liz apenas susurró la pregunta en tanto cogía la mano de John. Se había olvidado momentáneamente de Tommy, que, sollozando en la puerta, miraba a su querida hermana. Liz oía los latidos de su corazón mientras esperaba la respuesta del médico. Eran amigos desde hacía muchísimo tiempo, incluso habían sido compañeros de colegio, pero ahora, mientras diagnosticaba el estado de Annie y se lo comunicaba, parecía un enemigo.

—No lo sé —admitió con franqueza—. Está muy grave. Hay que llevarla al hospital inmediatamente. ¿Podéis venir uno de vosotros?

—Iremos los dos —dijo John—. Nos vestimos en un segundo. Tommy, quédate

con el doctor y con Annie.

—Yo... Papá... —Tenía un nudo en la garganta; las lágrimas se agolpaban en sus ojos sin que pudiera evitarlo—. Yo también quiero ir... Tengo que estar...

John estuvo a punto de replicar pero al final asintió con la cabeza. Lo comprendía. Sabía lo que su hermana significaba para Tommy, para todos ellos. No podían perderla.

—Ve a vestirte. —Y dirigiéndose al médico, añadió—: Estaremos listos en un minuto.

En el dormitorio, Liz ya se estaba vistiendo. Se había puesto las bragas y el sujetador. Luego se puso la faja y las medias y acabó con una falda vieja, unas botas y un jersey; se pasó un cepillo por el cabello, cogió el bolso y el abrigo y corrió a la habitación de Annie.

—¿Cómo está? —preguntó sin aliento al entrar en la habitación.

—Sin cambios —dijo el médico en voz baja.

No había dejado de comprobar sus constantes vitales. Tenía la tensión muy baja, el pulso débil, y estaba entrando en coma. Quería llevarla de inmediato al hospital, pero también sabía que ni siquiera allí se podía hacer gran cosa contra la meningitis.

Un momento después apareció John vestido informalmente y luego llegó Tommy con el uniforme de hockey, lo primero que había encontrado en el armario.

—Vamos —dijo John, levantando a Annie de la cama mientras Liz la envolvía en dos gruesas mantas.

Tenía la cabecita tan caliente que casi parecía una bombilla. Su piel estaba seca y agrietada y los labios habían adquirido un tono azulado. Corrieron al automóvil del médico y John se acomodó en el asiento de atrás llevando a Annie en brazos. Liz se sentó a su lado y Tommy, delante, junto al médico. Annie se movió ligeramente, pero no volvió a hacerlo durante el trayecto hasta el hospital. Todos guardaron silencio. Liz no le quitaba los ojos de encima y le retiraba el cabello de la cara. Le besó la frente un par de veces y el calor que irradiaba su hija la aterrorizó. John la llevó hasta la sala de urgencias, donde los esperaban las enfermeras. Walt había telefoneado antes de salir de casa. Liz se negó a dejar a su hija cuando le pidieron que saliera.

—Me quedo con ella —dijo enérgicamente. Las enfermeras se miraron y el médico asintió con la cabeza.

Liz no se apartó de Annie ni le soltó la mano, estremecida, mientras efectuaban la punción.

Al atardecer se confirmó el diagnóstico de Walt. Annie tenía meningitis. La fiebre aumentó a cuarenta y uno y medio, y nada de lo que se hizo para reducirla dio resultado. Yacía en la cama del ala infantil del hospital, con la cortina corrida a su alrededor, bajo la vigilancia de sus padres y su hermano. De vez en cuando gemía levemente, pero ni recobró la consciencia ni se movió. Cuando el médico la examinó, tenía el cuello absolutamente rígido; sabía que la niña no duraría mucho si no bajaba la fiebre o recuperaba la consciencia, pero no se podía hacer nada para devolverle el conocimiento ni para luchar contra la enfermedad. Todo estaba en manos del

destino. Annie les había llegado como un regalo hacía cinco años y medio y no les había traído sino amor y alegría, y ahora no podían impedir que les arrebataran aquel regalo; no les quedaba más que rezar y esperar, y rogarle que no los dejara. Pero la niña no parecía oír nada. Su madre permanecía a su lado, le besaba el rostro y le acariciaba una mano mientras John y Tommy se alternaban para acariciarle la otra. Luego salieron al pasillo a llorar. Ninguno de ellos se había sentido jamás tan impotente. Pero era Liz la que se negaba a abandonar, a renunciar sin batallar. No estaba dispuesta a dejar que su hija se sumiera lentamente en la oscuridad, iba a aferrarse a ella, a sujetarla, a luchar para retenerla.

—Te queremos tanto..., todos te queremos mucho, papá, Tommy y yo... Tienes que despertar, tienes que abrir los ojos. Vamos. Sé que puedes hacerlo. Te recuperarás. No es más que un bichito tonto que intenta fastidiarte, pero no vamos a dejar que se salga con la suya, ¿verdad? Vamos, Annie, vamos, por favor...

Continuó hablándole incansablemente durante horas, negándose a separarse de ella. Por fin, aceptó una silla y se sentó, sin soltar la mano de Annie. A ratos guardaba silencio y a ratos le hablaba. En varias ocasiones John tuvo que salir de la habitación porque no lo soportaba. Por la noche, las enfermeras tuvieron que llevarse a Tommy porque estaba desesperado, viendo a su madre suplicarle a su hermanita inerte, a quien él tanto quería, que siguiera viviendo. Era consciente de lo que aquello representaba para sus padres, y era demasiado para él. Estaba allí de pie sollozando, y Liz no tenía fuerzas suficientes para consolarlo también a él. Lo abrazó un instante y luego las enfermeras se lo llevaron. Annie necesitaba demasiado a su madre, ya hablaría ella con su hijo más tarde.

Una hora después, Annie exhaló un leve gemido y dio la impresión de que movía las pestañas. Durante un instante pensaron que iba a abrir los ojos, pero se limitó a emitir un nuevo gemido.

Esta vez, sin embargo, apretó suavemente la mano de Liz y entonces, como si sencillamente hubiera estado durmiendo todo el día, abrió los ojos y miró a su madre.

—¡Annie! —susurró Liz, sorprendida. Hizo una seña a John, que estaba de pie junto a la puerta, de que se acercara—. ¡Hola, cariño! Papá y mamá están aquí contigo y te quieren mucho.

Su padre sé situó al otro lado de la cama. Annie no podía mover la cabeza pero era evidente que los veía con claridad. Parecía adormilada; cerró los ojos nuevamente un instante, volvió a abrirlos lentamente y sonrió.

—Yo también os quiero —dijo tan bajo que apenas la oyeron—. ¿Tommy?

—También está aquí —dijo Liz con el rostro bañado en lágrimas.

John también lloraba, ya no le daba vergüenza que lo vieran. Sería capaz de hacer cualquier cosa para que su hija superara aquella prueba.

—Quiero a Tommy —musitó Annie—. Y a vosotros.

Entonces sonrió, más preciosa que nunca. Parecía la niña perfecta, allí tendida, rubia, con los ojos azules y aquellas mejillas redondeadas que tanto les gustaba besar. Sonreía como si supiera un secreto que ellos desconocían. En ese momento Tommy

entró en la habitación y la vio. Annie miró hacia los pies de la cama y le sonrió. Su hermano pensó que era señal de que se encontraba mejor y se echó a llorar de alivio. Y entonces, como abarcándolos a todos con las palabras, susurró levemente:

—Gracias. —Volvió a cerrar los ojos con una sonrisa y un instante más tarde estaba dormida, agotada por el esfuerzo.

Cuando salió nuevamente de la habitación, Tommy se sentía entusiasmado con lo que acababa de presenciar, pero Liz era consciente de la realidad. Intuía que ocurría algo malo, que aquello no significaba lo que aparentaba. Mientras observaba a su hija, sentía cómo se alejaba. El regalo había desaparecido. Se lo estaban quitando. Lo habían tenido un tiempo muy corto, apenas unos momentos. Liz permaneció sentada cogiéndola de la mano mientras John entraba y salía. Tommy se había dormido en una silla del pasillo.

Eran casi las doce cuando finalmente los dejó. No volvió a abrir los ojos. No volvió a despertar. Había expresado lo que quería: les había dicho a cada uno de ellos cuánto los quería, e incluso les había dado las gracias por cinco hermosos años, cinco cortos años, de vida dorada y breve. Liz y John estaban con ella cuando murió. Cada uno la tenía cogida de una mano, ya no para retenerla sino para darle las gracias también por todo lo que les había dado. Eran conscientes de que no había modo de evitar que los dejara; simplemente querían estar allí hasta el último momento.

—Te quiero —susurró Liz por última vez en tanto la niñita exhalaba un aliento imperceptible.

Los abandonó llevada por alas de ángeles. El regalo les había sido arrebatado. Annie Whittaker era ya un espíritu. Y su hermano dormía en el pasillo, recordándola, pensando en ella con cariño, recordando cuando, unos días atrás, habían jugado a ser ángeles en la nieve. Ahora ella lo era de verdad.



Capítulo II

El funeral fue una agonía llena de sufrimiento y ternura, de todos los elementos que componen las pesadillas de una madre. Faltaban dos días para Nochevieja y asistieron todos sus amigos, niños y padres, los maestros de la guardería y el parvulario, los socios y empleados de John y los compañeros de trabajo de Liz. Walter Stone también estuvo presente. En un discreto aparte les dijo que se reprochaba no haber ido a verla la noche que llamó Liz. Había supuesto que se trataba simplemente de una gripe o un resfriado, pero no debería haber supuesto nada. No obstante, reconoció que, aunque hubiera ido, no habría podido evitar el trágico desenlace. Las estadísticas relativas a la meningitis demostraban que en la población infantil era devastadora. Liz y John lo animaron amablemente a no recriminarse nada. Liz, por su parte, se culpaba de no haberle pedido al doctor que fuera a examinarla aquella misma noche, y John de decirle a Liz que no era nada; y ambos se odiaban a sí mismos por haber hecho el amor mientras la niña caía en coma. Tommy estaba confundido, pero también se sentía responsable de la muerte de su hermana. Debería haber notado algo. Sin embargo, ninguno de ellos imaginó lo peor.

Como dijo el sacerdote aquel día, Annie había sido un angelito prestado por Dios durante un breve período, una amiguita que había venido a enseñarles a amar y a unirlos en el afecto. Todos los presentes recordaron aquella picara sonrisa, aquellos grandes ojos azules, aquella carita resplandeciente que los hacía reír y se hacía querer. Ninguno de ellos dudaba de que había llegado hasta allí como un regalo de amor. El interrogante era cómo iban a vivir ahora sin ella. Todos creían que la muerte de un niño es un reproche a los pecados de los mayores, un recordatorio de lo que repentinamente se puede llegar a perder en la vida. Es la pérdida de todo, de la esperanza, de la vida, del futuro. Es una pérdida de cariño, de las cosas que uno valora. Y jamás han existido tres personas más abandonadas que Liz, John y Tommy Whittaker aquella gélida mañana de diciembre. Estaban de pie ante la tumba, rodeados de amigos, incapaces de separarse de Annie, incapaces de soportar la idea de dejarla allí, en su diminuto ataúd blanco cubierto de llores.

—No puedo —le dijo Liz a John con voz entrecortada cuando hubo terminado la ceremonia, y él supo a qué se refería. Le apretó el brazo, temeroso de que sufriera una crisis de histeria. Llevaban días a punto de derrumbarse y Liz parecía haber empeorado—. No puedo dejarla aquí, no puedo. —Pese a su entereza, se ahogaba en sus propios sollozos. John la estrechó contra sí.

—No esta aquí, Liz. Se ha ido. Ahora está en un lugar mejor.

—No es verdad. Es mía, quiero que me la devuelvan, quiero que me la devuelvan —repitió sollozando en tanto sus amigos se apartaban acongojados. No se

podía hacer ni decir nada para aliviar el dolor o hacerlo desaparecer. Tommy estaba allí mirándolos, lleno de sufrimiento, llorando a su hermana.

—¿Cómo estás? —le preguntó el entrenador de hockey cuando pasó apesadumbrado por su lado, enjugándose las lágrimas sin siquiera intentar disimular. Tommy fue a contestar maquinalmente que bien, pero meneó la cabeza y se dejó caer en los brazos del hombretón—. Comprendo lo que sientes. Yo perdí a mi hermana a los veintiún años; ella tenía quince. Es horroroso, es un verdadero horror. Annie era una niña monísima —dijo, y ambos rompieron a llorar—. Conserva todos los recuerdos de ella, hijo. De esa manera te acompañará toda la vida. Los ángeles nos hacen regalos así. A veces ni nos damos cuenta, pero están ahí. Ella está aquí. Háblale cuando te sientas solo. Te oirá, y tú la oirás a ella. No la perderás nunca.

Tommy lo miró con extrañeza, pensando si estaría loco, y luego asintió con la cabeza. Su padre por fin había conseguido apartar a su madre de la tumba. Liz apenas podía andar. Regresaron al coche. Su padre tenía la cara descompuesta en tanto conducía el automóvil; todos guardaban un absoluto silencio.

A lo largo de la tarde fue llegando gente a expresarles sus condolencias y llevarles flores. Algunos se limitaron a dejar las flores en la entrada, temerosos de molestar o de no saber qué hacer al verlos. Sin embargo, el flujo de visitas era constante. Otros, no obstante, se mantenían alejados, como si creyeran que con sólo acercarse a los Whittaker podía ocurrirles una tragedia similar, como si ésta fuese contagiosa.

Liz y John estaban sentados en la sala de estar, con aspecto agotado e inexpresivo, esforzándose en ser corteses con sus amigos, pero se alegraron cuando llegó la hora de cerrar la puerta y dejar de contestar al teléfono. Durante todo el tiempo, Tommy se quedó en su habitación sin ver a nadie. Pasó por delante de la habitación de su hermana un par de veces, y la puerta entreabierta le provocó un dolor insoportable. Finalmente cerró la puerta para no ver el interior de la habitación. Lo único que recordaba de Annie era el aspecto que presentaba aquella última mañana, tan enferma, tan apagada, tan pálida, sólo unas pocas horas antes de abandonarlos para siempre. Ahora le resultaba difícil recordar cómo era su hermana cuando estaba bien, cuando le gastaba bromas o se reía. De repente ya no recordaba más que su cara en la cama del hospital, los últimos minutos, cuando dijo «gracias» y luego falleció. Sus palabras, su rostro y los motivos de su muerte obsesionaban a Tommy. ¿Por qué había muerto? ¿Por qué había ocurrido? ¿Por qué no había sido él en lugar de Annie? Pero no comentó a nadie lo que sentía, se lo guardó como un secreto.

Durante el resto de la semana no se hablaron. Solamente hablaban con los amigos cuando no les quedaba otro remedio; y Tommy, ni siquiera eso.

La Nochevieja llegó y pasó como cualquier otra noche del año y el día de Año Nuevo transcurrió inadvertido. Dos días después Tommy regresó al colegio y nadie le dijo nada. Todo el mundo sabía lo que había ocurrido. El entrenador de hockey se mostró amable con él, pero no volvió a nombrar a Annie. Nadie le hizo ningún comentario y él no sabía cómo soportar su pena. De repente, hasta Emily, la chica con

quien llevaba meses coqueteando, le producía dolor porque había hablado de ella con Annie. Todo le recordaba lo que había perdido, y resultaba insoportable. Le martirizaba aquel dolor constante, como una extremidad herida, y el hecho de ser consciente de que todo el mundo lo miraba con lástima. Tal vez les parecía raro. No le decían nada, lo dejaban solo con su dolor. Y así permaneció, lo mismo que sus padres. Después de la racha inicial de visitas, dejaron de ver a sus amigos y casi dejaron de verse entre sí. Tommy ya no comía con ellos. No soportaba estar sentado a la mesa de la cocina sin Annie, no podía regresar a casa por la tarde y no tomar la leche y las galletas con ella. No podía estar en su casa sin su hermana. Así pues, se quedaba en los entrenamientos el mayor tiempo posible y luego tomaba a solas la cena que le dejaba su madre en la cocina. La mayoría de las veces comía unos bocados de pie, junto a los fogones, y luego tiraba la mitad de la cena a la basura. El resto de las noches se limitaba a llevarse un puñado de galletas y un vaso de leche a su habitación. Su madre apenas comía ya y su padre regresaba cada vez más tarde del trabajo y nunca tenía apetito. Las cenas de verdad eran cosa del pasado para todos ellos; los ratos en compañía, algo que todos temían y evitaban. Era como si supieran que, si los tres se reunían, la ausencia del cuarto resultaría demasiado dolorosa, de modo que se escondían de sí mismos y de los demás.

Todo les recordaba a la niña, todo despertaba su dolor, como una herida abierta que sólo dejara de sentirse esporádicamente y el resto del tiempo causara un dolor casi imposible de soportar.

El entrenador comprendió cómo se sentía Tommy, y una de sus profesoras lo comentó justo antes de las vacaciones de Pascua. Por primera vez en sus años de colegial sus notas habían sido bajas y parecía que, sin Annie, ya nada le importaba.

—Whittaker lo está pasando mal —le comentó la tutora a la profesora de matemáticas un día en la cafetería—. Iba a llamar a su madre la semana pasada, pero me la encontré en el centro. Todavía tiene peor aspecto que él. La muerte de la niña les ha afectado mucho.

—¿Y a quién no le afectaría? —dijo la profesora de matemáticas, comprensiva. Ella también tenía hijos y no sabía cómo sobreviviría a una experiencia así—. ¿Hasta qué punto influye en su rendimiento? ¿Suspenderá alguna asignatura?

—Todavía no, pero está cerca —contestó—. Era uno de mis mejores alumnos. Sé que sus padres se preocupan mucho de su educación. Su padre me contó que les gustaría mandarlo a una de las mejores universidades, si él quiere y obtiene las calificaciones necesarias. Desde luego, ahora no las tiene.

—Todavía puede recuperarse. Sólo hace tres meses. Dale otra oportunidad. Creo que no deberíamos decirle nada ni a él ni a sus padres. Ya veremos cómo resulta a final de curso. Siempre podemos llamarlos si su rendimiento baja drásticamente y suspende un examen o algo así.

—Sí, pero no me gusta verlo en este estado.

—Quizá no puede hacer otra cosa. Quizá en este momento tiene que concentrar sus fuerzas en sobreponerse a lo que ha ocurrido. Sin duda eso es más importante que los estudios. Aunque me cueste admitirlo a veces, en la vida hay cosas más

importantes que las ciencias sociales y la trigonometría. ¿Por qué no le damos tiempo para que se recupere?

—Ya han pasado tres meses —le recordó la otra profesora. Estaban a fines de marzo. Eisenhower llevaba dos meses en la Casa Blanca, se habían obtenido pruebas positivas de la vacuna contra la polio y Lucille Ball por fin había tenido el hijo que tanta publicidad había recibido. El mundo avanzaba con rapidez, pero no para Tommy Whittaker. Su vida se había detenido con la muerte de Annie.

—Oye, yo tardaría toda la vida en recuperarme, si Annie hubiera sido hija mía —dijo la profesora más comprensiva.

—Lo sé.

Las dos guardaron silencio y pensaron en sus familias respectivas. Al final del almuerzo acordaron dejar que Tommy evolucionara a su aire durante una temporada. Pero todo el mundo se había dado cuenta. Tommy parecía no interesarse por nada. Incluso había decidido no jugar a baloncesto ni a béisbol aquella primavera, aunque el entrenador intentaba convencerlo de lo contrario. Y en casa tenía la habitación hecha una leonera, nunca hacía las tareas domésticas que le tocaban y, por primera vez en su vida, parecía estar siempre en desacuerdo con sus padres.

Pero también ellos estaban en desacuerdo entre sí. John y Liz discutían continuamente y uno de ellos siempre estaba culpando al otro de algo: de no haber puesto gasolina al coche, de no haber sacado la basura, de no haber llevado a pasear el perro, de no haber pagado las facturas, de no haber mandado los cheques, de no haber comprado café o contestado la carta. Eran todas cosas sin importancia, pero ya no hacían más que discutir. Su padre no estaba nunca en casa, su madre no sonreía nunca y nadie tenía jamás una palabra amable para nadie. Ni siquiera parecían ya tristes, solamente amargados. Estaban furiosos con los demás, con el mundo, con la vida, con el destino que tan cruelmente les había arrebatado a Annie. Pero ninguno de ellos lo decía directamente, sino que gritaban y se quejaban de lo mucho que había subido el recibo de la luz y de todo lo demás.

A Tommy le resultaba más fácil mantenerse lejos de ellos. Pasaba todo el tiempo en el jardín, sentado debajo de las escaleras de atrás, pensando, y había empezado a fumar e incluso bebía alguna que otra cerveza. En ocasiones simplemente permanecía sentado debajo de la escalera, protegido de la interminable lluvia que no había dejado de caer en todo el mes, bebiendo cerveza y fumando *Camel*. Así se sentía adulto, y una vez incluso sonrió al pensar que, de haberlo visto, Annie se hubiera enfadado muchísimo. Pero no podía verlo, y a sus padres ya no les importaba, así que daba lo mismo lo que hiciera. Además, ya tenía dieciséis años; era todo un adulto.

—Me da lo mismo que tengas dieciséis años, Maribeth Robertson —le dijo su padre una noche de marzo en Onawa, Iowa, a unos cuatrocientos kilómetros de donde estaba sentado Tommy, emborrachándose lentamente con cerveza debajo de las escaleras de atrás de su casa, contemplando cómo la tormenta aplastaba las flores de su madre—. No pienso permitir que salgas con ese vestido tan provocativo y con

más maquillaje del que cabe en una tienda. Vete a lavar la cara y quítate ese vestido.

—Papá, es el baile de primavera. Todas las chicas van maquilladas y llevan vestidos de fiesta. —La chica con la que su hermano había ido al baile dos años antes, cuando tenía la edad de Maribeth, iba mucho más descocada y su padre no puso ninguna objeción. Pero claro, era la novia de Ryan, y eso era otra cosa. Ryan podía hacer lo que quisiera. Era chico, y ella no.

—Si quieres salir, te pones un vestido decente. Si no, te quedas en casa a escuchar la radio con tu madre.

La tentación de quedarse en casa era fuerte, pero, por otra parte, el baile de fin de segundo curso no se repetiría. Aunque no le agradaría ir si tenía que ponerse un vestido de monja, tampoco quería quedarse en casa. Le había pedido prestado el vestido a la hermana mayor de una amiga y le quedaba un poco grande, pero le gustaba. Era de tafetán verde azulado y los zapatos del mismo color le machacaban los pies porque eran demasiado pequeños para ella; sin embargo, valía la pena. El vestido era sin tirantes y se complementaba con una chaquetilla a juego, pero el escote del vestido revelaba el inicio de sus pechos y sabía que por eso se oponía su padre.

—No me quitaré la chaqueta, te lo prometo.

—Con chaqueta o sin chaqueta, ese vestido te lo puedes poner para estar por casa, con tu madre. Si quieres ir al baile, más vale que busques otra cosa que ponerte o ya te puedes olvidar. Y, francamente, no me importaría nada que no fueras. Todas esas niñas parecen prostitutas con esos vestidos tan escotados. No hace falta enseñar el cuerpo para llamar la atención de los chicos, Maribeth. Más vale que lo aprendas pronto o acabarás trayendo a casa a los chicos de peor calaña. Tenlo en cuenta —sentenció con severidad.

Su hermana pequeña, Noëlle, puso los ojos en blanco. No tenía más que trece años y era mucho más rebelde de lo que hubiera soñado siquiera Maribeth, que era buena chica, lo mismo que Noëlle, pero la pequeña esperaba más diversiones de la vida. Ya a los trece años le chispeaban los ojos cada vez que veía a un chico. Con dieciséis, Maribeth era mucho más tímida, y mucho más prudente a la hora de llevarle la contraria a su padre.

Al final, Maribeth se fue a su habitación y se tumbó en la cama llorando, hasta que su madre fue a ayudarla a buscar algo que ponerse. No disponía de gran cosa, pero tenía un vestido azul marino con el cuello blanco y manga larga que Margaret Robertson sabía que le agradaría a su marido. Sin embargo, sólo ver el vestido hacía arreciar el llanto de Maribeth. Era feísimo.

—Mamá, pareceré una monja. Todo el mundo se reirá de mí.

—No todo el mundo llevará ese tipo de vestidos. Maribeth —dijo su madre señalando el que le habían prestado. Tenía que admitir que era bonito, pero también a ella le asustaba un poco. Con él Maribeth parecía una mujer. A los dieciséis años tenía la suerte, o la desgracia, de contar con unos pechos abundantes, unas caderas proporcionadas, una cintura diminuta y unas piernas largas y torneadas. Hasta con la ropa de cada día resultaba difícil ocultar su belleza. Era más alta que la mayoría de

sus amigas y se había desarrollado muy pronto.

Costó una hora convencerla de que se pusiera aquel vestido y todo ese tiempo su padre estuvo sentado en el salón interrogando implacablemente a su acompañante. Era un chico que Maribeth casi no conocía y que se puso muy nervioso mientras el señor Robertson lo interrogaba sobre lo que haría cuando terminara el colegio, a lo cual respondió que aún no lo había decidido. Bert Robertson le explicó que trabajar duro era bueno para los jóvenes y que no le haría ningún daño entrar en el ejército. David O'Connor se mostró absolutamente de acuerdo con él en todo y parecía desesperado cuando Maribeth apareció de mala gana en el salón con el vestido que odiaba y el collar de perlas de su madre. Eso le animó un poco la cara a David. Aunque Maribeth llevaba unos zapatos planos azul marino en lugar de los de tacón que pensaba ponerse, de todas formas era más alta que David, de manera que trató de convencerse a sí misma de que no importaba. Sabía que estaba fatal. El vestido oscuro contrastaba fuertemente con su cabellera pelirroja, lo cual le producía todavía más vergüenza. Jamás se había sentido más fea que cuando saludó a David.

—Estás muy guapa —le dijo el chico tímidamente. Vestía el traje oscuro de su hermano mayor, que le sentaba holgado. Le había llevado a la chica un ramito de flores que debía sujetarle con un alfiler, pero le temblaban demasiado las manos y su madre tuvo que ayudarlo.

—Que lo paséis bien —les deseó la madre, algo apenada por su hija.

En cierto modo, pensaba que deberían haberle permitido ponerse el vestido escotado. Estaba muy guapa con él y parecía bastante más mayor. Pero no servía de nada discutir con Bert una vez había decidido algo. Y sabía cuánto le preocupaban sus hijas. Dos hermanas suyas habían tenido que casarse por obligación y siempre le había dicho a Margaret que, costara lo que costara, aquello no iba a ocurrirles a sus hijas, que serían buenas chicas y se casarían con muchachos como Dios manda. Nada de busconas en su casa, nada de sexo ilícito, nada de desorden; Bert siempre lo había dejado claro. Sólo Ryan podía hacer lo que quisiera. Al fin y al cabo, era un chico. Ya tenía dieciocho años y trabajaba en el negocio de su padre. Bert Robertson tenía el taller de reparación de automóviles más floreciente de todo Onawa y, a tres dólares la hora, le iba muy bien. Estaba muy orgulloso.

A Ryan le gustaba trabajar con él y se consideraba tan buen mecánico como su padre. Se llevaban bien y a veces, los fines de semana, iban a cazar o a pescar juntos. Margaret se quedaba en casa con las niñas, iba al cine con ellas o se dedicaba a la costura. Nunca había trabajado fuera de casa y Bert también estaba orgulloso de ello. No es que fuera rico, pero en el pueblo podía llevar la cabeza en alto y ninguna hija suya iba a impedirlo poniéndose un vestido prestado que le diera aspecto de pavo real. La chica era guapa, razón de más para tenerla controlada y evitar que hiciera tonterías como sus hermanas.

Bert se había casado con una chica sencilla; antes de conocerlo a él, Margaret O'Brien quería meterse a monja. Y había sido buena esposa durante casi veinte años. Pero no se hubiera casado con ella si le hubiera parecido una mujer mundana — como Maribeth había intentado aparentarlo —, o le hubiera llevado la contraria —

como hacía Noëlle—. Hacía años que había llegado a la conclusión de que los chicos eran más fáciles de gobernar que las chicas. Aunque Maribeth nunca le había causado problemas, tenía ideas extrañas sobre las mujeres y sobre lo que podían y no podían hacer, quería estudiar e incluso ir a la universidad. Sus profesores habían conseguido que se le subieran los humos diciéndole lo lista que era. No tenía nada de malo que una chica estudiara hasta cierto punto, le parecía a él, siempre que supiera hasta dónde debía llegar y cuándo usar los conocimientos adquiridos. Bert solía decir que no hacía falta ir a la universidad para aprender a cambiar un pañal. Pero cierta formación le hubiera ido bien en el negocio y no le importaba que Maribeth estudiara contabilidad y con el tiempo le ayudara a llevar las cuentas del taller; sin embargo, tenía ciertas ideas que parecían de otro planeta. Mujeres médicos, ingenieros, abogados... hasta las enfermeras le parecían demasiado a Bert. A veces no entendía adonde quería ir a parar Maribeth. Las niñas tenían que saber comportarse para no echar a perder su vida ni la de otros, y debían casarse y tener hijos, todos los que pudieran mantener sus maridos o todos los que éstos quisieran. Y luego debían cuidar a sus maridos e hijos, ocuparse de la casa y no buscar problemas. Eso mismo le había dicho a Ryan, y le había advertido que no se casara con una chica alocada y que no dejara embarazada a ninguna con la que no quisiera casarse. El deber de las chicas era comportarse como señoritas y no ir medio desnudas a un baile ni marear a su familia con ideas insensatas sobre las mujeres. A veces se preguntaba si las películas que las llevaba a ver Margaret les meterían esas ideas en la cabeza. Desde luego, Margaret no era así. Se trataba de una mujer discreta que nunca le había causado problemas. Pero Maribeth era diferente.

Maribeth y David llegaron al baile más de una hora tarde. Al parecer, todo el mundo lo estaba pasando estupendamente sin ellos. Aunque se suponía que no estaba permitido beber alcohol, algunos chicos de su clase ya parecían borrachos, lo mismo que unas cuantas chicas. Al llegar, Maribeth se fijó en que había varias parejas dentro de los coches estacionados delante del edificio, pero intentó no prestarles atención. Le daba vergüenza reparar en ello yendo con David. Apenas lo conocía y no eran amigos, pero era el único que la había invitado al baile y ella quería ir, sólo para ver cómo era y luego poder decir que había estado allí. Estaba cansada de que la dejaran al margen de todo. Nunca encajaba, siempre era distinta. Durante años había estado entre los primeros de la clase y algunos compañeros la criticaban por eso; los demás simplemente se comportaban como si no existiera.

Y pasaba vergüenza cada vez que sus padres iban al colegio. Su madre era muy apocada, y su padre hablaba a gritos y le decía a todo el mundo lo que tenía que hacer, sobre todo a su madre, que nunca le había plantado cara. La tenía intimidada y ella siempre se mostraba de acuerdo con todo lo que decía, aunque estuviera equivocado. Y no se mordía la lengua a la hora de expresar sus opiniones, que abarcaban todos los temas, sobre todo en lo referente a las mujeres, a su papel en la vida, a la gran importancia de los hombres y a la poca de la educación. Siempre se ponía a sí mismo como ejemplo. Pese a haber nacido en Buffalo, a ser huérfano y a no haber pasado de sexto grado, le iba bien en la vida. Según él, nadie necesitaba

estudiar más, y el hecho de que el hermano de Maribeth se hubiera molestado en terminar el bachillerato había sido un milagro. Ryan ha sido un alumno terrible, asiduamente castigado por su comportamiento, pero tratándose de su hijo a Bert le parecía gracioso. Y seguramente Ryan hubiera ingresado en los marines y se hubiera ido a Corea, de no haberse librado por tener los pies planos y por la rodilla que se había lesionado jugando a fútbol americano. Ryan y Maribeth tenían muy poco en común. A ella le costaba creer que pertenecieran a la misma familia y que hubieran nacido en el mismo planeta. Ryan era apuesto y arrogante, y no muy listo.

—¿Hay algo que te importe de verdad? —le preguntó un día a su hermano, en un intento por comprenderle y tal vez por comprender quién era ella en relación con él.

Ryan la miró extrañado, sin entender por qué se lo preguntaba.

—Los coches, las chicas, la cerveza, divertirme... Papá habla siempre del trabajo. No está mal, supongo, mientras pueda trabajar con coches y no tenga que entrar en un banco, en una agencia de seguros o algo así. Supongo que tengo bastante suerte de trabajar con papá.

—Supongo —repuso ella en voz baja, asintiendo con la cabeza y mirándolo con sus grandes ojos verdes tratando de sentir respeto por él—. ¿No querías ser algo más?

—¿Por ejemplo? —Parecía perplejo.

—Cualquier cosa —contestó ella—. Algo que no sea trabajar con papá. Marcharte a Chicago o a Nueva York, buscar un trabajo mejor, ir a la universidad.

Esos eran los sueños de Maribeth, pero no podía compartirlos con nadie. Hasta las chicas de su clase eran distintas. Nadie entendía por qué le preocupaban las notas o los estudios. ¿Qué más daba? Sólo le importaban a ella. Por tanto, no tenía amigos y se veía obligada a ir a la fiesta con chicos como David.

Sin embargo, tenía sus propios sueños y nadie podía quitárselos, ni siquiera su padre. Maribeth quería vivir en un lugar más interesante, tener una profesión, un trabajo que la llenara, una educación, si podía pagársela, y con el tiempo un marido a quien amar y respetar. No podía imaginarse compartiendo la vida con alguien a quien no admirara. No podía imaginarse una vida como la de su madre, casada con un hombre que no le dedicaba atención, nunca hacía caso de sus ideas y no le importaba lo que ella pensara. Maribeth quería mucho más. Tenía sueños e ideas que a todo el mundo le parecían absurdos, a todo el mundo menos a sus profesores, que sabían lo excepcional que era y querían ayudarla a librarse de las ataduras que la retenían. Sabían lo importante que sería para ella proseguir su educación. La única vez en que podía explayarse un poco era cuando escribía redacciones para sus clases, y entonces sus ideas eran alabadas, pero sólo durante ese fugaz momento. Nunca podía comentarlas con nadie.

—¿Quieres un poco de ponche? —le preguntó David.

—¿Cómo? —Estaba pensando en otra cosa—. Perdona, estaba distraída. Siento que mi padre te avasallara de esa manera. Hemos reñido por el vestido que quería ponerme y he tenido que cambiarme. —Se sentía muy avergonzada al contárselo.

—Es muy bonito —mintió el chico, nervioso.

De bonito no tenía nada, y ella lo sabía. Aquel vestido azul marino era tan soso que hacía falta una gran dosis de valentía para ponérselo. Pero Maribeth estaba acostumbrada a ser ridiculizada. O debería estarlo. Siempre destacaba por algo. Por eso David O'Connor la había invitado a ir al baile. Sabía que no la iba a invitar nadie. Era atractiva, pero también era rara, todo el mundo lo decía. Era demasiado alta, y pelirroja; estaba muy bien de tipo, pero sólo le importaba el colegio y nunca salía con chicos. Nadie la invitaba. David imaginó que le diría que sí, y acertó. Él no hacía deporte, era bajito y tenía problemas de piel. ¿A quién iba a invitar sino a Maribeth Robertson? Era la única posibilidad, aparte de algunas chicas feísimas con las que no quería ser visto ni muerto. Además, Maribeth le gustaba, aunque su padre le intimidaba. El viejo Robertson le había hecho sudar de verdad mientras esperaba. David suponía que se iba a quedar allí aguantándolo toda la noche cuando por fin apareció ella con el vestido azul oscuro. No estaba mal. Hasta con aquel vestido tan feo se notaba que tenía un tipo estupendo. De todas maneras, ¿qué más daba? Tenía ganas de bailar con ella y de sentir el calor de su cuerpo. Sólo de pensarlo ya se le ponía dura.

—¿Quieres un poco de ponche? —repitió.

Ella asintió con la cabeza. No le apetecía, pero no sabía qué decirle. Ahora se arrepentía de haber ido. David era un pelmazo y ningún otro iba a invitarla a bailar, sobre todo con aquel vestido. Debería haberse quedado en casa a escuchar la radio con su madre, tal como había propuesto su padre.

—Enseguida vuelvo —le dijo David, y desapareció mientras ella contemplaba cómo bailaban las otras parejas.

La mayoría de las chicas estaban muy guapas. Llevaban vestidos de colores vivos, con faldas de vuelo y chaquetillas, como el que pensaba llevar ella pero no le habían dejado.

Le pareció que pasaba una eternidad hasta que regresó David, sonriente y con aspecto de guardar un secreto divertido. En cuando probó el ponche, Maribeth supo por qué David estaba tan contento. Tenía un sabor extraño y supuso que alguien le había echado un poco de alcohol.

—¿Qué han echado aquí? —preguntó ella, olisqueándolo y bebiendo un sorbito para confirmar su sospecha. Sólo había probado el alcohol un par de veces, pero estaba bastante segura de que el ponche estaba cargado.

—Un poco de zumo de la felicidad —respondió el chico sonriendo.

De repente, a ella le pareció más bajo y más feo que cuando la había invitado. Era un desvergonzado y la miraba de una manera lasciva.

—No quiero emborracharme —dijo con firmeza, arrepintiéndose de haber ido, sobre todo con él. Como de costumbre, se sentía como pez fuera del agua.

—Vamos, Maribeth, no seas aguafiestas. No te vas a emborrachar. Bebe un poco, te animará.

Maribeth lo miró con mayor atención y comprendió que David había estado bebiendo mientras había ido por su copa.

—¿Cuántas has bebido ya?

—Los de primero tienen un par de botellas de ron detrás del gimnasio y Cunningham tiene una de vodka.

—Estupendo. Me parece fantástico.

—¿Sí, verdad? —dijo él sonriendo, alegrándose de que ella no se opusiera y sin percatarse del tono irónico que había empleado.

Maribeth lo miraba con repugnancia, pero él no se daba cuenta.

—Ahora vuelvo —dijo la chica con serenidad, como si fuera varios años mayor de lo que era en realidad. La mayor parte del tiempo su estatura y su comportamiento la hacían parecer mayor, y junto a David parecía un gigante, aunque sólo medía un metro setenta y dos, ya que él era unos diez centímetros más bajo.

—¿Adonde vas? —preguntó, preocupado, pues todavía no habían bailado.

—Al servicio —respondió ella con absoluta calma.

—Me han dicho que allí también hay una botella.

—Te traeré un poco —dijo Maribeth antes de desaparecer entre la multitud.

La orquesta interpretaba *In the Cool, Cool, Cool of the Evening*, y los chicos y chicas bailaban apretados. Durante todo el camino de salida del gimnasio, Maribeth se sentía triste. Pasó junto a un grupo de chicos que evidentemente intentaban esconder una botella, pero lo que no podían esconder era los efectos de su contenido; unos metros más allá había dos chicos vomitando contra la pared. Maribeth estaba acostumbrada a ver a su hermano hacer lo mismo. Se alejó de allí y fue a sentarse en un banco del otro lado del gimnasio con intención de recapacitar y de dejar pasar un poco de tiempo antes de regresar junto a David. Era evidente que el chico pensaba emborracharse y aquello a ella no le divertía. Debería irse a casa andando y olvidarlo todo. Dudaba que, después de haberse tomado unas copas, David se percatara siquiera de su ausencia.

Pasó largo rato sentada en el banco, sintiendo el frío aire nocturno sin que le importara. Se encontraba a gusto allí, apartada de todos, de David, de los chicos y chicas de su clase y de los que no conocía, los que bebían y vomitaban. Y también se encontraba a gusto lejos de sus padres. Por un instante deseó quedarse allí eternamente. Apoyó la cabeza en el respaldo del banco, cerró los ojos y estiró las piernas, dejándose envolver por el aire fresco mientras pensaba.

—¿Has bebido demasiado? —preguntó una voz suave a su lado. Maribeth dio un respingo. Alzó la vista y vio un rostro conocido. Era un chico de último curso, una estrella del equipo de fútbol que no tenía ni idea de quién era ella. Maribeth se preguntó qué hacía aquel chico allí y por qué se molestaba en hablarle. A lo mejor la confundía con otra chica. Se incorporó y meneó la cabeza, esperando que el chico se fuera.

—No; es que hay demasiada gente. Demasiado de todo, me parece.

—Sí, a mí me pasa lo mismo —dijo él sentándose a su lado. Era imposible no advertir lo guapo que era, incluso a la luz de la luna—. No soporto las aglomeraciones.

—Cualquiera lo diría —repuso ella con tono divertido y consciente de que, extrañamente, se encontraba a gusto con él, aunque fuera un héroe del colegio. Pero todo el ambiente resultaba irreal, sentados allí lucra, cu un banco, a oscuras—. Siempre estás rodeado de gente.

—Y tú, ¿cómo sabes quién soy? —Parecía intrigado y ciertamente su aspecto era irresistible—. ¿Quién eres?

—Soy la Cenicienta. Mi Buick acaba de convertirse en una calabaza y mi acompañante en un borracho, así que he salido a buscar mi zapatito de cristal. ¿Lo has visto?

—Puede que sí. ¿Cómo es? ¿Y cómo sé que de verdad eres la Cenicienta? —La chica era divertida y él no entendía cómo nunca se había fijado en ella. Llevaba un vestido feo pero era guapa de cara, estaba muy bien de tipo y tenía sentido del humor—. ¿Eres de último curso? —De repente parecía interesado, aunque todo el colegio sabía que él salía con Debbie Flowers desde que estaban en segundo. Incluso corría el rumor de que iban a casarse en cuando terminaran los estudios.

—Estoy en segundo —contestó ella con una sonrisa irónica y sorprendentemente sincera delante del príncipe.

—Quizá por eso no me había fijado nunca en ti —dijo él, también con sinceridad—. Pero pareces mayor.

—Supongo que es un cumplido. —Le sonrió pensando que debía volver con David o, de lo contrario, regresar a casa; lo que no debía hacer era quedarse allí sola con un chico de último curso. Pero se sentía segura.

—Me llamo Paul Browne. ¿Y tú, Cenicienta?

—Maribeth Robertson. —Sonrió y se puso de pie.

—¿Adonde vas? —Era alto y moreno, y tenía una sonrisa deslumbrante.

—Me iba a casa.

—¿Sola? —Ella asintió con la cabeza—. ¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta, gracias. —Era increíble que estuviera diciéndole que no a Paul Browne, la estrella de último curso. ¿Quién lo iba a creer? Sonrió sólo de pensarlo, menuda hazaña.

—Vamos, al menos te acompañaré al gimnasio. ¿Vas a decirle a tu acompañante que te marchas?

—Supongo que debería hacerlo.

Se dirigieron a la entrada principal del gimnasio, como si fueran viejos amigos, y en cuanto llegaron Maribeth vio a David, que ya estaba como una cuba, con media docena de amigos que se pasaban la botella. Pese a que en la fiesta había también vigilantes, parecía que los chicos hacían lo que les daba la gana.

—Me parece que no hace falta que le diga nada —dijo Maribeth levantando los ojos hacia Paul, que era más alto que ella, y se detuvo antes de llegar hasta David—. Gracias por acompañarme. Me voy a casa. —La velada había sido una total pérdida de tiempo. Lo había pasado fatal y sólo rescataba el haber hablado con Paul Browne.

—No puedo permitir que regreses sola. Vamos, te acompaño. ¿O tienes miedo de que mi Chevy también se convierta en una calabaza?

—No lo creo. ¿Acaso eres el apuesto príncipe? —bromeó, pero enseguida se sintió avergonzada. La verdad era que sí se trataba del apuesto príncipe, y ella sabía que no debería haberlo mencionado.

—¿Lo soy? —repuso él ayudándola a entrar en el coche con desenvoltura. Era un Bel Air de 1951 impecable, con acabados cromados; el interior estaba tapizado en piel roja.

—Me gusta tu calabaza, Paul —bromeó de nuevo ella, y él rió.

Cuando le dio su dirección, Paul sugirió que fueran a tomar una hamburguesa y un batido.

—No puedes haberlo pasado muy bien. Tu acompañante parecía un payaso; perdona..., no debí decir eso, pero desde luego esta noche no se ha portado muy bien contigo. Seguro que ni siquiera has bailado. No te iría mal divertirme un rato camino de casa. ¿Qué te parece? Todavía es temprano. —Lo era, y ella no tenía que regresar a casa hasta las doce.

—De acuerdo —dijo ella, cautelosa; tenía ganas de estar con él y se sentía más interesada de lo que quería reconocer. Era imposible no estarlo—. ¿Y tú? ¿Has venido solo? —preguntó, intrigada por lo que habría pasado con Debbie.

—Sí. Vuelvo a ser libre. —Por la manera en que ella lo había preguntado, él sospechó que estaba enterada de que salía con Debbie. Lo sabía todo el colegio. Pero habían roto dos días antes porque Debbie se había enterado de que había salido con otra chica durante las vacaciones de Navidad; sin embargo, se abstuvo de mencionarlo—. Supongo que he tenido suerte, ¿eh, Maribeth?

Le dedicó una sonrisa cautivadora y empezó a preguntarle cosas sobre ella mientras se encaminaban a Willie's, la hamburguesería donde pasaban el rato los chicos del colegio. Cuando llegaron, el *juke-box* funcionaba a todo volumen y el local estaba abarrotado. Parecía que había más gente que en el baile y de repente Maribeth se avergonzó del vestido tan feo que le habían obligado a ponerse sus padres. De pronto se sintió una cría al lado de Paul, que tenía ya dieciocho años. Pero fue como si él percibiera su timidez al presentársela a sus amigos. Algunos arquearon las cejas interrogativamente, deseosos de saber quién era, pero nadie puso objeciones a que se uniera al grupo. Maribeth no esperaba que fueran tan simpáticos con ella, como invitada de Paul, y pasó un buen rato, riendo y charlando. Compartieron una hamburguesa con queso y un batido y bailaron media docena de canciones al son de los discos del *juke-box*, entre ellas un par de lentas durante las cuales él la apretó con fuerza y Maribeth sintió sus pechos oprimidos contra su cuerpo. Al instante percibió también, con apuro, el efecto que ello ejercía en él, pero Paul no permitía que se separara sino que la sujetaba con fuerza mientras bailaban y de vez en cuando la miraba sonriente.

—¿Dónde has estado los últimos cuatro años, niña? —dijo con voz ronca.

Ella le sonrió.

—Me parece que has estado demasiado ocupado para fijarte dónde estaba yo —repuso.

A Paul le gustaba su sinceridad.

—Puede que tengas razón. He sido un tonto. Ésta debe de ser mi noche de la suerte. —Volvió a estrecharla y dejó que sus labios vagaran por el cabello de ella.

Maribeth tenía algo que lo excitaba. No era sólo su cuerpo, ni los espectaculares pechos que había descubierto durante el baile, sino algo en la manera con que lo miraba y con que respondía a sus preguntas. Había algo agudo, descarado y audaz en ella, como si no temiese a nada. Sabía que no era más que una niña, y que cualquier chica de segundo se sentiría un poco intimidada con un chico de último curso, pero ella no lo estaba. No tenía miedo ni de él ni de decir lo que pensaba, y eso a Paul le gustaba. Romper con Debbie había herido su ego y Maribeth era justamente el bálsamo que necesitaba para aliviarlo.

Volvieron al coche y Paul la miró. No quería llevarla a casa. Le gustaba estar con ella. Le gustaba todo de ella. Y para Maribeth era una experiencia embriagadora estar en su compañía.

—¿Te apetece que vayamos a dar un paseo? No son más que las once. —Se habían marchado tan pronto del baile que habían tenido tiempo de sobra para charlar y bailar en Willie's.

—Seguramente debería irme a casa —dijo ella en tanto Paul ponía el coche en marcha.

Se dirigieron al parque en lugar de hacia su casa. Maribeth no estaba preocupada, pero no quería llegar demasiado tarde. Con él se sentía segura; había sido un perfecto caballero toda la noche, mucho más que David.

—Una vueltecita y luego te llevo a casa, te lo prometo. Es que no quiero que termine esta noche. Ha sido una noche especial para mí —dijo el muchacho.

A Maribeth la cabeza le dio vueltas de emoción. ¿Paul Browne? ¿Podía ser verdad? ¿Y si empezaba a salir en serio con ella en lugar de con Debbie Flowers? No acababa de creérselo.

—Me lo he pasado muy bien, Maribeth.

—Yo también. Mucho mejor que en el baile —dijo riendo. Charlaron unos minutos hasta que llegaron a una zona solitaria junto al lago, Paul detuvo el coche y se volvió hacia ella.

—Eres una chica especial —dijo, y Maribeth no tuvo dudas de que lo decía en serio. Paul abrió la guantera, sacó una botella de ginebra y se la ofreció—. ¿Te apetece un trago?

—No, gracias. No bebo.

—¿Cómo es eso?

—No me gusta. —A Paul le pareció raro y se la alargó de todas formas.

Ella la rechazó pero, como él insistía, bebió un sorbito de cortesía. El líquido transparente le produjo quemazón en la garganta y en los ojos. Luego, cuando Paul se inclinó hacia ella para abrazarla y besarla, tenía una sensación extraña en la boca y se sentía sofocada.

—¿Te gusta esto más que la ginebra? —preguntó Paul con tono sensual después de besarla. Ella sonrió y asintió con la cabeza, sintiéndose mayor, excitada y algo pecaminosa. Era irresistible—. A mí también —dijo, y la besó de nuevo. Esta vez

empezó a desabrocharle el recatado vestido mientras ella trataba de impedirselo, pero los dedos de él eran más ágiles que los de ella y tenían más práctica. Al cabo de unos segundos tenía sus pechos en las manos y los acariciaba mientras la besaba hasta quitarle el aliento. Ella no sabía cómo detenerlo.

—Paul, no, por favor... —musitó, queriendo imprimir firmeza a su voz. Sabía lo que tenía que hacer, pero resultaba difícil no desear a Paul Browne.

Entonces, Paul se agachó y empezó a besarle los pechos. De repente, Maribeth se encontró con el sujetador desabrochado y el vestido totalmente abierto. Paul le besaba los pechos y a continuación los labios mientras le acariciaba los pezones con los dedos. Contra su propia voluntad, Maribeth exhaló un gemido cuando deslizó él la mano debajo de la falda y encontró lo que buscaba con gesto rápido y experto, pese a los intentos de ella por mantener las piernas juntas. Tenía que recordarse continuamente que no quería que Paul hiciera lo que le estaba haciendo. Quería sentir miedo, pero no era así. Todo lo que Paul le hacía era emocionante y placentero, pero ella sabía que tenía que parar y por fin se apartó, sin aliento. Lo miró con pesadumbre y negó con la cabeza. Paul comprendió.

—No puedo. Lo siento, Paul. —Estaba asombrada por las sensaciones que había experimentado. La cabeza le daba vueltas.

—No importa —dijo él suavemente—. Ya lo sé... No debería haber... Lo siento mucho. —Y al decirlo volvió a besarla y empezaron de nuevo.

Esta vez todavía fue más difícil detenerse. Ambos estaban totalmente excitados cuando Maribeth se apartó de él y vio, pasmada, que tenía la bragueta abierta. Paul tiró de la mano de ella y Maribeth intentó resistirse, pero estaba fascinada. Aquello era lo que le habían advertido, lo que le habían dicho que no hiciera nunca; sin embargo, todo era como un torbellino del que no podía escapar. Y el miembro de Paul creció vertiginosamente entre las manos de Maribeth, que se encontró acariciándolo mientras él la besaba, la tendía en el asiento y se deslizaba encima de ella, palpitando de deseo y excitación.

—Dios mío, Maribeth, te deseo tanto... Oh... te quiero.

Le levantó la falda y se bajó los pantalones en lo que pareció un único movimiento. Ella lo notó contra su piel, buscando, con una necesidad imperiosa de ella, la misma necesidad que ella sentía de él, y en una fulminante oleada de placer y de dolor la penetró. Sin apenas moverse en su interior, no pudo evitar un profundo estremecimiento y un momento después eyaculó.

—Oh, Dios mío, Dios mío, Maribeth. —Paul regresó lentamente a la Tierra y la miró. La chica lo observaba fijamente, como conmocionada, incapaz de creer lo que acababan de hacer. Paul le acarició el rostro y dijo—: Oh, Maribeth, lo siento, eras virgen. No he podido evitarlo. Eres tan guapa y te deseaba tanto... Lo siento.

—No importa. —Maribeth se sorprendió a sí misma tranquilizándolo.

Todavía estaba dentro de ella y se retiró lentamente. Aunque ya se estaba excitando de nuevo, no volvió a intentarlo. Sacó una toalla que milagrosamente encontró debajo del asiento y trató de ayudar a Maribeth a recuperar la compostura mientras ella procuraba no mostrarse azorada. Luego Paul bebió un largo trago de

ginebra y seguidamente le ofreció la botella a Maribeth, que esta vez la aceptó, preguntándose si el primer trago la habría hecho sucumbir a sus intenciones o si estaría enamorada de él, o él de ella, qué implicaciones tendría todo aquello y si significaba que ahora él era su novio.

—Eres increíble —le dijo él besándola de nuevo y atrayéndola hacia sí—. Siento que haya pasado aquí, de esta manera, esta noche. La próxima vez será mejor, te lo prometo. Mis padres se irán fuera dentro de dos semanas, puedes venir a mi casa. —No se le había pasado por la cabeza que tal vez ella no querría continuar. Supuso lo contrario, y no andaba del todo errado, pero sobre todo Maribeth no estaba segura de lo que sentía. En cuestión de minutos, todo su mundo se había vuelto del revés.

—¿Debbie y tú...? —Antes de terminar la frase ya sabía que era una pregunta tonta. Él le sonrió durante un momento como un hermano mayor y mucho más experimentado.

—Eres muy joven, ¿verdad? Ahora que lo pienso, ¿cuántos años tienes?

—Cumplí dieciséis hace dos semanas.

—Bueno, pues ahora ya eres toda una señorita. —Al ver que ella temblaba, se quitó la chaqueta y le cubrió los hombros.

Maribeth todavía estaba conmocionada y entonces se dio cuenta de que tenía que preguntarle una cosa.

—¿Podría quedarme embarazada por esto? —Sintió pánico sólo de pensarlo, pero él la tranquilizó. Maribeth no estaba segura de la magnitud del riesgo que había corrido.

—No lo creo. Sólo por una vez... Quiero decir que podrías, pero no pasará. Y la próxima vez tendré cuidado.

Ella no estaba muy segura de lo que quería decir tener cuidado, pero sabía que si lo volvía a hacer, y quizá lo haría si empezaban a salir, si Debbie Flowers lo había hecho y eso era lo que él esperaba de ella, entonces tendría cuidado. Estaba claro que no le hacía ninguna falta tener un niño. Hasta la más remota posibilidad la hacía temblar. No quería casarse por obligación, como sus dos tías. Y de repente recordó todas las historias que contaba su padre.

—¿Cómo sabré si lo estoy? —le preguntó mientras él ponía en marcha el coche.

Paul se volvió para mirarla dándose cuenta de lo inocente que era, aunque aquella misma noche le había parecido toda una mujer.

—¿Es que no lo sabes? —preguntó sorprendidísimo. Ella negó con la cabeza, sincera como siempre—. No te vendrá la regla.

Maribeth se sintió avergonzada y movió la cabeza para indicar que había comprendido. Aunque no sabía nada más, no quería seguir preguntando por miedo a que él la considerara una perfecta idiota.

Camino de casa, Paul apenas dijo nada. Cuando se detuvieron, echó un vistazo en derredor y a continuación la besó.

—Gracias, Maribeth. Lo he pasado muy bien esta noche.

Intuitivamente, ella suponía que perder la virginidad era algo más que pasarlo muy bien; sin embargo, no tenía derecho a esperar más de él y lo sabía. No debería

haberlo hecho la misma noche en que lo había conocido, y suponía que tendría suerte si la cosa seguía. No obstante, Paul le había dicho que la quería.

—Yo también lo he pasado bien —dijo con cautela y cortesía—. Ya nos veremos en el colegio —añadió esperanzada.

Le devolvió la chaqueta y echó a correr hacia la entrada de su casa. La puerta estaba abierta y entró. Faltaban dos minutos para las doce y se alegró de que todos estuvieran acostados, así que no tendría que explicar nada ni contestar preguntas. Se lavó lo mejor que pudo, agradeciendo que no la hubiera visto nadie, puso la falda del vestido en remojo y luego lo tendió tratando de contener las lágrimas. Podía decir que le habían derramado una copa de ponche encima, o que alguien había vomitado.

Temblando de pies a cabeza, se puso el camisón y se metió en la cama, mareada. Permaneció tendida en la oscuridad, en la misma habitación que Noëlle, pensando en lo que había ocurrido. Intentó tranquilizarse diciéndose que tal vez aquello era el inicio de una relación importante en su vida, pero no estaba segura de lo que significaba, ni de si Paul se lo había tomado en serio. Incluso tuvo la suficiente lucidez para dudar de que él creyera realmente en todo lo que había dicho. Esperaba que fuera sincero, pero había oído historias de otras chicas que habían llegado hasta el final y luego los chicos las habían dejado. Sin embargo, Paul no la había obligado a hacer nada; y eso le daba miedo. Ella quería hacerlo, y eso era lo que más la sorprendía. Ella quería hacer el amor con Paul. Una vez él empezó a tocarla, ella lo deseó. Y ahora ni siquiera se arrepentía, sólo temía por lo que podía pasar. Permaneció tendida en la cama durante horas, aterrorizada, rogando no haber quedado embarazada.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, su madre le preguntó si lo había pasado bien, y ella respondió que sí. Lo curioso era que nadie parecía sospechar nada; a juzgar por cómo se sentía, Maribeth esperaba que todo el mundo se diera cuenta de que ahora era una persona distinta. Era una mujer adulta, lo había hecho, y estaba enamorada del chico más maravilloso del colegio. Le resultaba absolutamente increíble que nadie reparara en ello.

Ryan estaba de mal humor. Noëlle se peleó con su madre por algo que había hecho la noche anterior. Su padre se había ido al taller aunque era sábado, y su madre dijo que tenía dolor de cabeza. Cada uno tenía su vida y nadie observó que Maribeth se había transformado de gusano en mariposa y había sido la Cenicienta del Príncipe. Pasó todo el fin de semana flotando en las nubes, pero el lunes aterrizó de golpe al ver a Paul entrar en el colegio abrazado a Debbie Flowers. A mediodía todo el mundo había oído ya el cuento. Debbie y él se habían peleado y luego se habían reconciliado porque alguien le había dicho que Paul había salido con otra chica durante el fin de semana, y Debbie no estaba dispuesta a permitirlo. Nadie parecía saber de quién se trataba pero sabían que Debbie se había puesto furiosa. Sin embargo, el domingo habían solventado sus diferencias y volvían a salir en serio. Maribeth sintió que se le caía el alma a los pies y no se encontró con Paul hasta el miércoles, cuando él se mostró muy amable y se detuvo a hablarle. Maribeth, al verlo, intentó concentrarse en lo que estaba metiendo en su taquilla. Esperaba que

pasara de largo, pero él llevaba días intentando hablar con ella y se alegró de haberla encontrado.

—¿Podemos ir a algún sitio para hablar? —preguntó con voz queda, llena de atractivo y emoción.

—No puedo. Lo siento. Voy a llegar tarde a gimnasia. Quizá más tarde.

—No me vengas con ésas. —La cogió del brazo—. Mira, siento lo ocurrido. Mi intención era buena, de verdad. No lo hubiera hecho si no hubiera creído que... Lo siento. Debbie está loca, pero llevamos mucho tiempo juntos. No pretendía hacerte daño.

Maribeth casi se echó a llorar al comprobar su sinceridad. ¿Por qué encima tenía que ser buen chico? Pero hubiera sido peor de no serlo.

—No te preocupes, estoy bien.

—No, no lo estás —dijo él, disgustado, con un profundo sentimiento de culpa.

—Sí lo estoy —insistió ella, pero de repente se le anegaron los ojos en lágrimas y deseó que todo hubiera ocurrido de otra manera—. Mira, será mejor que lo olvides.

—Pero recuerda que estaré aquí si me necesitas.

Maribeth se preguntó por qué decía aquello. Pasó todo el mes siguiente tratando de olvidarlo, pero se lo encontraba en los pasillos, en la puerta del gimnasio y en todas partes. De pronto parecía imposible evitarlo.

A primeros de mayo, un mes y medio después de que hiciera el amor con Maribeth, Debbie y él anunciaron que se habían prometido y que iban a casarse en julio, cuando terminara el curso. Y Maribeth descubrió que estaba embarazada.

Sólo se le había retrasado dos semanas, pero había empezado a vomitar asiduamente y notaba algo distinto en su cuerpo. Repentinamente, los pechos se le pusieron enormes y muy sensibles, la cintura se le ensanchó de un día para otro y sentía náuseas a todas horas del día. Le parecía increíble que su cuerpo pudiera cambiar tanto y tan rápidamente. Pero cada mañana, mientras vomitaba en la taza del váter, rezando para que no la oyera nadie, sabía que no podría esconderlo eternamente.

No sabía qué hacer, a quién decírselo ni a dónde dirigirse, y no quería decírselo a Paul. Finalmente, a finales de mayo, fue al médico de su madre y le suplicó que no se lo dijera a sus padres. Lloró tanto que el médico accedió, de mala gana, y confirmó que estaba embarazada. Calculaba que estaba exactamente de dos meses. Así quedaba desmentida la afirmación de Paul: era evidente que sí podía quedarse embarazada «sólo por una vez». Se preguntó si Paul le habría mentado a propósito o simplemente ignoraba que aquello podía ocurrir. Quizá las dos cosas. Desde luego, era la suerte del principiante. Estaba sentada en la camilla, aferrando el extremo de la sábana y llorando, cuando el médico le preguntó qué iba a hacer.

—¿Sabes quién es el padre del niño? —preguntó. Aquella pregunta la sorprendió e incluso la ofendió.

—Naturalmente —dijo, humillada y dolida. Aquella situación no tenía fácil solución.

—¿Está dispuesto a casarse contigo?

Ella negó con la cabeza. Su cabello pelirrojo parecía una llamarada; sus ojos, un verde mar. Todavía no había asimilado del todo el alcance de la confirmación de su estado, pero la perspectiva de obligar a Paul a casarse, si es que lo conseguía, resultaba tentadora.

—Sale con otra —dijo con voz ronca.

—Puede que cambie de planes, dadas las circunstancias. No sería el primero. — El médico sonrió entristecido. Le daba lástima aquella muchacha. Parecía buena chica y sin duda aquello le iba a cambiar la vida.

—No cambiará de planes —replicó Maribeth en voz baja. Había sido la típica aventura de una noche, con una desconocida, aunque Paul había dicho que contara con él si lo necesitaba. Pues ahora lo necesitaba. Sin embargo, aquello no significaba que estuviese dispuesto a casarse con ella sólo porque la había dejado embarazada.

—¿Qué le dirás a tus padres, Maribeth? —preguntó el médico. Ella cerró los ojos, abrumada por el terror que le producía sólo pensar en aquello.

—No lo sé aún.

—¿Quieres que te acompañe en el momento de decírselo ?

Era muy amable, pero Maribeth no se imaginaba al médico diciéndolo por ella. Sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a esa situación por sí misma.

—¿Y... no podría deshacerme de él? —preguntó con valentía. No estaba muy segura de cómo se hacía, pero sabía que algunas mujeres «se deshacían» de los niños que esperaban. Una vez oyó a su madre y a su tía hablar de «abortar». Su madre dijo que la mujer casi había muerto, pero Maribeth prefería aquello antes que enfrentarse a su padre.

El médico frunció el ceño.

—Eso es caro, peligroso e ilegal. Y no quiero volver a oír una palabra sobre el tema, jovencita. A tu edad, la solución más sencilla es tener el niño y entregarlo en adopción. Eso hace la mayoría de las chicas de tu edad. Lo tendrás en diciembre. Podrías ir a la residencia de las Hermanas de la Caridad en cuanto empiece a notársete y quedarte allí hasta que lo tengas.

—¿Quiere decir regalarlo? —Parecía muy sencillo, pero ella sospechaba que era más complicado de lo que aparentaba, que el médico no se lo estaba contando todo.

—Exacto —dijo él, compadeciéndose de ella. Era una chica muy joven e ingenua, pero tenía el cuerpo de una mujer adulta y ahí estaba la raíz de sus problemas—. No tendrás que ocultarlo hasta dentro de un tiempo. Seguramente no empezará a notársete hasta julio o agosto, a lo mejor incluso más tarde, pero tienes que decírselo a tus padres.

Maribeth asintió con la cabeza, aturdida. ¿Qué podía decirles? ¿Que se había acostado con un chico en el asiento de su coche la noche del baile y que él no quería casarse con ella? Era posible que su madre hasta quisiera quedarse el niño. No podía imaginarse la escena mientras se vestía y salía de la consulta. El médico había prometido no decir nada hasta que Maribeth hablara con ellos, y ella le creyó.

Esa tarde buscó a Paul en el colegio. Faltaban dos semanas para terminar el curso y sabía que no debía presionarlo en aquel momento. Era tanto culpa de ella

como de él, o eso pensaba, pero no podía olvidar lo que Paul le había dicho.

Cuando se encontraron, pasearon por el patio del colegio y terminaron en el banco de detrás del gimnasio, donde se habían conocido la noche de la fiesta, y entonces se lo dijo.

—¡Mierda! ¡No es posible! —Exhaló un largo suspiro. Parecía muy disgustado.

—Es verdad. Lo siento, Paul. Ni siquiera sé por qué te lo he dicho. Supongo que tendrías que saberlo.

El asintió con la cabeza, incapaz de decir nada de momento.

—Me voy a casar dentro de un mes y medio. Debbie me matará si se entera. Le dije que todo lo que había oído de ti eran mentiras y rumores.

—¿Qué había oído? —Maribeth sentía curiosidad.

—Que aquella noche me fui contigo. Todos los que nos vieron en Willie's le fueron con el cuento. Habíamos roto, no había problema. Le dije, que no era nada serio, que no quería decir nada.

Le dolió oírlo. A Paul le importaba Debbie, no ella.

—¿Y significó algo para ti? —preguntó Maribeth con amarga ironía. Quería saberlo; ahora tenía derecho, iba a tener un hijo de él.

Paul la miró con aire pensativo por unos instantes y luego hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, en ese momento significaba algo. Quizá no tanto como debería, pero algo sí. Me pareciste fantástica. Pero luego Debbie me persiguió todo el fin de semana. Dijo que la trataba fatal, que la engañaba y que después de tres años se merecía algo más, así que le dije que me casaría con ella cuando terminara el curso.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó Maribeth mirándolo fijamente en tanto se preguntaba qué clase de persona era, qué quería realmente. Estaba convencida de que Debbie no lo satisfaría pero dudaba de que él lo supiese.

—No sé lo que quiero. Pero sí sé que no quiero tener un hijo.

—Yo tampoco. Maribeth estaba segura de ello. No sabía si con el tiempo querría tener hijos, pero en aquel momento desde luego que no, y menos de él. Por muy guapo que fuera, Paul no la quería. Y ella no deseaba verse obligada a casarse con él, aunque él hubiese estado dispuesto a hacerlo. No quería casarse con un hombre que mintiera sobre ella, que fingiera no haber salido nunca con ella, no sentir interés siquiera. Quería casarse con alguien que estuviera orgulloso de amarla y de tener un hijo con ella, no con alguien que tuviera que ser obligado a pasar por la vicaría a toda prisa.

—¿Por qué no te deshaces de él? —sugirió Paul quedamente. Maribeth lo miró con expresión entristecida.

—¿Quieres decir que lo dé? —Eso es lo que pensaba hacer y lo que había sugerido el médico.

—No. Quiero decir que abortes. Conozco a una chica de último curso que abortó el año pasado. Podría preguntar. A lo mejor podría conseguir dinero; es carísimo.

—No, no quiero. —El médico la había convencido de no seguir por ese camino.

Y la idea tampoco acababa de gustarle; pese a lo poco que sabía, le daba la impresión de que deshacerse del niño podía ser un asesinato.

—¿Vas a quedártelo? —preguntó él, aterrado. ¿Qué diría Debbie? Lo mataría.

—No. Voy a entregarlo en adopción. —Lo había pensado mucho y parecía la única solución—. El médico me ha dicho que puedo trasladarme a una residencia de monjas en cuanto se me empiece a notar. Cuando lo tenga, las monjas se lo quedarán y se encargarán de que lo adopte alguien. —Se volvió hacia él y le hizo una extraña pregunta—: ¿Te gustaría verlo?

Paul negó con la cabeza y le volvió la espalda. No le gustaba nada la sensación de incapacidad, miedo e ira que sentía. Sabía que no se estaba comportando como debía con ella, pero no tenía la valentía para encarar el problema, y no quería perder a Debbie.

—Lo siento, Maribeth. Admito que soy un tunante.

Ella quería decirle que lo era, pero no podía. Quería decirle que lo comprendía, pero tampoco podía, porque no era cierto. No entendía nada: qué les había ocurrido, por qué lo habían hecho, por qué se había quedado embarazada, por qué Paul se iba a casar con Debbie mientras ella tendría que recluírse con las monjas para tener un hijo de él. Todo era descabellado.

Permanecieron sentados un rato en silencio. Luego Paul se marchó y Maribeth supo que no volvería a hablar con él.

Sólo lo vio una vez más, el día anterior al fin de curso, y Paul no le dirigió la palabra. La miró y se volvió. Maribeth cruzó el patio sola, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas, pensando que no quería tener un hijo de Paul. Era una situación injusta y ella cada día se encontraba peor. La semana siguiente a que terminaran las clases, estaba un día arrodillada delante de la taza del váter, vomitando violentamente, cuando entró su hermano, pues Maribeth se había olvidado de echar el pestillo de la puerta.

—Perdona. ¡Ostras! ¿Te encuentras mal? —Ryan se compadeció de ella, pero un instante después empezó a sospechar y, al ver la manera en que vomitaba, quedó convencido—. ¡Ostras, estás embarazada! —Era una afirmación, no una pregunta.

Maribeth permaneció inmóvil largo rato, con la cabeza apoyada en la taza del váter, hasta que por fin se levantó. Su hermano seguía mirándola con expresión desprovista de compasión, sólo llena de recriminaciones.

—Papá te matará.

—¿Por qué estás tan seguro de que estoy embarazada? —Intentó mostrarse descarada, pero su hermano la conocía bien.

—¿De quién es?

—¿A ti qué te importa? —replicó Maribeth sintiendo una nueva oleada de náuseas, esta vez debida a los nervios y al terror.

—Más vale que le digas que vaya preparando el traje de los domingos o que eche a correr. Papá le cortará la cabeza si no se casa contigo.

—Gracias por el consejo —dijo, y salió lentamente del cuarto de baño. Pero sabía que tenía los días contados. Y así era.

Ryan se lo dijo a su padre aquella misma tarde y Bert Robertson llegó a casa tan furioso que casi derriba la puerta del dormitorio de Maribeth. La muchacha estaba tendida en la cama mientras Noëlle escuchaba discos y se hacía la manicura. La obligó a salir a la sala y llamó a su madre. Maribeth había pensado cómo decírselo, pero ya no hacía falta. Ryan lo había hecho en su lugar.

Su madre ya estaba llorando cuando ella llegó a la sala y Ryan se mostraba ceñudo, como si Maribeth le hubiera hecho algún daño. Su padre había ordenado a Noëlle que se quedara en su habitación. Bert Robertson se comportaba como un toro rabioso, dando vueltas por la sala mientras le decía a Maribeth que era igual que sus tías, que se había portado como una prostituta y que había deshonorado a toda la familia. Exigía saber quién la había dejado en estado. Pero Maribeth estaba preparada para eso. No pensaba decirlo bajo ninguna circunstancia.

Paul le había parecido atractivo y seductor, y le hubiera encantado que se profesaran un amor mutuo, pero no era así y se iba a casar con otra. Maribeth no quería empezar su vida adulta de aquella manera, a los dieciséis años, y estropearla para siempre. Prefería tener el niño y entregarlo en adopción. No podían obligarla a revelar el nombre del padre.

—¿Quién es? —gritaba su padre una y otra vez—. No pienso dejarte salir de esta habitación hasta que me lo digas.

—Entonces estaremos mucho tiempo aquí —repuso ella serenamente. Había meditado tanto desde que se enteró de su estado que ni siquiera su padre la asustaba. Además, lo peor ya había ocurrido. Estaba embarazada y ellos lo sabían. ¿Qué otra cosa podían hacerle?

—¿Por qué no quieres decir quién es? ¿Es un profesor? ¿Un chico? ¿Un hombre casado? ¿Un cura? ¿Un amigo de tu hermano? ¿Quién es?

—Da lo mismo. No se va a casar conmigo —dijo tranquilamente, sorprendida de su propia fuerza delante del huracán de su padre.

—¿Por qué no? —rugió éste.

—Porque no me quiere y yo no lo quiero a él. Así de sencillo.

—A mí no me parece sencillo —replicó su padre, todavía más furioso, mientras su madre lloraba y se estrujaba las manos. A Maribeth le dolía mirarla; le disgustaba hacer daño a su madre—. Así pues, te has acostado con un tipo a quien ni siquiera querías. No puede haber mayor desvergüenza. Hasta tus tías querían a los hombres con los que se acostaban. Y se casaron con ellos. Han tenido una vida decente e hijos legítimos. ¿Qué piensas hacer con este niño?

—No lo sé, papá. Había pensado entregarlo en adopción, a no ser que...

—¿A no ser qué? ¿Crees que vamos a quedárnoslo para que te desacredite a ti y a nosotros? Ni hablar, eso no pasará mientras vivamos tu madre y yo.

Su madre la miró implorante, suplicándole que deshiciera aquel desastre, pero no podía.

—No quiero quedarme al niño —dijo Maribeth con tristeza, en tanto las lágrimas afluían por fin a sus ojos—. Tengo dieciséis años, no puedo ofrecerle nada, y yo también quiero vivir. No quiero renunciar a mi vida y sacrificarme por un

niño al que no puedo mantener ni criar. Los dos tenemos derecho a algo más.

—Muy noble de tu parte —ironizó su padre en el límite de la ira—. Hubiera estado bien ser un poco más noble antes de bajarte las bragas. Mira a tu hermano, tiene aventuras con muchas chicas y no ha dejado embarazada a ninguna. Y mírate tú: dieciséis años y ya has estropeado toda tu vida.

—No tiene por qué ser así, papá. Puedo estudiar con las monjas mientras esté con ellas y volver al colegio en diciembre, después de tener el niño. Podría regresar después de las vacaciones de Navidad. Diríamos que he estado enferma.

—¿De verdad? ¿Y quién se lo iba a creer? ¿Piensas que la gente no murmurará? Se enterará todo el mundo. Quedarás deshonrada, jovencita, y nosotros también. Serás la deshonra de toda la familia.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —preguntó Maribeth, angustiada, llorando abiertamente. Estaba resultando todavía más penoso de lo que esperaba, y no había solución fácil—. ¿Qué quieres que haga? ¿Morirme? No puedo deshacer lo que ya está hecho. No sé qué hacer, no hay manera de evitarlo. —Maribeth sufría, pero su padre parecía inmovible.

—No hay otra salida que tener el niño y entregarlo en adopción.

—¿Quieres que me vaya con las monjas? —preguntó en la esperanza de que su padre dijera que podía quedarse en casa. Vivir en el convento, lejos de la familia, le aterraba. Pero si él le ordenaba que se marchara, no tenía otro sitio al que ir.

—No puedes quedarte aquí —dictaminó su padre con firmeza—. Y no puedes conservar el niño. Vete a las Hermanas de la Caridad, déjales el bebé y luego vuelve a casa. —Y entonces le propinó el último golpe psicológico—: No quiero verte hasta ese día. Y tampoco quiero que veas a tu madre ni a tu hermana. —Por un momento Maribeth pensó que aquellas palabras la iban a matar—. Lo que has hecho es un agravio tanto para nosotros como para ti. Has mancillado tu dignidad y la nuestra. Has abusado de nuestra confianza. Nos has deshonrado. No lo olvides.

—¿Por qué es tan terrible lo que he hecho? Jamás os he mentado. Jamás os he hecho ningún daño. No os he traicionado. Sí, admito que cometí un desliz. Y mira lo que me está pasando por culpa de eso. ¿No es bastante? No puedo eludirlo. Cargaré con ello toda la vida. Y voy a tener que desprenderme de mi hijo. ¿No te parece bastante? ¿Merezco mayor castigo aún? —Sollozaba desgarrada de dolor, pero su padre prosiguió implacable.

—Eso es entre Dios y tú. No soy yo quien te castiga, es Él.

—Tú eres mi padre. Y me estás echando de casa. Me dices que no quieres verme hasta que haya entregado el bebé. Me prohíbes ver a mi hermana y a mi madre.

Sabía que su madre no lo desobedecería. Sabía lo débil que era y cuan incapaz era de tomar decisiones por su cuenta, que estaba anulada por él. Todos le cerraban la puerta, y Paul ya lo había hecho. Maribeth estaba completamente sola.

—Tu madre es libre de hacer lo que le plazca —dijo Bert con tono poco convincente.

—Al único a quien complace es a ti —repuso Maribeth desafiante, poniéndolo todavía más furioso—, ya lo sabes.

—Sólo sé que nos has deshonrado a todos. No creas que gritándome vas a conseguir tus propósitos, traer a tu hijo bastardo aquí y acabar de deshonrarnos definitivamente. No esperes nada de mí, Maribeth, hasta que pagues tus pecados y enmiendes el daño que has provocado. Si no quieres casarte con ese chico y él no quiere casarse contigo, yo no puedo hacer nada —le espetó y salió de la habitación.

Pero regresó al cabo de cinco minutos. Maribeth ni siquiera había tenido todavía fuerza para dirigirse a su habitación. Bert Robertson había hecho dos llamadas telefónicas, una a su médico y otra al convento. El alojamiento, la pensión completa durante seis meses y el parto costarían ochocientos dólares. Las monjas le aseguraron que su hija estaría en buenas manos, el parto se llevaría a cabo con todas las garantías en su enfermería por un médico y una comadrona. Y el niño sería entregado a una familia cariñosa. Su hija regresaría a casa una semana después de dar a luz, siempre que no hubiera complicaciones.

Ya había acordado mandarla allí y había metido el dinero dentro de un sobre blanco que le entregó a Maribeth con mirada pétrea. Su madre se había retirado ya al dormitorio, deshecha en lágrimas.

—Mira el disgusto que le has dado a tu madre —dijo con tono recriminatorio, negando toda responsabilidad en el disgusto—. No quiero que le digas nada a Noëlle. Límitate a marcharte. No hace falta que tu hermana sepa más. Volverás dentro de seis meses. Mañana por la mañana yo mismo te llevaré al convento. Haz las maletas, Maribeth. —Su tono no admitía réplica.

La muchacha sintió que se le helaba la sangre. Pese a todos los problemas que tenía con su padre, aquélla era su casa, aquéllos eran sus padres, y ahora la desterraban de allí. No iba a tener a nadie que la ayudara. De pronto se preguntó si debía haber exigido más de Paul, quizá así él la hubiera ayudado... o quizá incluso se hubiera casado con ella en lugar de con Debbie. Pero era demasiado tarde. Su padre la había echado. Quería que al día siguiente estuviera fuera de allí.

—¿Qué le digo a Noëlle? —balbuceó Maribeth. El dolor que le producía separarse de su hermana pequeña le cortaba la respiración.

—Dile que te vas a otro colegio. Dile lo que quieras menos la verdad. Es demasiado joven para hablar de estas cosas.

Maribeth asintió con la cabeza, demasiado aturdida por el dolor para responder siquiera. Regresó a su cuarto y evitó los ojos de Noëlle mientras bajaba su bolsa de viaje. Metió unas pocas cosas, unas blusas, pantalones y unos vestidos que le servirían durante un tiempo. Esperaba que las monjas le proporcionaran ropa. Dentro de poco ya todo se le quedaría pequeño.

—¿Qué haces? —preguntó Noëlle, asustada. Había intentado escuchar la discusión, pero no alcanzó a distinguir las palabras.

Cuando Maribeth se volvió, temblorosa, hacia su hermana pequeña, tenía el mismo aspecto que si se le hubiera muerto alguien.

—Me marcho por una temporada —respondió con tristeza, deseando poder contarle una mentira convincente, pero aquello era demasiado penoso, demasiado repentino.

No soportaba la idea de despedirse ni tampoco el bombardeo de preguntas de Noëlle. Al final le dijo que se iba a una escuela especial porque no había conseguido tan buenas notas como de costumbre, pero Noëlle se aferraba a ella, llorando, aterrada ante la idea de perder a su única hermana.

—Por favor, no te marches. No dejes que te envíe lejos de aquí. Sea lo que sea lo que has hecho, no puede ser tan terrible. Sea lo que sea, yo te perdono. No te marches. Maribeth era la única persona con quien Noëlle podía hablar. Su madre era demasiado débil; su padre, demasiado testarudo para escuchar siquiera; su hermano, demasiado egocéntrico y frívolo. Sólo Maribeth escuchaba sus problemas, y ahora se marchaba. La pobre Noëlle estaba destrozada y las dos hermanas pasaron la noche llorando, abrazadas en una de las camas individuales.

La mañana siguiente llegó demasiado pronto. A las nueve, su padre metió la bolsa en la furgoneta y Maribeth se quedó mirando a su madre, deseando que reuniera fuerzas para enfrentarse a su marido y decirle que no podía hacerle aquello a su hija. Pero su madre no se enfrentaría jamás a él, y Maribeth lo sabía. Se limitó a abrazarla unos instantes, deseando que se quedara, que Maribeth no hubiera sido tan ingenua o que no hubiera tenido tanta mala suerte.

—Te quiero, mamá —dijo Maribeth con voz entrecortada mientras su madre la abrazaba con fuerza.

—Iré a verte, Maribeth. Te lo prometo.

Maribeth sólo pudo inclinar la cabeza en un gesto de asentimiento, incapaz de hablar mientras abrazaba a Noëlle, que lloraba desconsoladamente, suplicándole que no se fuera.

—Shhh. Deja de llorar —le ordenó Maribeth haciéndose la valiente, aunque también ella estaba llorando—. Será poco tiempo. Volveré antes de Navidad.

—¡Te echaré de menos! —exclamó Noëlle en tanto el coche se alejaba.

Ryan también había salido, pero no había dicho nada. Se limitó a agitar la mano mientras su padre emprendía el corto camino que los llevaría a su destino, situado al otro lado de la ciudad.

Cuando llegaron, el convento le pareció siniestro. De pie a su lado, su padre le dijo:

—Cuídate.

Maribeth no pensaba darle las gracias por su actitud. Sin duda su padre podría haberse mostrado más amable y comprensivo, haber recordado lo que era ser joven y cometer un grave error. Pero él no era capaz de eso. No podía dejar de ser como era, y su modo de ser dejaba mucho que desear.

—Te escribiré, papá —dijo ella, pero su padre no le dijo nada durante un largo instante, hasta que final mente asintió con la cabeza.

—Ten a tu madre informada de cómo estás. Se preocupará.

Quería preguntarle si él también se preocuparía, pero Maribeth ya no se atrevía a formularle preguntas.

—Te quiero —musitó Maribeth corriendo ya escaleras arriba.

Pero él no se volvió para mirarla. Se limitó a levantar una mano mientras se

alejaba, sin volverse. Maribeth llamó por fin a la puerta del convento.

La espera le pareció tan larga que sintió un impulso de bajar los escalones y volver a casa, pero ya no tenía casa a la que volver. Sabía que no la admitirían hasta que todo hubiera terminado. Entonces, por fin, una monja joven abrió la puerta. Maribeth se presentó y, con una inclinación de la cabeza, la monja le cogió la bolsa, la hizo entrar y cerró la pesada puerta de hierro con un golpe que resonó en los oídos de Maribeth.



Capítulo III

El convento de las Hermanas de la Caridad era un lugar cavernoso, oscuro y tétrico, y Maribeth descubrió muy pronto que allí había otras dos chicas por el mismo motivo que ella. Las dos eran de poblaciones cercanas, y Maribeth se sintió aliviada al comprobar que no las conocía. Las dos estaban a punto de dar a luz, y una de ellas, una chica de diecisiete años, dio a luz el segundo día de estar Maribeth en el convento. Fue una niña, que enseguida fue entregada a sus padres adoptivos, que ya estaban esperando. La madre ni siquiera llegó a verla. A Maribeth todo el procedimiento le pareció inhumano, como si se tratara de un asunto sucio que hubiera que ocultar.

La otra chica tenía quince años y esperaba dar a luz de un momento a otro. Las dos muchachas comían y cenaban con las monjas, iban a la capilla con ellas a la hora de los rezos y sólo podían hablar en momentos predeterminados. La tercera noche, Maribeth se sintió perpleja al enterarse de que el padre del niño que esperaba su compañera era su propio tío. Era una muchacha muy desdichada y le aterraba la experiencia del parto. La quinta noche, Maribeth oyó los gritos de la otra chica, que prosiguieron a lo largo de dos días durante los cuales las monjas corrían de un lado a otro. Al final la llevaron a un hospital y le practicaron una cesárea. Cuando Maribeth preguntó, le dijeron que la muchacha no regresaría pero que el bebé había nacido sano; luego se enteró por casualidad de que había sido un varón. Una vez se hubieron marchado las otras dos chicas, Maribeth se encontró aún más sola en compañía de las monjas. Esperaba que pronto llegaran más pecadoras para tener a alguien con quien hablar.

Cuando podía leer el periódico local y dos semanas después de su llegada vio la noticia del enlace de Paul y Debbie. A raíz de aquello su sensación de soledad aumentó; sabía que estaban de viaje de novios mientras ella permanecía confinada a causa de una noche en el asiento delantero del Chevy de Paul. Resultaba injusto que ella tuviera que soportar todo el peso del desliz, y cuanto más lo pensaba más claro veía que no podía seguir en el convento.

No tenía donde ir, ni nadie con quien estar. Sin embargo, no soportaba la opresiva atmósfera del convento, pese a que las monjas se comportaban amablemente con ella. Hasta el momento les había pagado cien dólares, por lo que le quedaban setecientos, con los que podía pasar seis meses en cualquier sitio. No sabía dónde ir, pero no podía quedarse allí encerrada, esperando que llegaran otras prisioneras como ella, que transcurrieran los meses, que naciera el niño y se lo arrebataran, para luego volver a casa, con sus padres. Estar allí era un precio demasiado alto. Le apetecía ir a algún sitio y vivir una vida normal, buscar trabajo, tener amigos. Necesitaba aire fresco, voces, ruido y gente. No sabía por qué le había

ocurrido aquello precisamente a ella, lo único que sentía era una opresión constante y la abrumadora sensación de que era una pecadora irredimible. Pero aunque lo fuera, necesitaba un poco de sol y de alegría en la vida mientras esperaba al niño. Tal vez tenía que aprender una lección, pero no tenía por qué perder tiempo precioso. No había motivo para que su situación fuera tan terrible como la pintaban las monjas. Así pues, la tarde siguiente le dijo a la madre superiora que se iba a visitar a su tía, con la esperanza de que la creyera. En todo caso, Maribeth sabía que nada podía detenerla ya: había decidido marcharse de allí.

Al día siguiente, nada más amanecer, salió del convento con el dinero, la bolsa y una infinita sensación de libertad. No podía irse a casa, pero el mundo entero se desplegaba ante ella, esperando ser descubierto, explorado. Maribeth jamás se había sentido tan libre ni tan fuerte. Ya había sufrido un profundo dolor al abandonar su casa, ahora era sólo cuestión de encontrar un lugar donde vivir hasta que naciera el niño. Sería más fácil si se marchaba de la ciudad, de manera que se dirigió a la estación de autobuses y sacó un billete abierto para Chicago. Tenía que pasar por Omaha, pero Chicago era el lugar más alejado que se imaginaba y podía pedir la devolución de la parte del billete que no usara en cualquier punto del trayecto. Lo único que deseaba era marcharse. Esperó en la estación hasta que empezaron a subir pasajeros al primer autobús para Chicago. Cuando por fin se puso en marcha el vehículo, contempló cómo se deslizaba ante sus ojos la ciudad donde había vivido siempre y no sintió remordimientos; lo único que sentía ahora era emoción por descubrir el futuro. El pasado representaba poco para ella, lo mismo que su ciudad. No tenía amigos. No echaría de menos a nadie aparte de a su madre y su hermana. Antes de subir al autobús, había escrito una postal a cada una prometiéndoles que les informaría de una dirección en cuanto la tuviese.

—¿Va usted a Chicago, señorita? —preguntó el revisor cuando Maribeth ocupó un asiento, sintiéndose por primera vez adulta e independiente.

—Quizá —respondió sonriendo.

Podía ir a cualquier sitio y hacer cualquier cosa; era libre. No tenía que rendir cuentas a nadie más que a sí misma y su único impedimento era el niño que crecía en su interior. Ya estaba embarazada de tres meses y medio y, pese a que no se le notaba, ella sentía crecer su cuerpo. Empezó a pensar en qué le iba a decir a la gente del lugar en que decidiera quedarse. Una vez descubrieran que estaba embarazada, tendría que explicar cómo había llegado allí y por qué estaba sola. Tendría que buscar trabajo. No podía hacer gran cosa, pero podía limpiar casas, trabajar en una biblioteca, cuidar niños y quizá hacer de camarera. Estaba dispuesta a hacer casi cualquier cosa mientras estuviera a salvo. Y mientras no encontrara trabajo tenía el dinero que le había dado su padre para el convento.

Llegaron a Omaha por la tarde. Hacía calor pero soplaba una suave brisa. Aunque estaba mareada por el largo trayecto en autobús, se sintió mejor después de tomar un bocadillo. Subieron y bajaron otras personas del autobús; la mayoría hacía trayectos cortos. Ella era la que llevaba más tiempo de viaje cuando aquella noche se detuvieron en una ciudad pequeña que parecía bonita, limpia y pintoresca. Era una

localidad universitaria y había muchos jóvenes en el pequeño restaurante con aspecto de cafetería donde pararon a cenar. La camarera que la atendió estaba asistida por un joven muy pulcro que sonrió amablemente a Maribeth al servirle una hamburguesa y un batido. La hamburguesa estaba deliciosa, los precios eran asequibles y desde las otras mesas llegaban risas y buen humor. Había un ambiente muy agradable y acogedor y Maribeth sintió ganas de no regresar al autobús, que continuaba su trayecto hasta Chicago. Al salir del restaurante vio un pequeño letrero en la ventana en el que se ofrecía trabajo a camareras y camareros. Lo miró por un momento y luego regresó al interior lentamente, preguntándose si pensarían que estaba loca o si creerían la historia que se inventara.

La misma camarera que la había servido la observó con una sonrisa, seguramente pensando que se había olvidado algo. Maribeth vaciló.

—Quería saber si... He visto el letrero y... Es por el trabajo. Me refiero a que...

—Quieres decir que buscas trabajo —dijo la mujer sonriendo—. Eso no tiene nada de malo. Pagamos dos dólares la hora. Seis días a la semana, diez horas al día. Vamos cambiando de turno para poder estar de vez en cuando con nuestros hijos. ¿Estás casada?

—No... Bueno... Sí... Bueno, lo estaba. Soy viuda. Mi marido murió en Corea.

—Lo siento —dijo la mujer mirando a Maribeth a los ojos. Parecía sincera. La muchacha quería aquel trabajo y le había caído bien. Parecía muy joven, pero eso no era impedimento, también eran jóvenes muchos clientes.

—Gracias. ¿Con quién tengo que hablar por lo del trabajo?

—Conmigo. ¿Tienes experiencia?

Maribeth contempló la posibilidad de mentir, pero negó con la cabeza y pensó si debía contar lo del niño.

—Necesito el trabajo. —De repente experimentaba un intenso deseo de quedarse allí. Parecía un lugar alegre, una ciudad animada, le gustaba.

—¿Dónde vives?

—En ningún sitio todavía. —Sonrió; parecía muy desvalida, cosa que ablandó el corazón de la otra—. Pasaba en el autobús... Si me da el trabajo, recogeré mi bolsa y buscaré una habitación. Podría empezar mañana.

La mujer sonrió. Se llamaba Julie y Maribeth le había caído bien a primera vista. Emanaba una sensación de fuerza y de tranquilidad, como si tuviera principios y valentía. Era extraño basarse en la intuición, pero le había causado buena impresión.

—Ve a buscar tu bolsa al autobús —le dijo Julie con tono cariñoso—. Esta noche puedes quedarte en mi casa. Mi hijo ha ido a Duluth a ver a mi madre. Puedes dormir en su habitación, si es que soportas el desorden que hay. Tiene catorce años y es un cochino. También tengo una niña de doce. Estoy divorciada. ¿Qué edad tienes? —preguntó.

Maribeth contestó, ya camino del autobús, que tenía dieciocho y echó a correr en busca de la bolsa. Regresó al cabo de dos minutos sin aliento y sonriendo.

—¿Está segura de que no es molestia que duerma en su casa? —preguntó, radiante de alegría.

—En absoluto. —Julie le lanzó un delantal y rió—. Ten, ya puedes empezar a trabajar. Puedes recoger mesas hasta que termine mi turno, a las doce.

Sólo faltaba una hora y media, pero fue agotador cargar con las grandes bandejas y las pesadas jarras. Maribeth no se podía creer lo cansada que estaba cuando cerraron. En el restaurante trabajaban cuatro mujeres más y varios jóvenes estudiantes de bachillerato que hacían de camareros. Casi todos los chicos eran de la edad de Maribeth y las mujeres tenían entre treinta y cincuenta años. Le contaron que el dueño había sufrido un infarto de corazón y que sólo iba por las mañanas y algunas tardes. Pero lo tenía todo controlado y su hijo era uno de los cocineros. Julie dijo que había salido con él unas cuantas veces y que era simpático, pero que no habían pasado de ahí. Tenía demasiadas responsabilidades en la vida para que le quedara tiempo o ganas de aventuras amorosas. Tenía dos hijos y su ex marido le debía cinco años de pensión. Dijo que se gastaba hasta el último céntimo en los zapatos de los niños, las facturas del médico y el dentista, y en todas las cosas que pedían o necesitaban.

—Criar hijos sola no es cosa de broma —dijo muy seria cuando ya iban camino de casa—. Alguien debería explicártelo antes de divorciarte. Créeme, los hijos no están hechos para una persona sola. Si te duele la cabeza, estás enferma o cansada, no puedes parar, tú eres lo único que tienen. Todo recae sobre tus espaldas. Yo no tengo familia aquí, pero las compañeras del trabajo son buenas chicas y me ayudan mucho. Se quedan con los niños o los llevo a su casa si tengo que salir. El marido de Martha lleva a mi hijo a pescar cada vez que puede. Estas cosas son importantes. Una no puede hacerlo todo sola. Y Dios sabe que lo intento. A veces pienso que no lo resistiré. —Maribeth escuchaba con atención y no se le escapaba la sabiduría de las palabras de Julie. Sintió ganas de contarle lo del bebé que esperaba, pero no lo hizo—. Lástima que tu marido y tú no tuvierais hijos —añadió Julie dulcemente, como si le leyera el pensamiento—. Pero aún eres joven. Te volverás a casar. ¿Cuántos años tenías cuando te casaste?

—Diecisiete. Recién terminado el bachillerato. Sólo estuvimos casados un año.

—Lo siento. —Le dio una cariñosa palmada en la mano y aparcó el coche en la entrada.

Vivía en un piso pequeño de la parte de atrás. La niña estaba dormida cuando entraron.

—No me gusta dejarla sola. Normalmente está su hermano. Los vecinos están atentos por si pasa algo y ella sabe entretenerse sola. A veces también viene al restaurante, si no tengo otro remedio. Pero no les gusta. —Maribeth pensó que criar hijos sola no parecía fácil. Julie llevaba diez años divorciada, desde que los niños tenían dos y cuatro años, y había vivido en varios sitios, pero aquel lugar le gustaba y pensaba que a Maribeth también le gustaría—. El pueblo está bien, hay muchos jóvenes y la gente que trabaja en la universidad es simpática. Vienen muchos por el restaurante, y los estudiantes también. Les encantará que les sirvas.

Le enseñó el cuarto de baño y la habitación de su hijo, que se llamaba Jeffrey e iba a estar fuera dos semanas. Julie dijo que Maribeth podía quedarse hasta que

encontrara una habitación. Si hacía falta, su hija dormiría con ella cuando volviera Jeff y Maribeth dormiría en la habitación de Jessica, pero con los alojamientos que había para los estudiantes estaba segura de que encontraría algo enseguida.

Y tenía razón. A las doce del día siguiente, Maribeth ya había encontrado una habitación encantadora en una casa particular. Estaba toda decorada con cretona de flores rosa y, aunque era pequeña, resultaba acogedora, tenía mucha luz y el precio era razonable, y sólo quedaba a seis manzanas del restaurante Jimmy D's, donde iba a trabajar. Parecía que todo salía a pedir de boca. Sólo llevaba unas horas allí, pero era como si supiera que aquél era su lugar.

Camino del trabajo, envió una postal a sus padres con su dirección, y, al hacerlo, volvió a pensar en Paul, aunque sabía que no servía de nada. Se preguntó durante cuánto tiempo se acordaría de él, y si él pensaría en ella y en su hijo.

Ese día, en Jimmy D's, una camarera le proporcionó un uniforme rosa con puños blancos y un delantal blanco. Por la tarde empezó a servir mesas. Muchos chicos la miraban, y también el cocinero, pero nadie hizo comentarios inoportunos. Todo el mundo era amable y cortés. Ella sabía que entre las camareras había corrido la noticia de que era viuda, y la creían; a ninguna se le ocurrió que no fuera verdad.

—¿Cómo te va, chica? —preguntó Julie a última hora de la tarde, admirada de lo bien que se desempeñaba.

Maribeth había trabajado mucho, se había mostrado agradable con todos y se notaba fácilmente que a los clientes les gustaba. Unos cuantos preguntaron cómo se llamaba, algunos de los más jóvenes parecían encantados y a Jimmy también le cayó bien. Era lista, pulcra y viéndola se notaba que era honrada, dijo. Además era guapa, y a Jimmy le gustaba tener chicas guapas en el restaurante. A nadie le hacía gracia mirar a una vieja amargada que dejaba caer los cafés delante de los clientes y que no pensaba más que en largarse. Jimmy quería que todas sus camareras, jóvenes o mayores, estuvieran contentas y sonrientes, quería que le levantaran el ánimo a la gente, como Julie y las otras. Maribeth se esforzaba en ello y le gustaba el trabajo.

Cuando esa noche emprendió el camino de casa estaba agotada pero se recordó a sí misma la suerte que había tenido de encontrar trabajo y alojamiento. Ahora podía vivir su vida. Incluso podía sacar libros de la biblioteca y continuar estudiando. No iba a permitir que aquello estropeará todo su futuro. Aquellos meses no eran más que un rodeo, y estaba decidida a no desorientarse ni abandonar el camino.

La noche siguiente, se hallaba sirviendo mesas cuando entró un joven muy serio y se sentó a un extremo de la barra. Julie dijo que el joven iba a cenar con frecuencia.

—Me da la impresión de que no le apetece regresar a su casa. No habla mucho ni sonríe, pero es siempre cortés. Parece buen chico. A veces siento ganas de preguntarle qué hace aquí en lugar de irse a cenar a casa. Quizá no tiene madre. Algo le ha pasado. Tiene los ojos más tristes que he visto en mi vida. ¿Por qué no le sirves tú a ver si lo animas? —Empujó suavemente a Maribeth hacia el extremo de la barra donde se había sentado el muchacho. Sólo había mirado la carta un par de minutos antes de decidir. Había probado casi todo lo que servían y solía pedir unas cuantas

cosas que eran sus preferidas.

—Hola. ¿Qué quieres tomar? —preguntó Maribeth con cierta timidez ante la disimulada mirada de admiración del chico.

—El número dos, gracias. Pastel de carne con puré de patata —respondió sonrojándose. Le gustaba el cabello pelirrojo de Maribeth y trató de no mirarle el cuerpo con insistencia.

—¿Con ensalada, maíz o espinacas?

—Maíz, gracias —dijo, y la miró a la cara. Sin duda se trataba de una chica nueva. Él cenaba allí tres o cuatro veces por semana, y a veces también los fines de semana. La comida era abundante, sabrosa y barata, y desde que su madre dejó de cocinar era el único lugar donde podía cenar decentemente.

—¿Café?

—No, leche. Y de postre tarta de manzana con helado —añadió, como si temiese que se acabara.

Maribeth sonrió. —¿Te quedará sitio? Servimos unas raciones bastante abundantes.

—Ya lo sé —respondió también sonriente—. Vengo a menudo. Eres nueva, ¿no?

Ella asintió con un gesto. Era un chico simpático, y parecía de la misma edad de Maribeth.

—Sí, soy nueva. Acabo de llegar al pueblo.

—¿Cómo te llamas? —Aparentaba ser un muchacho franco y sincero. Sin embargo, Julie tenía razón: había algo sombrío en sus ojos, casi daba miedo mirarlos. No obstante, tenía algo que atraía a Maribeth, y le llevaba a querer saber más de él.

—Maribeth.

—Yo me llamo Tom. Me alegro de conocerte.

—Gracias.

Maribeth fue a encargarse el pedido de Tom y al cabo de unos momentos regresó con un vaso de leche. Julie había tenido tiempo de gastar bromas diciéndole que el chico nunca había hablado tanto con nadie.

—¿De dónde eres? —preguntó Tom. Ella se lo dijo y él repuso—: ¿Y por qué has venido a vivir aquí, si no te importa que lo pregunte?

—Por muchos motivos. Este lugar me gusta. La gente es muy amable. El restaurante es estupendo y he alquilado una habitación que está muy bien. Todo me ha salido a la perfección. —Sonrió, sorprendida de lo sencillo que resultaba hablar con él.

Cuando al cabo de un rato volvió con la comida, Tom parecía más interesado en hablar con ella que en comer.

Pasó largo rato para acabarse la tarta a bocaditos pequeños y luego pidió otra ración y otro vaso de leche, algo que no había hecho nunca. Hablaron de la pesca con mosca que se practicaba en aquella región y el muchacho le preguntó si había ido a pescar alguna vez. Sí, había ido hacía unos años con su hermano y su padre, pero no era muy entendida en la materia. Le gustaba acompañarlos y dedicarse a leer o a pensar mientras ellos pescaban.

—Podrías acompañarme alguna vez —propuso él, y se sonrojó al preguntarse por qué hablaba tanto con aquella chica. No había podido quitarle los ojos de encima en toda la noche. Le dejó una generosa propina y vaciló un momento sin saber qué hacer—. Bueno, gracias por todo. Ya nos veremos —dijo por fin, y se marchó.

Maribeth reparó en lo alto y delgado que era. También era atractivo, pero no parecía consciente de ello. Tenía más la impresión de haber estado con un hermano suyo que con un chico en el que estuviera interesada, pero en todo caso, incluso si no volvía a verlo, había sido agradable hablar con él.

Tom regresó al día siguiente, y al siguiente, pero se sintió decepcionado al comprobar que aquel día Maribeth tenía libre. Cuando regresó después del fin de semana, se alegró de verla.

—La última vez que vine no estabas —dijo tras pedir pollo frito. Tenía buen apetito y siempre pedía una cena completa. Daba la impresión de que gastaba en el restaurante la mayor parte del dinero que ganaba repartiendo periódicos.

Maribeth sentía curiosidad por saber si vivía con sus padres, de modo que al final se lo preguntó.

—¿Vives solo? —inquirió en tanto le servía la comida y le ponía otro vaso de leche sin anotarlo en la cuenta. Al fin y al cabo, servían a los clientes todo el café que les apeteciera por el mismo precio. Jimmy no se arruinaría por invitar a un cliente habitual como Tommy a un vaso de leche.

—No. Vivo con mis padres. Pero... bueno, cada uno vive un poco su vida. Y a mi madre ya no le gusta cocinar. Este otoño volverá a trabajar. Es profesora. Hace mucho que se dedica a hacer sustituciones pero volverá a trabajar a jornada completa en el instituto.

—¿Qué asignatura imparte?

—Lengua, sociales, literatura. Es bastante exigente. Siempre me hace hacer trabajos especiales —dijo poniendo los ojos en blanco.

—Tienes suerte. Yo he tenido que dejar el colegio por una temporada y sé que lo voy a echar de menos.

—¿Universidad o bachillerato? —preguntó. Todavía no tenía claro qué edad tenía Maribeth. Parecía mayor, pero en algunas cosas le daba la sensación de que no se llevaban mucho tiempo.

Ella vaciló antes de contestar.

—Bachillerato. —Tommy supuso que probablemente estaría en último curso—. Voy a estudiar por mi cuenta hasta que regrese después de Navidades —agregó.

Tommy pensó por qué habría dejado los estudios, pero se abstuvo de preguntarlo.

—Puedo prestarte libros, si quieres. Incluso puedo pedirle material a mi madre, le encantaría. Piensa que todo el mundo debería estudiar por su cuenta. ¿Te gusta estudiar?

Maribeth asintió con la cabeza y él advirtió que era una respuesta sincera. Le notaba ciertas ansias aún no saciadas. En su día libre, Maribeth había ido a la biblioteca a sacar libros que la ayudaran a seguir el programa.

—¿Qué asignaturas prefieres? —preguntó Maribeth mientras recogía los platos. Tom había pedido tarta de arándanos con helado; era la especialidad de la casa y le encantaba.

—Lengua —respondió—. Al servirle la tarta, Maribeth sintió dolor de espalda, pero le gustaba quedarse allí de pie para hablar con él. Parecía que siempre tenían mucho que contarse—. Y literatura. A veces pienso que me gustaría escribir. Seguramente a mi madre le encantaría que lo hiciera. Mi padre, en cambio, quiere que siga con el negocio de la familia.

—¿Qué clase de negocio es? —preguntó ella. Tom le intrigaba. Era un chico inteligente y guapo, y sin embargo parecía encontrarse muy solo. Nunca iba acompañado y daba la impresión de que no le gustaba regresar a casa.

—De frutas y verduras —explicó—. Lo fundó mi abuelo. Antes eran agricultores, pero luego se dedicaron a vender frutas y verduras de todas partes. Es bastante interesante, pero yo prefiero escribir. A lo mejor también me gusta dar clases, como mi madre. —Se encogió de hombros con aspecto casi infantil. Disfrutaba hablando con ella y no le importaba que le hiciera preguntas. Él también tenía algunas preguntas que hacer, pero decidió guardárselas de momento.

Aquella noche, antes de marcharse, Tom le preguntó qué día volvía a tener libre.

—El viernes.

—Bien. ¿Quieres que hagamos algo juntos ese día por la tarde? Por la mañana tengo que ayudar a mi padre, pero podría recogerte a eso de las dos. Me dejaré la camioneta y podríamos ir al río, o acercarnos al lago. Incluso podríamos ir a pescar, si quieres. —Esperó la respuesta de Maribeth con ansiedad.

—Muy bien. Iremos a donde tú quieras.

Bajó la voz para que los demás no la oyeran y le dio su dirección sin vacilar. Tom parecía una persona de fiar y ella se encontraba muy a gusto en su compañía. Tenía la certeza de que Tommy Whittaker era un amigo y no haría nada que la perjudicara.

—¿Acabas de quedar con él? —le preguntó Julie con una sonrisa cuando Tommy se hubo marchado. A una de las chicas le había parecido oír que Tom la invitaba a ir a pescar y enseguida habían empezado las risitas y las especulaciones. Maribeth era muy joven, pero a todas les resultaba simpática. Y el chico también; era un misterio para ellas desde que empezara a ir al restaurante el invierno anterior. Nunca contaba nada, simplemente llegaba y pedía la cena. Pero con Maribeth había despertado y no paraba de hablar.

—Claro que no —contestó Maribeth—. Nunca salgo con los clientes —añadió sarcásticamente. Julie no la creyó.

—Mira, puedes hacer lo que quieras. A Jimmy no le importa. El chico está bien, y le gustas.

—No es más que un amigo. A su madre no le gusta guisar, por eso viene a cenar aquí.

—Vaya, conqué te ha contado su vida, ¿eh?

—Qué cosas te imaginas —repuso Maribeth riendo, y se encaminó a la cocina para recoger una bandeja de hamburguesas que había pedido un grupo de estudiantes. Pero cuando regresaba cargada con la pesada bandeja sonreía para sus adentros pensando en el viernes.



Capítulo IV

El viernes, su padre le permitió marcharse a las once y Tommy recogió a su amiga a las once y media. Maribeth se había puesto un viejo pantalón vaquero, zapatos de dos colores con cordones y una camisa que había pertenecido a su padre. Llevaba las perneras del pantalón recogidas casi hasta las rodillas y se había hecho coletas en la cabellera pelirroja. Aparentaba unos catorce años y la holgada camisa le disimulaba la barriga. Hacía semanas que no podía subirse la cremallera de los pantalones vaqueros.

—Hola. He terminado antes de lo que pensaba. Le dije a mi padre que iba a pescar y le pareció una idea estupenda. Así que me dejó salir antes.

La ayudó a subir a la camioneta y más tarde se detuvieron en una tienda a comprar bocadillos. Tommy lo pidió de rosbif y ella de atún. Eran unos enormes bocadillos caseros. También compraron *unpack* de seis unidades de Coca-Cola y una caja de galletas.

—¿Algo más? —preguntó Tommy, entusiasmado de estar con ella. Era muy guapa y muy simpática, y tenía algo de persona adulta. No vivir en casa de sus padres y tener que trabajar la hacía parecer muy madura.

Maribeth cogió un par de manzanas y una chocolatina y Tommy se dirigió a la caja. Ella intentó pagar la mitad del importe, pero él no se lo permitió.

De regreso a la camioneta, la estatura y la delgadez del muchacho llamaban la atención mientras seguía a Maribeth cargado con la bolsa de la tienda y admiraba su figura.

—¿Por qué te fuiste de casa tan joven? —preguntó mientras se dirigían al lago. Todavía no había oído la historia de que era viuda. Imaginaba que tal vez sus padres habían muerto o había ocurrido una desgracia en la familia. A su edad no era normal que una chica dejara el colegio y se fuera de casa.

—Bueno... No lo sé... —Maribeth miró por la ventanilla durante un rato y luego se volvió hacia él—. Es muy largo de contar.

Se encogió de hombros al pensar en el traslado de su casa al convento, que era el lugar más deprimente que había visto en su vida. Cada día se alegraba de no haberse quedado allí. Ahora se sentía viva, tenía trabajo, se valía por sí misma y había conocido a Tommy. A lo mejor podían llegar a ser amigos. Empezaba a sentir que su vida cobraba forma. Había llamado a su casa un par de veces, pero su madre no hacía más que llorar y no le habían permitido hablar con Noëlle. La última vez que llamó, su madre dijo que sería mejor que en lugar de llamar escribiera. Les alegraba saber que se encontraba bien y que las cosas le iban como quería, pero su padre todavía estaba muy enfadado y había dicho que no le hablaría hasta que el problema se hubiera solucionado. Su madre se refería siempre al bebé como el

«problema» de Maribeth.

La muchacha suspiró pensando en todo aquello y luego miró a Tommy. Tenía un aspecto pulcro e inspiraba confianza. Maribeth decidió sincerarse con él.

—Me peleé con mi padre y me echó de casa. Quería que me quedara en el mismo pueblo, pero al cabo de dos semanas no pude soportarlo más. Así que vine aquí y encontré este trabajo. —Lo explicó como si todo hubiera sido muy sencillo, desprovisto de sufrimiento, terror y angustia.

—Pero ¿piensas volver? —Tommy no acababa de entenderlo; ella le había dicho que iba a volver al colegio después de Navidades.

—Sí. He de volver al colegio —contestó ella con convicción mientras la carretera serpenteaba plácidamente hacia el lago. Llevaban la caña en la trasera de la camioneta.

—¿Por qué no te inscribes en el colegio de aquí?

—No puedo —se limitó a decir ella; no quería revelar más del asunto. Para cambiar de tema, lo miró y preguntó—: ¿Tienes hermanos? —En ese momento fue consciente de lo poco que sabía de él.

Habían llegado. Tommy apagó el motor y por un largo momento se miraron en silencio.

—Tenía —dijo en voz baja—. Annie, una niña de cinco años. Murió justo antes de Navidad.

Bajó de la camioneta sin decir más y fue a la parte de atrás para sacar la caña de pescar. Maribeth lo observaba pensando si aquella era la fuente del dolor que traslucían sus ojos, si aquél era el motivo por el que nunca quería estar en casa con sus padres.

Maribeth bajó del vehículo y lo siguió hasta el lago. Encontraron un sitio tranquilo al final de una playa y Tommy se quitó los pantalones. Llevaba puesto el traje de baño y se desabrochó la camisa. Al verlo, Maribeth, recordó fugazmente a Paul, pero no había ninguna similitud entre ellos. Ninguna. Paul era hábil y sofisticado y se comportaba como el rey del colegio. A estas alturas ya estaría casado y formaba parte de otra vida. En Tommy todo era auténtico y puro. Parecía conservar la inocencia y ser una buena persona. Maribeth no tenía dudas sobre lo mucho que le gustaba.

Se sentó en la arena a su lado mientras el muchacho ponía cebo en el anzuelo.

—¿Cómo era? —preguntó Maribeth dulcemente.

Sin interrumpir lo que estaba haciendo, Tommy respondió:

—¿Annie? —Entonces alzó los ojos hacia el sol y los cerró un instante antes de mirar a Maribeth. No le agradaba hablar del tema; sin embargo, con ella intuía que podía hacerlo. Sabía que iban a ser amigos, pero quería algo más de ella. Tenía unas piernas fantásticas, unos ojos maravillosos, una sonrisa enternecedora y una figura muy atractiva. Pero también quería ser amigo suyo, ayudarla, estar a su disposición cuando necesitara un amigo. Tommy notaba que ella también sentía lo mismo, aunque no estaba seguro del motivo. Sin embargo, había algo vulnerable en ella—. Era la niña más fantástica que ha existido. Tenía unos grandes ojos azules y el pelo

muy rubio. Parecía un angelito y a veces era un diablillo. Siempre me hacía bromas y me seguía a todas partes. Justo antes de que muriera hicimos un gran muñeco de nieve... —Se le anegaron los ojos de lágrimas y sacudió la cabeza. Era la primera vez que hablaba de Annie con alguien y no resultaba nada fácil—. La echo mucho de menos —musitó con voz ahogada mientras Maribeth le acariciaba el brazo.

—Llorar es bueno... Seguro que la echas mucho de menos. ¿Estuvo enferma mucho tiempo?

—Dos días. Pensábamos que tenía la gripe o un resfriado, pero era meningitis. No pudieron hacer nada. Se fue así, sin más. Y yo pensé obsesivamente que tenía que haber sido yo, no ella. ¿Por qué ella? ¿Por qué una niña tan pequeña? Sólo tenía cinco años, no había hecho ningún daño a nadie, sólo nos había traído felicidad. Yo tenía diez años cuando Annie nació. Era una niña muy graciosa, suave y cariñosa como un perrito.

Sonrió al recordarla y luego se acercó a Maribeth y depositó sobre la arena la larga caña de pescar. En ese momento le hacía bien hablar de su hermana, como si de ese modo la recuperase durante un breve lapso de tiempo. Ya nunca hablaba de ella. Nadie sacaba el tema y él sabía que no podía mencionarlo delante de sus padres.

—Ha debido de ser muy difícil para tus padres —dijo Maribeth con sentido común y casi como si los conociera.

—Sí. Es como si todo hubiera dejado de funcionar cuando murió. Mis padres dejaron de hablarse entre ellos, y tampoco me hablan a mí. Nadie dice nada ni va a ningún sitio. Nadie sonríe. Nunca hablan de ella. Nunca hablan de nada. Mi madre casi no cocina nunca y mi padre no vuelve del trabajo hasta las diez de la noche. Parece que ninguno de nosotros soportara estar en casa sin Annie. Mi madre volverá a trabajar a jornada completa en otoño. Tengo la sensación de que todo el mundo ha dejado de vivir desde que ella no está. No murió sólo ella, morimos todos. Ya no me gusta estar en casa, todo es sombrío y deprimente. No soporto pasar por delante de su habitación, todo parece vacío.

Maribeth le había cogido la mano y se limitaba a escucharlo mientras contemplaban el lago.

—¿No notas a veces que está contigo? Por ejemplo, cuando piensas en ella —preguntó compartiendo su dolor, casi con la sensación de haber conocido a la pequeña Annie. Se imaginaba a la niñita que tanto había querido Tommy y adivinaba lo destrozado que se había sentido al perderla.

—A veces hablo con ella por la noche. Seguramente es una estupidez, pero en ocasiones tengo la sensación de que me oye. Maribeth asintió con la cabeza; ella solía hablar con su abuela ya fallecido, y eso la ayudaba.

—Seguro que te oye, Tommy. Seguro que te está mirando siempre. A lo mejor ahora es feliz. Algunas personas no están destinadas a permanecer siempre en nuestra vida. A lo mejor algunas sólo están de paso y lo hacen todo antes que los demás. No necesitan cien años para terminar lo que tienen que hacer... Es como... —Se esforzaba por encontrar las palabras apropiadas; aquél era un tema en el que había pensado mucho, sobre todo últimamente—. Es como si algunas personas sólo

pasaran por nuestra vida para traernos un regalo, una bendición, una lección que debemos aprender; por eso están aquí. Ella seguramente te enseñó algo sobre el amor y la generosidad... Ése es el regalo que te hizo. Te enseñó todo eso y luego se marchó. A lo mejor no hacía falta que se quedara más tiempo. Te entregó su regalo y luego fue libre de seguir su camino... Era un ser especial y su regalo lo tendrás para siempre.

El chico asintió con la cabeza, tratando de asimilar aquellas palabras. Tenían cierto sentido, pero el dolor continuaba. Sin embargo, hablar con Maribeth le hacía sentirse mejor. Era como si ella entendiera de verdad lo que había ocurrido.

—Ojalá hubiera podido quedarse más tiempo —dijo Tommy con un suspiro—. Me hubiera gustado que la conocieras —sonrió—. Hubiera tenido mucho que decir sobre ti, sobre lo guapa que eres y sobre si yo te gusto. Siempre daba su opinión. La mayor parte del tiempo me volvía loco.

Maribeth rió y se lamentó de no haber conocido a Annie. Pero en ese caso quizá no habría conocido a Tommy, pues él hubiera estado en casa con su familia y no hubiese ido tan asiduamente al restaurante.

—¿Qué diría de nosotros? —bromeó Maribeth. Tommy le gustaba y se encontraba cómoda sentada en la arena a su lado. En los últimos meses había aprendido la lección y se había jurado no volver a fiarse jamás de nadie, pero en el fondo de su corazón sabía que Tommy Whittaker era distinto.

—Diría que me gustas —dijo Tommy tímidamente. Por primera vez, Maribeth observó que tenía pecas en la nariz. Eran unas pequitas diminutas y casi doradas bajo la luz del sol—. Y hubiera acertado, aunque habitualmente no tenía razón. —Annie habría advertido inmediatamente cuánto le gustaba Maribeth. Era más madura que las chicas que conocía del colegio, y la más guapa que había visto en su vida—. Creo que le hubieras caído muy bien. —Sonrió complacido y se tendió de espaldas en la arena, contemplando a Maribeth con admiración—. ¿Y tú? ¿Tienes novio? —Quería saber cuál era la situación.

Maribeth vaciló un instante. Pensó contarle la historia del marido muerto en Corea, pero no podía. Ya se lo explicaría más adelante, si era necesario.

—No.

—¿Sales con alguien?

Negó con la cabeza.

—Salí con un chico que creía que me gustaba, pero me equivoqué. Además, acaba de casarse.

Tommy sintió curiosidad. ¿Un hombre mayor?

—¿Te importa que se haya casado?

—No, no. —Lo único que le importaba era que le había dejado un niño no deseado, un niño al que no podría conservar. Eso le importaba mucho, pero no le dijo nada a Tommy.

—Pero... ¿cuántos años tienes?

—Dieciséis.

Comprobaron que tan sólo se llevaban unas semanas. Tenían la misma edad,

pero su situación era muy distinta. Aunque en ese momento le sirviera de poco, Tommy seguía formando parte de una familia, tenía un hogar e iba a volver al colegio en otoño. Ella ya no tenía nada de todo eso y en menos de cinco meses iba a dar a luz un bebé, hijo de un hombre que no la amaba. Sintió un miedo atroz.

Al cabo de un rato, el muchacho se acercó a la orilla del lago y ella lo siguió. Permanecieron de pie juntos, mientras él pescaba. Luego, cuando finalmente se aburrió de esperar que picase algún pez, dejó la caña en la arena y se zambulló en el agua. Maribeth lo esperó en la orilla. Cuando salió, Tommy le preguntó por qué no se bañaba. Hacía sol y calor y el agua fresca resultaba muy agradable. A Maribeth le hubiera encantado bañarse con él, pero no quería que advirtiera su vientre hinchado. No se quitó la camisa de su padre en todo el rato y sólo se despojó de los pantalones para meter los pies en el agua.

—¿Sabes nadar? —preguntó él. Maribeth se echó a reír sintiéndose un poco ridícula.

—Claro, pero hoy no me apetece. Además, no me agrada bañarme en un lago. No se sabe qué hay bajo el agua.

—Tonterías. Vamos, métete. Ni siquiera hay peces, ya has visto que no he pescado ni uno.

—Dejémoslo para la próxima vez —dijo en tanto dibujaba en la arena con los dedos.

Almorzaron sentados a la sombra de un árbol frondoso y hablaron de sus respectivas familias y de su infancia. Ella le habló de Ryan y Noëlle, y le contó que su padre creía que los varones se lo merecían todo y que las hijas debían limitarse a casarse y tener hijos. Le dijo que ella quería tener una profesión algún día — profesora, abogada o escritora—, y que no quería casarse y tener hijos nada más terminar el bachillerato.

—Hablas como mi madre. Hizo esperar seis años a mi padre después del bachillerato. Fue a la universidad y se licenció, y luego dio clases durante dos años. Después de eso por fin se casaron. Transcurrieron siete años hasta mi nacimiento, y otros diez hasta el de Annie. Me parece que tenía problemas para procrear. La educación es muy importante para mi madre. Dice que lo único de valor que tienen las personas es la mente y la educación.

—Ojalá mi madre pensara así, pero se limita a someterse a los dictados de mi padre. Cree que a las chicas no les hace falta ir a la universidad. Seguramente a Ryan le hubieran dejado ir, de haberlo querido, pero él sólo quería trabajar en el taller con mi padre. Hubiera ido a Corea, pero se libró. Mi padre dice que es muy buen mecánico. —Nunca había contado a nadie esas cosas—. ¿Sabes?, yo siempre me he sentido distinta. Siempre he querido cosas que a nadie de mi familia le importan. Quiero estudiar, quiero aprender muchas cosas, quiero estar preparada. No me atrae casarme y tener muchos hijos sin antes llegar a ser alguien. Todo el mundo cree que estoy loca. —Pero Tommy no lo creía y Maribeth lo notaba. Pertenecía a una familia que pensaba exactamente como ella. Era como si, al nacer, la hubieran dejado en una casa equivocada, condenándola a una vida de malentendidos—. Creo que mi

hermana terminará haciendo lo que ellos quieren. Se queja pero en el fondo es una chica sumisa. Aunque sólo tiene trece años, los chicos ya la llevan de cabeza. —Sin embargo, Noëlle no se había quedado embarazada de Paul Browne en el asiento de su coche, de manera que Maribeth no se sentía con autoridad moral para juzgar a nadie.

—Deberías hablar con mi madre, Maribeth. Me parece que te caerá bien.

—Por supuesto. —Y mirándolo con curiosidad, agregó—: ¿Y yo le caeré bien a ella? Las madres suelen ser bastante desconfiadas con las chicas que gustan a sus hijos. Además, teniendo en cuenta cómo estaría ella al cabo de unos meses, no podía conocer a la señora Whittaker bajo ninguna circunstancia. Al cabo de un mes ya no podría seguir ocultándolo, y ni siquiera querría ver a Tommy. Todavía no sabía qué iba a decirle, pero con el tiempo tendría que hacerlo, aunque él sólo la viese en el restaurante. Tendría que contarle lo del marido muerto en Corea, que ahora le parecía una estupidez. Le habría gustado contarle la verdad, pero sabía que no podía. Aquello era demasiado terrible, una muestra de irresponsabilidad que causaría una nefasta impresión. Estaba segura de que Tommy no querría volver a saber nada de ella. Así pues, al cabo de unas semanas tendría que dejar de verlo y decirle que estaba saliendo con otro. Para entonces ya habrían empezado las clases y él estaría ocupado; seguramente se enamoraría de alguna chica de último curso, una animadora o alguna chica perfecta que conocieran sus padres.

—¡Oye! ¿En qué piensas? —la interrumpió Tommy. Maribeth estaba a miles de kilómetros de distancia, pensando en todas las animadoras de que él se iba a enamorar—. Pareces muy triste. ¿Ocurre algo? —Sabía que estaba pensando en algo serio, y le habría gustado ayudarla. Maribeth le había hecho sentirse mucho mejor con respecto a Annie, y a él le habría gustado devolverle el favor.

—Nada... Soñaba despierta. Nada en particular... —Y pensó con amarga ironía: «Sólo pensaba en que llevo un niño en mi vientre, sólo en eso.»

—¿Quieres dar un paseo?

Recorrieron la mitad del perímetro del lago, a ratos haciendo equilibrios sobre las rocas, a ratos metiendo los pies en el agua y a ratos a lo largo de la orilla. Era un lago pequeño y bonito. A la vuelta, al llegar a una playa bastante larga, Tommy la desafió a una carrera, y ni siquiera sus largas y hermosas piernas le permitieron seguir el paso del muchacho. Al final se derrumbaron en la arena uno junto al otro y se quedaron allí tendidos, mirando el cielo, tratando de recobrar el aliento, sonrientes.

—Eres bastante rápida —reconoció él. Maribeth se echó a reír; en algunos aspectos Tommy era como un hermano.

—Casi te doy alcance. Si no hubiera tropezado con esa roca...

—¿Qué dices? Si te llevaba varios metros de ventaja...

—Porque empezaste a correr un buen trecho por delante de mí, por lo menos dos metros y medio. ¡Has hecho trampa! —dijo ella riendo.

Sólo unos centímetros separaban sus rostros y Tommy la observó con embeleso.

—¡No hice trampa! —se defendió, y sintió un ardiente deseo de besarla.

—¡Ya lo creo! La próxima vez te ganaré.

—¿De veras lo crees? Apuesto a que ni siquiera sabes nadar...

Le encantaba gastarle bromas y estar a su lado. Con frecuencia Tommy se preguntaba cómo sería hacer el amor con una mujer. Le gustaría averiguarlo con ella... pero Maribeth parecía tan madura y tan inocente al mismo tiempo que le daba miedo tocarla. Tommy se dio la vuelta y se colocó boca abajo en la arena para que ella no viera lo mucho que le gustaba. Maribeth permaneció tendida a su lado, boca arriba, de repente con una extraña expresión en el rostro. Había sentido una punzada, una sensación muy rara, como una mariposa aleteando dentro de su cuerpo. Era una sensación nueva, pero al instante supo lo que era: las primeras señales de vida. Era su hijo.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó Tommy, que había advertido su expresión de extrañeza y desconcierto.

—No, no te preocupes —respondió ella en voz baja, asombrada de lo que acababa de ocurrirle. Lo veía todo desde una nueva perspectiva, ahora era consciente de lo real que era el niño, de lo vivo que estaba en su vientre, de cómo el tiempo avanzaba inexorablemente. Había pensado ir a un médico para cerciorarse de que todo iba bien, pero no conocía a ninguno y no le sobraba el dinero.

—A veces aparentas estar en otro lugar —dijo Tommy, preguntándose qué pensaba cuando se ponía así. Le habría gustado saberlo todo de ella.

—A veces pienso en mis padres o en mi hermana.

—¿No hablas con ellos por teléfono? —Maribeth seguía encerrando muchos misterios. Todo era nuevo y emocionante para Tommy.

—Les escribo. Mi padre todavía se enfada cuando llamo por teléfono.

—Debió de enfadarse muchísimo.

—Es una larga historia. Ya te la contaré algún día. Quizá la próxima vez que nos veamos. —Suponiendo que volvieran a verse.

—¿Cuándo vuelves a tener libre? —Tommy quería salir de nuevo con ella. Le encantaba su compañía, el aroma de su cabello, su mirada, la sensación que experimentaba al cogerle la mano o rozar su piel accidentalmente, las cosas que le decía y le contaba. Le gustaba todo de ella.

—Tengo un par de horas libres el domingo por la tarde, pero luego no tengo un día completo hasta el miércoles.

—¿Quieres ir al cine el domingo? —preguntó esperanzado.

Ella sonrió. Hasta entonces nadie la había invitado a salir. En el colegio no les interesaba a los chicos normales, sólo a los raros como David O'Connor. En realidad nunca había salido con nadie, ni siquiera con Paul; todo aquello era nuevo para Maribeth, y le encantaba.

—De acuerdo.

—Pasaré por el restaurante a recogerte. Y el miércoles podríamos volver aquí, o hacer otra cosa, como prefieras.

—Este lugar me encanta —dijo ella mirando en derredor y luego a él.

No emprendieron el regreso hasta las seis, cuando el sol empezaba a declinar en

el horizonte. A Tommy le hubiera gustado llevarla a cenar, pero había prometido a su madre que la ayudaría a poner unas estanterías, y ella había dicho que prepararía la cena, cosa poco usual en aquella época. Tommy tenía que estar en casa a las siete.

A las siete menos veinte llegaron al domicilio de Maribeth, que bajó de la camioneta con desgana, pues no quería separarse de él.

—Gracias. Lo he pasado muy bien. —Había pasado la tarde más feliz en muchos años y Tommy era el mejor amigo que había tenido nunca. Parecía providencial que hubiera entrado en su vida en aquel momento—. Me ha encantado, de verdad.

—Yo también lo he pasado estupendo —dijo Tommy sonriente, de pie a su lado, mirando sus resplandecientes ojos verdes. Había en ella una luminosidad que lo cautivaba. Sentía un intenso deseo de besarla—. Mañana iré a cenar al restaurante. ¿A qué hora sales?

—A las doce —dijo con tristeza. Le hubiera gustado ser libre de ir a todas partes con él, al menos hasta el final del verano. Después todo cambiaría. Pero de momento podía fingir que las cosas seguirían su curso normal. No obstante, después de haber sentido que el niño se movía, sabía que los días de felicidad estaban contados.

—Te acompañaré a casa cuando salgas del trabajo. —A sus padres no les importaba que saliera y en último caso podía decirles que iba al cine.

—¡Magnífico! —repuso ella sonriendo.

Lo despidió agitando la mano desde los escalones de la entrada mientras Tommy se alejaba con una amplia sonrisa en el rostro. Cuando llegó a casa, se sentía el chico más feliz de mundo; y todavía sonreía al entrar por la puerta principal a las siete menos cinco.

—¿Qué te ha pasado? ¿Has pescado una ballena o qué? —le preguntó su madre sonriendo mientras terminaba de poner la mesa. Había preparado rosbif, el plato favorito de su padre, y a Tommy le dio la sensación de que estaba haciendo un esfuerzo especial para complacerlo.

—No, nada de peces. Sólo he cogido un poco de sol y de arena, y me he dado un chapuzón.

Toda la casa olía muy bien. Su madre también había preparado panecillos, puré de patata y maíz dulce, cosas que les gustaban a todos, incluso a Annie; el dolor que le producía pensar en ella parecía ya menos lacerante. Hablar con Maribeth le había ayudado y deseó poder contárselo a su madre, pero sabía que no era posible.

—¿Dónde está papá?

—Dijo que llegaría a las seis. Supongo que se ha retrasado por algo. Estará aquí enseguida. Le dije que cenaríamos a las siete.

Pero una hora más tarde John todavía no había aparecido, y nadie contestó cuando Liz llamó al despacho. El rosbif estaba ya más que hecho y la boca de la señora Whittaker dibujaba una fina línea de ira.

A las ocho y cuarto Tommy y ella empezaron a cenar, y a las nueve llegó John, con unas cuantas copas de más pero muy animado.

—¡Vaya, vaya, mi mujercita ha preparado la cena! —dijo alegremente tratando

de besarla, pero errando el blanco por varios centímetros—. ¿Qué se celebra?

—Has dicho que llegarías a las seis —repuso ella con severidad—. Te avisé que tendría la cena en la mesa a las siete. Ya es hora de que esta familia empiece a cenar junta otra vez.

Tommy se asustó al oír aquello, aunque no parecía que fuera a ocurrir, al menos durante un tiempo, de modo que le restó importancia.

—Supongo que lo olvidé. Hacía tanto que no guisabas que me despisté. —Sus disculpas no eran muy convincentes y al sentarse a la mesa se esforzó por parecer más sobrio de lo que estaba. No solía llegar a casa borracho, pero su vida había sido muy triste los últimos siete meses, e ir a tomar un par de *whiskys* para olvidar no le pareció mala idea cuando unos compañeros de trabajo se lo sugirieron.

Liz le sirvió un plato sin pronunciar palabra y él lo miró sorprendido.

—Parece que la carne está un poco pasada, ¿verdad, cariño? Ya sabes que me gusta al punto.

Liz le quitó el plato de un tirón, echó la comida al cubo de la basura y arrojó el plato al fregadero con expresión de amargura.

—Si lo quieres al punto intenta llegar a casa antes de las nueve. Estaba al punto hace dos horas, John —masculló apretando los dientes.

John se reclinó en la silla con aspecto desdichado.

—Perdona, cariño.

Ella se volvió y lo miró, olvidando incluso que Tommy estaba presente. Últimamente parecía que siempre se olvidaban de él. Era como si, para ellos, Tommy se hubiera marchado con Annie. Sus necesidades ya no parecían importar a nadie. John y Liz estaban demasiado alterados para ayudar a su hijo. —Supongo que ya no importa, ¿no, John? Ya nada importa, ninguno de los detalles agradables que parecían tan importantes. Todos nos hemos rendido.

—No hay motivo para ello —se atrevió a decir Tommy en voz baja. Maribeth le había infundido esperanza aquella tarde y, por lo menos, quería compartirla—. Todavía estamos aquí y a Annie no le gustaría lo que nos está ocurriendo. ¿Por qué no intentamos pasar más tiempo juntos? No tiene que ser cada noche, sólo de vez en cuando.

—Eso díselo a tu padre —repuso Liz con frialdad, y se volvió para empezar a fregar los platos.

—Es demasiado tarde, hijo. —Su padre le dio un golpecito en el hombro y se dirigió al dormitorio.

Liz terminó de fregar los platos y luego, malhumorada, se ocupó de la estantería nueva con Tommy. La necesitaría en otoño para los libros del colegio. Pero apenas le dijo nada a su hijo que no estuviera relacionado con lo que estaban haciendo. Después le agradeció su ayuda y se fue al dormitorio. Era como si ella hubiera cambiado radicalmente durante los últimos siete meses; toda la suavidad, dulzura y cariño que Tommy conocía se habían endurecido y ahora sólo veía desesperación, dolor y pena en sus ojos. Era evidente que ninguno de ellos iba a asimilar la muerte de Annie.

John, aún vestido, dormía en la cama cuando entró Liz. Ella se detuvo y lo contempló por unos momentos. Luego dio media vuelta y cerró la puerta a sus espaldas. Tal vez ya no importaba lo que ocurriera entre ellos. Unos meses atrás, el médico le había dicho que no tendría más hijos. No servía de nada intentarlo. Al nacer Annie había quedado demasiado dañada. Ahora tenía cuarenta y siete años y siempre le había costado quedar embarazada, incluso de joven. Esta vez el médico había dicho que no había posibilidades. Ya no mantenía relaciones con su marido, que no la tocaba desde la noche anterior a la muerte de Annie, aquella noche en que se convencieron mutuamente de que la niña no tenía más que un resfriado. Todavía se culpaban el uno al otro, así como a sí mismos, y la idea de hacer el amor con él repugnaba a Liz. No quería hacer el amor con nadie, ni volver a tener aquella intimidad con nadie, ni volver a querer tanto a nadie, para evitar el insoportable dolor de la pérdida. Ni siquiera a John, ni tampoco a Tommy. Estaba distanciada de todos, se había quedado totalmente insensible, y esa insensibilidad servía para disfrazar su dolor. El sufrimiento de John era mucho más evidente. Estaba atravesando un calvario. Echaba desesperadamente de menos no sólo a su querida hijita, sino también a su esposa y a su hijo. Y no podía dirigirse a ninguna parte con aquella sensación, no podía contárselo a nadie, y nadie podía ofrecerle consuelo. Hubiera podido engañar a Liz, pero no quería acostarse con cualquiera, quería recuperar lo que tenían antes. Quería lo imposible, quería su vida de antes.

Mientras Liz andaba por la habitación, guardando sus cosas, él se removió en sueños. Ella entró en el cuarto de baño y se puso la bata. Luego, antes de apagar la luz, lo despertó.

—Ponte el pijama —le dijo como si le hablara a un niño, o quizá a un extraño. Parecía una enfermera, no la mujer que lo había amado.

John permaneció unos momentos sentado en el borde de la cama, centrándose, y luego la miró.

—Siento lo de esta noche, Liz. Supongo que ha sido por mi culpa. A lo mejor estaba nervioso por este intento de volver a empezar. No quería estropearlo.

Pero lo había hecho. La vida les había estropeado el futuro. Annie no estaba y no regresaría nunca junto a ellos. No volverían a ver a su pequeña Annie.

—Da igual —dijo ella sin convicción—. Ya lo haremos otro día.

—¿De verdad? Me gustaría mucho. Echo de menos tus cenas.

Todos habían adelgazado ese año. Habían sido siete meses difíciles para todos, y se notaba. John se había avejentado, y Liz tenía aspecto demacrado y desdichado, sobre todo desde que sabía que no podía tener más hijos.

John fue al cuarto de baño y se puso el pijama. Cuando salió y se acostó junto a ella, estaba pulcro y perfectamente arreglado, pero Liz estaba de espaldas a él, tensa y triste.

—¿Liz? —dijo en medio de la penumbra—. ¿Crees que me perdonarás alguna vez?

—No hay nada que perdonar. No hiciste nada. —Su voz sonó tan apagada como se sentía él.

—Quizá si le hubiéramos pedido al médico que acudiera aquella noche... Si yo no te hubiera dicho que sólo era un resfriado...

—El doctor Stone dijo que no hubiera servido de nada —repuso ella con tono que abrigaba dudas.

—Lo siento —dijo él con un nudo en la garganta y poniéndole una mano en el hombro. Liz no se movió, y pareció aún más fría y distante—. Lo siento, Liz.

—Yo también —musitó ella, pero no se volvió hacia él.

Liz no lo vio llorar en silencio a la luz de la luna, en tanto permanecían allí tendidos, y él no vio las lágrimas de ella caer sobre la almohada. Eran como dos personas que se ahogan por separado, en dos mares distintos.

Y esa noche en la cama, mientras pensaba en ellos, Tommy supuso que no había esperanza de que volvieran a estar unidos. Habían ocurrido demasiadas cosas, el sufrimiento era demasiado grande y la aflicción demasiado intensa como para recuperarse. No sólo había perdido a su hermana, sino también a sus padres y su hogar. Lo único que lo animaba, pensó mientras permanecía tendido en la cama, era la perspectiva de volver a ver a Maribeth, el recuerdo de sus largas piernas y su brillante cabello pelirrojo, la divertida camisa vieja que se había puesto y la carrera que habían hecho hasta la orilla del lago. Pensó en muchas cosas y luego se durmió, soñando que Maribeth y Annie iban andando lentamente por la orilla del lago, cogidas de la mano.



Capítulo V

El domingo, después del trabajo, fueron a ver *De aquí a la eternidad*, con Burt Lancaster y Deborah Kerr, y les encantó a ambos. Tommy se mantuvo muy cerca de ella, rodeándole los hombros con el brazo, mientras tomaban palomitas de maíz y chocolatinas. Ella sollozó en las escenas tristes y luego los dos coincidieron en que era una película estupenda.

Después del cine la acompañó a casa en coche y quedaron en verse el miércoles siguiente por la tarde. Maribeth le preguntó cómo había ido la cena con sus padres, pues se le había olvidado preguntárselo.

—La verdad es que no muy bien —repuso él con aire pensativo—. En realidad bastante mal. Mi padre se retrasó bastante. Supongo que se fue de copas con alguien del trabajo y lo olvidó. El rosbif se pasó demasiado, mi madre se enfadó y mi padre llegó con unas copas demás. No fue exactamente una noche perfecta. —Hizo una mueca. Había sido tan desagradable que era necesario tomárselo con filosofía—. Están casi siempre enfadados. Supongo que todo es a causa de cosas que no se pueden cambiar, pero parece que son incapaces de ayudarse mutuamente.

Maribeth asintió con la cabeza, comprensiva, y se quedaron un rato sentados en los escalones de la entrada de su casa. A la señora que le alquilaba la habitación le gustaba ver que Maribeth se divertía, ya que le había cogido cariño. Solía advertirle que estaba demasiado delgada, cosa que Maribeth sabía no duraría mucho y que tampoco era estrictamente cierta en aquel momento. Pese a que todavía conseguía ocultarlo bastante, ya había empezado a engordar y el delantal que llevaba en el restaurante le traicionaba cada vez más.

—¿Qué haremos el miércoles? ¿Volver al lago? —preguntó Tommy alegremente.

—Muy bien. ¿Esta vez me dejarás comprar la comida a mí? Incluso podría preparar algo aquí.

—De acuerdo.

—¿Qué te apetece?

—Elige tú. —Lo único que deseaba era estar con ella.

Mientras se encontraban sentados uno junto a otro en los escalones, Tommy percibía el cuerpo de ella tentadoramente próximo; sin embargo, no sabía por qué, aún no se decidía a besarla. Ella lo atraía intensamente y sólo estar cerca le provocaba ya un dolor físico, pero abrazarla y besarla era demasiado. Aunque Maribeth notaba la tensión de Tommy, la interpretaba como una consecuencia de la relación que mantenía con sus padres.

—A lo mejor no es más que cuestión de tiempo —lo tranquilizó—. Sólo han pasado siete meses. Dales tiempo. Quizá las cosas mejorarán cuando tu madre

vuelva a trabajar.

—O empeorarán —repuso él, preocupado—. Entonces no estará nunca en casa. Cuando vivía Annie sólo trabajaba a tiempo parcial, pero supongo que ya no considera necesario quedarse en casa, y tiene razón. En época de clases llego pasadas las seis.

—¿Crees que tendrán otro hijo? —le preguntó Maribeth; no estaba segura de la edad de sus padres.

Tommy negó con la cabeza. El se había hecho la misma pregunta pero no lo creía.

—Me parece que mi madre ya es mayor para eso. Tiene cuarenta y siete años y tuvo muchos problemas para alumbrar a Annie. No sé siquiera si querrían tener otro. Nunca han dicho nada.

—Los padres no hablan de esas cosas delante de los hijos —dijo ella sonriendo.

—Ya. Supongo que no —concedió Tommy, sintiéndose tonto.

Quedaron en verse el miércoles por la tarde y Tommy prometió ir a cenar al restaurante el lunes o el martes. Julie ya había deducido que Maribeth salía con él y le hacían bromas cada vez que el chico entraba, pero eran bromas sanas y en realidad estaban contentas de que Maribeth tuviese un amigo tan simpático como Tommy.

Le dio las buenas noches apoyándose primero sobre un pie y luego sobre el otro, sintiéndose incómodo, cosa poco habitual estando con ella: no quería ir ni demasiado deprisa ni demasiado despacio, ni parecerle demasiado atrevido, pero tampoco dar la impresión de que no le interesaba. Era un momento difícil. Después de cerrar suavemente la puerta, Maribeth subió con aire pensativo por las escaleras que conducían a su habitación, preguntándose como le iba a contar la verdad llegado el momento.

Tommy fue a verla al restaurante la tarde siguiente y luego regresó a la hora de cerrar para acompañarla a casa. El miércoles por la tarde, antes de ir a buscarla pasó por el cementerio.

Solía ir de vez en cuando a limpiar la tumba de Annie y a barrer las hojas secas. Había plantado unas florecillas y le gustaba dejarlo todo arreglado. Lo hacía por ella y por su madre, a quien le preocupaba pero no soportaba ir.

A veces, mientras trabajaba, le hablaba a Annie, y en esta ocasión le contó lo de Maribeth y cuánto le gustaba. Era como si Annie estuviera sentada en un árbol en algún sitio, mirándolo, mientras Tommy la ponía al corriente de las últimas novedades.

—Es fantástica. Nada de granos y tiene unas piernas muy largas. No sabe nadar, pero corre muy bien. Me parece que te gustaría.

Entonces sonrió pensando en Maribeth y en su hermana. En ciertos aspectos, Maribeth le recordaba el tipo de chica que habría sido Annie de haber llegado a cumplir dieciséis años. Compartían el mismo tipo de abierta franqueza, y el mismo tipo de espíritu travieso y de sentido del humor.

Terminó el trabajo en la tumba pensando en las palabras de Maribeth sobre que algunas personas sólo pasan por la vida de otras para ofrecerles un regalo o una

bendición especial. «No todo el mundo ha de quedarse para siempre», había dicho Maribeth, y era la primera vez que Tommy le veía algún sentido a lo ocurrido a Annie. Quizá sólo estaba de paso... pero podía haberse quedado un poco más.

El lugar que ocupaba la tumba, a la sombra, estaba limpio y arreglado cuando se marchó y, como siempre, sintió una opresión en el corazón al leer su nombre, «Anne Elizabeth Whittaker», en la lápida. Había un corderito grabado y siempre se le saltaban las lágrimas nada más verlo.

—Adiós, nena —susurró antes de irse—. Volveré pronto. Te quiero. —Seguía echándola terriblemente de menos, sobre todo cuando iba al cementerio.

Al recoger a Maribeth en su casa, se mostró reservado y poco hablador. Ella se dio cuenta enseguida.

—¿Pasa algo malo? —Se sentía preocupada—. ¿Qué ha pasado?

—No, nada. —Le emocionó que ella se hubiera dado cuenta y tardó un momento en contestar—. He ido a limpiar, ya sabes..., la tumba de Annie. Voy de vez en cuando. A mi madre le gusta que vaya, y a mí también. Además, sé que ella no lo soporta. —Sonrió y miró a su amiga. Volvía a llevar la camisa ancha, pero esta vez con pantalones cortos y sandalias—. Le he hablado de ti, aunque supongo que ya lo sabía —dijo, sintiéndose de nuevo a gusto con ella. Le gustaba compartir sus secretos con su amiga. Con ella no existían las vacilaciones ni la vergüenza. Sencillamente estaba allí, como una extensión de sí mismo, o como alguien que hubiera crecido con él.

—La otra noche soñé con ella —dijo Maribeth.

Tommy se sorprendió.

—Yo también. Soñé que las dos ibais andando por el lago. Era una escena muy apacible.

Maribeth asintió con la cabeza.

—En mi sueño, Annie me decía que te cuidara, y le prometí que lo haría. Ha sido una especie de cadena humana, ella se ha ido y he llegado yo, y me ha pedido que te vigile. Quizá después de mí venga otra persona, y luego otra; es como una sucesión infinita de personas que pasan por nuestra vida. Creo que eso es lo que intentaba decir el otro día. Nada es eterno, pero hay un flujo de gente que pasa por nuestra vida y continúa con nosotros después de haberse ido. Nada permanece siempre, todo sigue adelante, como un río. ¿Te suena a disparate? —Se volvió hacia él preguntándose si sus digresiones filosóficas le habían resultado absurdas, pero no era así. Eran sensatas y reflejaban madurez y sentido común.

—No, nada de eso. Lo que no me gusta es eso de la sucesión de gente que entra y sale de nuestra vida. Preferiría que la gente se quedara. Ojalá Annie aún estuviera aquí, y no quiero que después de ti venga nadie más. ¿Qué tiene de malo quedarse?

—No siempre es posible. A veces hay que seguir el camino. Como Annie. No siempre podemos elegir. —Pero ella sí podía elegir, su hijo y ella estaban unidos de momento, pero andado el tiempo Maribeth seguiría su camino y el niño tendría su propia vida, su propio mundo, con otros padres. Parecía que ahora, en sus vidas, nada era para siempre.

—No me gusta. Ha de llegar un momento en que la gente se quede.

—Algunos se quedan y otros no. Algunos no pueden quedarse. Pero tenemos que quererlos mientras podamos, y aprender lo que tengamos que aprender de ellos.

—¿Y nosotros? —preguntó Tommy, muy serio para ser un chico de dieciséis años. Pero ella también era una joven seria—. ¿Crees que tenemos que aprender algo el uno del otro?

—Quizá. Probablemente ahora nos necesitamos —dijo Maribeth con sensatez.

—Tú ya me has enseñado mucho sobre Annie, a asimilar la realidad, a quererla esté donde esté y a llevarla siempre en mi corazón.

—Tú también me has ayudado —dijo Maribeth con tono cariñoso pero sin especificar a qué se refería. Tommy sintió curiosidad.

Mientras iban camino del lago, Maribeth volvió a notar que el niño se movía. Ya había notado aquel aleteo varias veces y se estaba convirtiendo en una placentera sensación familiar. Era una sensación nueva, y le gustaba.

Cuando llegaron al lago, Tommy extendió la manta que había llevado y Maribeth puso la comida encima. Había preparado bocadillos de ensaladilla, que a él le encantaban, y tarta de chocolate. También había llevado una bolsa de fruta, una botella de leche, pues últimamente bebía mucha, y varios refrescos. Los dos tenían apetito y decidieron comer de inmediato. Luego se tendieron sobre la manta y charlaron otro largo rato, esta vez sobre el colegio y sobre algunos amigos de Tommy, sobre sus padres y sobre sus planes. Tommy le contó que una vez había estado en California y en Florida con su padre, en viaje de trabajo. Ella no había viajado casi nada y dijo que le encantaría conocer Nueva York y Chicago. Los dos coincidieron en que les gustaría ir a Europa, pero a Maribeth le parecía un sueño que nunca se cumpliría. No tenía posibilidades de ir a ningún sitio, y ya estar allí le parecía una gran aventura.

También hablaron de la guerra de Corea y de la gente conocida que había muerto. A ambos les parecía absurdo que participaran en otra guerra tan poco tiempo después de la última contienda mundial. Ambos recordaban el bombardeo de Pearl Harbor; cuando ocurrió tenían cuatro años. El padre de Tommy era entonces demasiado mayor para que lo llamaran a filas, pero el de Maribeth había estado en *Iwo Jima*. Su madre padeció nervios y angustia, pero finalmente su marido regresó sano y salvo.

—¿Qué harías si te llamaran a filas? —preguntó.

Tommy no entendió a qué venía aquella pregunta.

—¿Quieres decir ahora? ¿O cuando tenga dieciocho años? —Era una posibilidad y sólo faltaban dos años; rogó para que se arreglaran las cosas en Corea.

—Cuando sea. ¿Irías a la guerra?

—Claro. No me quedaría otro remedio.

—Yo, si fuera hombre, no iría. No creo en la guerra —declaró ella con firmeza.

El sonrió. A veces Maribeth le hacía gracia. Tenía las ideas muy claras, y algunas eran bastante inusuales.

—Eso es porque eres chica. Los hombres no tienen opción.

—Quizá deberían tenerla. O quizá algún día la tengan. Los cuáqueros no van a la guerra. Sin duda son los más listos.

—Quizá es que tienen miedo —repuso él, asumiendo todos los tópicos que había oído.

Sin embargo, Maribeth no estaba dispuesta a darlos por buenos. No aceptaba muchas cosas, a no ser que las creyera verdaderamente.

—Yo no pienso que tengan miedo. Me parece que son consecuentes con sus creencias. Si fuera hombre, yo me negaría a ir a la guerra —insistió—. La guerra es algo absurdo.

—¡No me digas! ¡Irías como todo el mundo! No te quedaría más remedio.

—A lo mejor un día los hombres no hacen sólo las cosas porque no les queda más remedio. A lo mejor las cuestionan y no hacen sólo lo que les mandan.

—Lo dudo. Y si ocurriera así, sería el caos. ¿Qué harían los que no quieren ir? ¿Huir? ¿Escondirse en algún sitio? Es imposible, Maribeth. Deja las guerras para los hombres, que saben lo que se hacen.

—Ese es el problema. Yo no lo creo. Nos meten en guerras cada vez que están aburridos. Mira Corea. Acaba de terminar una guerra mundial y ya volvemos a estar en medio de otra —dijo con tono de censura.

Él se echó a reír.

—A lo mejor deberías presentarte a las elecciones —bromeó, pero respetaba sus ideas y su audacia de pensamiento. Era una chica muy valiente.

Tras dar un paseo por el lago, Tommy le preguntó si quería bañarse. Maribeth volvió a negarse, lo que intrigó al chico. En el centro del lago había una balsa y Tommy quería nadar hasta allí, pero ella insistió en su negativa. —Vamos, dime la verdad —la instó—. ¿Te da miedo el agua? No tienes que avergonzarte de ello. Dilo y ya está.

—No es eso. Es sólo que no quiero bañarme. —Maribeth era buena nadadora, pero no podía quitarse la camisa.

—Entonces vamos.

Hacía un calor agobiante y le hubiera gustado darse un baño refrescante con él, pero ya estaba de cuatro meses y medio.

—Vamos a meter los pies en el agua, ya verás que gusto —propuso él.

Accedió a eso, pero a nada más. El lago era poco profundo durante un largo trecho, de manera que estaban bastante alejados de la orilla cuando el fondo empezó a descender bruscamente. Maribeth se detuvo en un reborde y Tommy nadó hasta la balsa y regresó con brazadas vigorosas y ágiles. Sus brazos y piernas eran largos y fuertes y nadaba con mucho estilo. Llegó al cabo de pocos minutos y se situó junto a ella.

—Nadas muy bien.

—El año pasado integré el equipo del colegio, pero el capitán es un idiota. Este año no pienso volver. —Mientras echaban a andar hacia la orilla, la observó con picardía y acto seguido empezó a salpicarla—. Eres una gallina. Seguramente nadas tan bien como yo.

—¡Eh! —exclamó ella tratando, de esquivar el agua que le lanzaba.

Pero no pudo resistirse al juego y le devolvió las salpicaduras. Un momento después parecían dos niños pequeños inmersos en una batalla de agua. Maribeth quedó empapada, perdió pie, aprovechando para hundir a Tommy, y acabó sentada en el agua. Al principio se quedó perpleja, pero luego reparó en que estaba completamente mojada y que no iba a poder salir del agua sin que él advirtiera su vientre de embarazada. Era demasiado tarde para salvar la situación, de modo que le hundió la cabeza en el agua y, mientras él pataleaba ella se alejó nadando velozmente, pero Tommy la alcanzó sin problemas y ambos se echaron a reír.

Maribeth no llegó hasta la balsa, pero nadaron juntos un rato, durante el cual ella trató de encontrar una manera de salir del agua sin que Tommy le viera el vientre, pero no se le ocurrió ninguna. Al final le dijo que tenía frío, cosa que no era verdad, y le pidió que fuera a buscarle la toalla. A él le sorprendió un poco, con el calor y el sol que hacía, pero hizo lo que le pedía y se la tendió. Sin embargo, seguía teniendo que salir del agua e ir andando hacia él. Quería decirle que se volviera, pero no se atrevía, de modo que permaneció unos momentos en el agua con cara de preocupación.

—¿Te pasa algo? —Maribeth no sabía qué contestar, pero finalmente, de mala gana, asintió con la cabeza. Todavía no quería contárselo, no sabía cómo hacerlo, pero estaba atrapada—. ¿Te puedo ayudar? —Tommy no entendía qué ocurría.

—No, no.

—Venga, sal ya, Maribeth. Sea lo que sea, ya lo arreglaremos. Vamos, que te ayudo.

Le alargó una mano y ese gesto hizo aflorar lágrimas a los ojos de Maribeth. Entonces Tommy entró en el agua para acercársele y la levantó suavemente hasta que quedó en pie frente a él. Maribeth le dejó tirar de ella e ir sacando su cuerpo del agua mientras seguía llorando; él no entendía el motivo de su llanto. Le puso la toalla cuidadosamente sobre los hombros y entonces lo vio, era un abultamiento visible, todavía pequeño pero muy firme y muy redondo, con toda claridad un niño. Todavía recordaba el aspecto que tenía su madre cuando esperaba a Annie, y Maribeth estaba demasiado delgada para que fuese otra cosa. La volvió a mirar, perplejo.

—No quería que lo supieras —dijo ella con tristeza—. No quería decírtelo. —Estaban de pie con el agua hasta las rodillas y ninguno de los dos se decidía a encaminarse hacia la playa. Parecía que a Tommy lo había alcanzado un rayo y daba la impresión de que a ella se le había muerto alguien.

—Venga —musitó él por fin, atrayéndola hacia sí y rodeándole los hombros con el brazo—, vamos a sentarnos.

Se dirigieron a la orilla en silencio y llegaron al sitio donde habían extendido la manta. Maribeth se quitó la toalla y luego se desabrochó la camisa de su padre. Debajo llevaba traje de baño y pantalones cortos; ya no tenía sentido dejársela puesta. Su secreto había sido revelado.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó él por fin, tratando de no mirar aquel voluminoso vientre, aunque todavía seguía sorprendido. Ella sonrió con pesar.

—Como pasa siempre, supongo, aunque no sé gran cosa del tema.

—¿Tenías novio? ¿Lo tienes todavía? —se corrigió, sintiendo una opresión en el corazón.

Ella negó con la cabeza, apartó la vista y luego lo miró de nuevo.

—Ni lo uno ni lo otro. Hice una tontería muy grande. —Decidió confesarlo todo con franqueza. No quería que hubiera secretos entre ellos—. Lo hice una sola vez. Con alguien que casi no conocía. Me llevó a casa después de una fiesta en la que mi acompañante se había emborrachado y, como era el héroe del último curso, supongo que me sentía halagada de que se hubiera dignado hablarme siquiera, y resultó mucho más hábil de lo que me esperaba. Estuvo muy simpático, me llevó a comer una hamburguesa con sus amigos y a mí me pareció todo fantástico. Luego detuvo el coche en un sitio cuando íbamos hacia casa. Yo no quería parar pero tampoco quería organizar un escándalo por eso. Me dio un trago de ginebra y luego... —Se miró el vientre—. El resto ya te lo puedes imaginar. Dijo que no pensaba que pudiera quedarme embarazada. Había roto con su novia ese mismo fin de semana, o eso me dijo, pero el lunes volvió con ella y yo descubrí que había hecho el ridículo más espantoso. Más que eso, había destruido mi vida por un chico a quien ni siquiera conocía, que nunca me querría. Tardé un tiempo en darme cuenta de lo que había pasado, y cuando lo descubrí él ya había fijado la fecha de su boda. Se casaron justo después de que terminara el curso.

—¿Se lo dijiste?

—Sí, y me contestó que estaba dispuesto a casarse con su novia, y que ella se enfadaría mucho si se enteraba... Yo no quería estropearle la vida, ni la suya ni la mía. Me negué a revelarles a mis padres quién había sido porque no quería que mi padre me obligara a casarme con él. No quiero casarme con un hombre que no me quiere. Tengo dieciséis años. Mi vida habría terminado. —Suspiró abatida—. Pero es posible que haya terminado de todas formas. No ha sido exactamente una jugada muy acertada por mi parte.

—¿Qué te dijeron tus padres? —Tommy estaba abrumado por la frialdad del chico y por la valentía de Maribeth para no empeorar más el desastre.

—Mi padre dijo que tenía que irme de casa. Me llevó a las Hermanas de la Caridad para que viviera en el convento hasta que tuviera el niño. Pero no podía. Estuve unas semanas y era tan deprimente que pensé que era preferible morirme de hambre, así que me marché en un autobús. Así es como llegué aquí. Saqué billete para Chicago, pensando en buscar trabajo allí, pero nos paramos aquí a cenar y vi el anuncio en la ventana de Jimmy's. Me dieron el trabajo y me quedé. —Parecía vulnerable, increíblemente joven y muy hermosa a los ojos de Tommy, que la miraba lleno de ternura y admiración—. Mi padre dice que puedo volver a casa después de Navidad, cuando haya tenido el niño. Entonces volveré también al colegio —explicó débilmente, tratando de imprimir un tono de conformidad a su voz, que hasta a ella misma le sonaba desconsolada.

—¿Qué vas a hacer con el niño? —preguntó él.

—Lo daré en adopción. Buscaré quien lo adopte. Quiero encontrar a alguien

bueno que cuide de él. Yo no puedo ofrecerle nada. No sabría qué hacer. Lo que quiero es volver al colegio, y luego ir a la universidad. Si me quedo el niño, estaré comprometida para siempre. Quiero encontrar una familia que lo quiera de verdad. Las monjas dijeron que me ayudarían, pero eso fue entonces. Aquí no he hecho nada todavía. —Se sentía nerviosa mientras lo contaba, y Tommy estaba estupefacto.

—¿Estás segura de que no quieres quedártelo? —No era capaz de imaginarse cómo se podía regalar un niño. Hasta a él le parecía horrible.

—No lo sé. —En ese momento lo sintió moverse, como si luchara por dar su opinión sobre el tema—. Es que no creo poder ocuparme de él. Mis padres no quieren ayudarme, yo no ganaría bastante para mantenerlo... No sería justo para el niño. Y tampoco quiero tener un hijo ahora. ¿Es eso tan horrible? —Los ojos se le anegaron en lágrimas y lo miró con expresión de desesperación. Era terrible admitir que no deseaba tener aquel niño, pero así era. No quería a Paul y no quería tener un hijo ni ser responsable de la vida de otra persona; apenas era capaz de ordenar la suya. Sólo tenía dieciséis años.

—Caray, Maribeth, te has metido en un buen lío. —Se acercó, volvió a cogerla por los hombros y la atrajo hacia sí—. ¿Por qué no me habías dicho nada? Podrías habérmelo contado.

—Sí, claro... «Hola, me llamo Maribeth. Me ha dejado preñado un tío que se ha casado con otra y mis padres me han echado de casa. ¿Por qué no me invitas a cenar?»

Tommy se echó a reír y ella sonrió a través de las lágrimas. De pronto se encontró en brazos de él, llorando de terror y vergüenza, así como de alivio por habérselo contado por fin. Los sollozos que la agitaban consumieron toda su energía. Tommy la mantuvo abrazada hasta que logró sosegarla. Se compadecía profundamente tanto de ella como del niño.

—¿Cuándo alumbrarás? —preguntó.

—A finales de diciembre. —Sólo faltaban cuatro meses y los dos sabían que pasarían enseguida.

—¿Has ido a algún médico desde que estás aquí?

—No conozco a nadie —repuso meneando la cabeza—. No quería contárselo a mis compañeras del restaurante por miedo a que Jimmy me despidiera. Les dije que mi marido había muerto en Corea, para que no se extrañaran cuando por fin se dieran cuenta de que estoy embarazada.

—No fue mala idea —dijo él, divertido. Luego la volvió a mirar interrogativamente—. ¿Estabas enamorada de él, Maribeth?

Era muy importante para Tommy saber si Maribeth había amado al padre de su hijo. Pero sintió un gran alivio cuando ella negó con la cabeza.

—Me halagó que quisiera salir conmigo, nada más. Simplemente me comporté como una idiota de remate. Si quieres saber la verdad, es un bribón desvergonzado. Lo único que quería era que desapareciera y que no se lo contara a Debbie. Me dijo que podía librarme del niño. Ni siquiera estoy segura de lo que te hacen; creo que lo cortan para que salga. Nadie me lo ha explicado bien, pero todos dicen que es

peligroso y caro.

Tommy la miraba con el ceño fruncido mientras se lo explicaba. También él había oído hablar de los abortos, pero no sabía en qué consistía exactamente la operación.

—Me alegro de que no lo hicieras.

—¿Por qué? —El comentario de Tommy la sorprendió. ¿A él qué más le daba? Todo hubiera sido mucho más sencillo para ellos de no estar embarazada.

—Porque no creo que debas hacerlo. Quizá es una de esas cosas... como la de Annie, a lo mejor ocurrió por algún motivo.

—No lo sé. He pensado mucho en ello. He intentado entender por qué me ha pasado, pero no lo comprendo. Simplemente parece cosa de mala suerte. Fíjate, la primera vez... supongo que no hace falta más.

El asintió vacilante. Su conocimiento de los temas sexuales era tan superficial como el de ella, seguramente incluso más. Y, a diferencia de Maribeth, nunca lo había hecho. La miró de una manera extraña y ella se dio cuenta de que tenía curiosidad por saber algo.

—¿Qué? Vamos, sea lo que sea, pregúntalo. —Ambos sabían que la amistad que los unía duraría para siempre. Tommy formaba parte de su pacto secreto, desde entonces hasta el fin de sus días.

—¿Qué se siente? —preguntó el muchacho, ruborizado, pero la pregunta no escandalizó a Maribeth. Ya no se arredraba ante nada. Tommy era como un hermano, un amigo íntimo o incluso algo más—. ¿Es tan fantástico como dicen?

—No, para mí no lo fue. Quizá para él sí. Pero creo que podría serlo, fue emocionante y vertiginoso. Te olvidas de todo, pierdes la lógica y el sentido común. Es como un tren exprés en marcha, o a lo mejor me lo pareció a causa de la ginebra. Pero creo que con la persona adecuada podría ser fantástico. No sé. No me apetece volver a probarlo, por lo menos durante mucho tiempo, hasta que encuentre a la persona adecuada. No quiero volver a hacerlo, sería una estupidez. —Él asintió con la cabeza, intrigado por las palabras de Maribeth. Era más o menos lo que esperaba, y admiraba su determinación. Sin embargo, lamentaba que ella tuviera experiencia y él no—. Lo triste es que no significó nada, y debería. Y ahora viene este niño, que no quiere nadie, ni su padre, ni yo, nadie.

—Tal vez cambies de opinión cuando lo veas —dijo Tommy, pensativo. A él se le había ablandado el corazón en cuanto vio a Annie recién nacida.

—No estoy muy segura. Las dos chicas que dieron a luz en el convento antes de marcharme no llegaron a ver a sus hijos. Las monjas se los llevaron en cuanto nacieron y ya está. Resulta muy extraño llevarlo en las entrañas todo este tiempo y luego darlo... pero quedártelo resulta también extraño. No es cosa de un día, es para siempre. ¿Tendría capacidad de comportarme como una madre durante tanto tiempo? No lo creo. Pero también pienso que la rara soy yo. ¿Por qué no quiero quedarme a mi hijo? Y si cuando nazca lo quiero, ¿qué voy a hacer? ¿Cómo voy a mantenerlo? Tommy, no sé qué hacer... —Volvieron a llenársele los ojos de lágrimas y él la abrazó de nuevo.

Esta vez, sin vacilar, se inclinó y la besó. Fue un beso lleno de admiración, ternura y compasión, así como de todo el amor que sentía por ella. Era el beso de un hombre a una mujer, el primero que daba de aquel modo, el primero de esa magnitud que ambos experimentaban en su vida. Era un beso que fácilmente podía conducir a más; pero en ese momento ninguno de los dos lo iba a permitir.

—Te quiero —le susurró Tommy más tarde, y deseó que el niño que llevaba en su vientre fuera de él y no de un chico a quien ella nunca había querido—. Te quiero mucho... No te dejaré, estaré contigo para ayudarte. —Eran promesas valientes para un muchacho de dieciséis años, pero durante los últimos meses Tommy se había convertido en un hombre.

—Yo también te quiero —musitó ella, enjugándose las lágrimas con la toalla y pensando que no quería cargarle con todos sus problemas.

—Tienes que ir al médico —observó Tommy con tono paternal.

—¿Por qué? —A veces ella se comportaba como la joven que era, pese a la experiencia que estaba viviendo.

—Tienes que cerciorarte de que el niño está sano. Mi madre iba al médico casi a diario cuando estaba embarazada de Annie.

—Ya, pero era mucho mayor que yo.

—Tienes que ir de todas formas. —Entonces se le ocurrió algo—. Buscaré el nombre del médico de mi madre y a lo mejor conseguimos que te visite. —Parecía satisfecho con la idea y Maribeth se echó a reír.

—Estás loco. Pensarán que es tuyo y se lo dirán a tu madre. No puedo ir al médico, Tommy.

—Ya lo arreglaremos —trató de tranquilizarla—. A lo mejor el médico de mi madre puede ayudarte a encontrar a alguien que quiera adoptarlo. Me parece que también se ocupan de esas cosas. Seguramente conoce gente que quiere tener niños y no puede. Creo que mis padres pensaron en adoptar uno antes de tener a Annie, pero luego ya no hizo falta. Me encargaré de pedir hora de visita.

Tommy había decidido participar activamente y compartir la carga con ella, como nadie lo había hecho hasta entonces. Volvió a besarla larga e intensamente y luego le puso una mano sobre el vientre con suavidad. El niño se estaba moviendo y Maribeth le preguntó si lo notaba. Después de concentrarse un rato, asintió con la cabeza sonriendo. Era un levísimo aleteo, como si el vientre tuviera vida propia, lo que en aquel momento era cierto. Por la tarde volvieron a bañarse y esta vez ambos nadaron hasta la balsa. Al regresar, se sentía cansada. Seguidamente permanecieron largo tiempo tendidos sobre la manta hablando de su futuro. Ahora que podía compartirlo con Tommy parecía menos negro, aunque la trascendencia de sus actos todavía la asustaba. Si conservaba al niño, sería para toda la vida. Si lo entregaba en adopción, quizá se arrepentiría siempre. Resultaba difícil decidir qué era lo acertado. Sin embargo, seguía pensando que sería beneficioso para el niño, e incluso para ella misma, dejar que lo criaran otros padres. En el futuro habría otros hijos y siempre se lamentaría de haber tenido éste, nacido en un momento inadecuado cuyas circunstancias no estaba al alcance de ella modificar.

Permanecieron abrazados besándose, pero no pasaron de ahí. Cuando regresaron a la casa de Maribeth para que se cambiara de ropa antes de ir a cenar y al cine, ambos sentían una extraña placidez. Aquella tarde su relación había cambiado. Parecía que ahora se pertenecían el uno al otro. Ella lo había hecho partícipe de su secreto y él la había apoyado. Sabía que no la decepcionaría. Se necesitaban el uno al otro, pero sobre todo ella lo necesitaba a él. Se había formado una especie de vínculo secreto entre ambos, un vínculo que jamás se rompería.

—Hasta mañana —dijo Tommy cuando la dejó en casa a las once.

Ahora no podría estar lejos de ella. Necesitaba saber que se encontraba bien. Al día siguiente iría a buscarla al trabajo y la acompañaría a casa, aunque le había prometido a su madre que cenarían juntos.

—Cuídate, Maribeth. —Se despidió sonriendo y ella le devolvió la sonrisa al tiempo que agitaba la mano antes de cerrar la puerta suavemente tras de sí.

Al meterse en la cama pensó en la suerte que había tenido de conocer a Tommy. Era el amigo que no había tenido jamás, el hermano que Ryan jamás había sido, el amante que Paul no hubiera podido ser jamás. De monto, Tommy lo era todo. Y aquella noche Maribeth volvió a soñar con Annie.



Capítulo VI

La semana siguiente, Tommy pasó por el restaurante cada tarde. Por las noches la iba a recoger y la acompañaba a casa en coche, y el domingo la llevó a cenar y al cine. Pero el siguiente día libre que tuvo Maribeth, Tommy se negó a llevarla de nuevo al lago. Tenía un plan mucho más importante. Había cogido a hurtadillas la agenda de su madre y había anotado el nombre y la dirección de su médico. Desde la muerte del viejo doctor Thompson, años atrás, Avery MacLean era el ginecólogo de Liz, y la había ayudado a dar a luz a sus dos hijos. Era un distinguido señor de cabello canoso e ideas y técnicas más modernas que sus maneras. Aunque era muy cortés y ceremonioso, estaba absolutamente al día en las prácticas médicas más avanzadas. Tommy sabía que su madre estaba muy satisfecha de él, y Maribeth debía ver a un médico.

Pidió hora de visita a nombre de la señora Robertson y por teléfono se esforzó en imitar la manera de hablar de su padre, con tono grave y campechano, pese a que le temblaban las manos. Al preguntarle la enfermera quién llamaba, contestó que el señor Robertson, y agregó que acababan de mudarse a Grinnell, que eran recién casados y su esposa necesitaba una revisión. Al parecer, la enfermera no desconfió.

—Pero ¿qué le digo? —Maribeth lo miró aterrorizada cuando él se lo contó.

—Lo sabrá al hacerte el reconocimiento. No tienes que contarle nada. —Tommy trataba de aparentar más confianza de la que sentía, así como estar familiarizado con el tema, pese a que sus conocimientos dejaban mucho que desear. Lo único que sabía del embarazo era que hacía seis años su madre había llevado vestidos anchos durante una temporada, más lo que recordaba del Show de Lucille Ball por la televisión el año anterior, cuando anunció que estaba encinta.

—Me refiero a qué voy a decirle de... del padre del niño. —Maribeth estaba muy preocupada, pero sabía que Tommy tenía razón: ella desconocía muchas cosas sobre su estado y debía hablar con un médico.

—Dile lo que contaste en el restaurante, que murió en Corea.

Ella lo miró con los ojos anegados en lágrimas y le preguntó:

—¿Me acompañarás?

—¿Yo? Yo... ¿Y si me conocen? —Tommy se sonrojó hasta las orejas. ¿Y si el médico la examinaba delante de él? ¿Y si suponía que él tenía algo que ver en el estado de Maribeth? Él ignoraba qué misterios encerraban los consultorios de ginecólogos. Y, aún peor, ¿qué ocurriría si el médico se lo contaba a sus padres?—. No puedo, Maribeth. Sencillamente no puedo. —Ella asintió con la cabeza mientras una lágrima le resbalaba lentamente por una mejilla. Tommy sintió que se le partía el corazón—. Espera, no llores. Ya se me ocurrirá algo. A lo mejor podemos decir que eres mi prima. Pero entonces seguro que se lo dicen a mi madre... No lo sé, Maribeth,

podríamos decir simplemente que somos amigos, que yo conocía a tu marido y que sólo he ido a acompañarte.

—¿Crees que sospecharán que no estoy casada?

Parecían dos niños intentando saber cómo salir de un atolladero en el que se habían metido involuntariamente. Pero se trataba de un atolladero muy grande y sin salida.

—¿Cómo van a sospechar si tú no se lo dices? —repuso Tommy con firmeza, fingiendo una calma que no sentía. Lo aterraba ir al médico, pero no quería dejar en la estacada a su amiga.

Esa tarde, camino del médico los dos eran un manojo de nervios. Apenas hablaron. Tommy se compadecía de Maribeth e intentó infundirle tranquilidad mientras la ayudaba a bajar de la camioneta y la seguía al interior del consultorio rezando para no ruborizarse.

—Todo irá bien, Maribeth. No te preocupes —le susurró al trasponer la puerta.

Ella se limitó a asentir con la cabeza. Tommy sólo había visto al médico una vez, delante del hospital donde había saludado a su padre al día siguiente de nacer Annie. Él era demasiado pequeño para que lo dejaran subir a la habitación de su madre y ésta se había asomado a la ventana sosteniendo con orgullo a su hermanita. Sólo de pensarlo se le saltaban las lágrimas. Oprimió la mano de Maribeth tanto para animarla como para consolarse a sí mismo mientras la enfermera los miraba por encima de la montura de las gafas.

—¿Sí? —No imaginaba qué hacían allí, quizá habían ido a esperar a su madre, ambos eran prácticamente unos niños—. ¿Qué queréis?

—Soy Maribeth Robertson —susurró ella pronunciando el apellido casi inaudiblemente, incapaz de creer que Tommy hubiese conseguido llevarla allí—. Tengo hora con el doctor. La enfermera frunció el ceño, repasó la agenda y luego asintió.

—¿La señora Robertson? —Pensó que tal vez la chica tenía más edad de la que aparentaba. Parecía muy nerviosa.

—Sí —confirmó casi con un suspiro.

La enfermera les dijo que se sentaran en la sala de espera y sonrió al recordar la llamada. Evidentemente eran recién casados y demasiado jóvenes. No pudo evitar preguntarse si se habían visto obligados a casarse.

Permanecieron en la sala de espera, susurrando y tratando de no mirar los abultados vientres de las otras mujeres. Tommy jamás había visto tantas embarazadas juntas y le daba apuro oírlas hablar de sus maridos y de sus hijos, así como verlas acariciarse el vientre de vez en cuando y hacer punto mientras esperaban. Ambos se sintieron aliviados cuando el doctor MacLean los llamó como el señor y la señora Robertson. Tommy se quedó estupefacto, pero no lo corrigió. Sin embargo, el médico no tenía motivos para pensar que no era el marido de Maribeth. Les preguntó dónde vivían, de dónde eran y finalmente cuánto tiempo llevaban casados. Maribeth miró al médico por unos instantes y luego negó con la cabeza.

—No lo estamos... Yo sí lo estaba. Quiero decir que Tommy no es más que un

amigo. Mi marido murió en Corea. —Entonces, arrepintiéndose nada más haber pronunciado aquellas palabras, lo miró con lágrimas en los ojos y rectificó—: No estoy casada, doctor. Estoy embarazada de cinco meses y Tommy insistió en que viniese a verlo.

El médico la admiró por proteger al muchacho y su actitud le pareció de una honradez inusual.

—Entiendo. —Al parecer, lo que acababa de oír lo había tranquilizado. Miró a Tommy, pensando que su cara le resultaba vagamente familiar. Se preguntó si sería hijo de alguna paciente. Sabía que lo había visto en algún sitio. En realidad, había sido en el funeral de Annie, pero en aquel momento no se acordaba—. ¿Pensáis casaros pronto? —Los miró a los dos con compasión. Siempre se compadecía de los chicos que se encontraban en su situación.

Ambos negaron con la cabeza, apesadumbrados, como si temieran que el doctor los echara del consultorio. De repente, Tommy se arrepintió de haber sugerido que fueran allí.

—Sólo somos amigos —dijo Maribeth—. No ha sido por culpa de Tommy. Ha sido sólo por culpa mía. —Había empezado a sollozar y Tommy se inclinó y le acarició la mano ante la mirada del médico.

—Me parece que ahora eso no importa —dijo el doctor—. ¿Qué te parece si charlamos tú y yo a solas un rato? Luego te echaré un vistazo y tu... tu amigo puede volver a entrar entonces. —Sonrió, divertido por el hecho de que ellos creyeran que él no comprendía lo ocurrido—. ¿De acuerdo?

Quería hacerle un reconocimiento y hablarle de su estado, y preguntarle cómo habían reaccionado sus padres ante el embarazo, cuáles eran sus planes y si pensaba conservar a su hijo. Le parecía que ambos jóvenes estaban muy enamorados y suponía que con el tiempo se casarían, sobre todo habiendo llegado hasta allí juntos. Pero seguramente las familias se lo estaban haciendo pasar mal y él quería ayudarlos todo lo posible. Quizá sólo necesitaban un empujoncito en la dirección apropiada.

Entonces el médico se puso en pie y acompañó a Tommy a la puerta. Esta vez, sin Maribeth, al chico le resultó aún más aterrador sentarse en aquella sala de espera llena de embarazadas. Rezaba para que no entrara ninguna conocida de su madre. Cuando por fin la enfermera lo llamó y lo hizo pasar al consultorio del médico, le pareció que habían transcurrido horas.

—Ya puedes pasar —dijo el médico afectuosamente.

Maribeth le sonreía; parecía cohibida pero aliviada. El médico había auscultado el corazón del niño y le había dicho que al parecer iba a ser un bebé grande y sano. Ella le había contado que seguramente lo entregaría en adopción y había preguntado si conocía a alguna familia adecuada para tal fin. Él prometió que si sabía de alguna se lo comunicaría. Parecía muy interesado en hacer partícipe a Tommy de la información que le había dado a Maribeth: todo lo relativo al tamaño y la salud del niño, lo que Maribeth podía esperar que le ocurriera durante los meses siguientes, las vitaminas que tendría que tomar y las siestas que debía hacer si se lo permitía su horario laboral. Les habló de todo ello como si Tommy fuera el padre del niño, y

entonces el muchacho se dio cuenta de lo que ocurría: el doctor MacLean imaginaba que le estaban ocultando ese hecho; por mucho que Maribeth insistiera en que no eran más que amigos, él no se lo creía. Para el doctor era demasiado revelador lo mucho que Tommy se preocupaba por ella y cuánto la quería.

Mientras les hablaba de sus honorarios, su memoria reaccionó y de repente recordó quién era aquel muchacho. Se alegró de que hubiera llevado a Maribeth allí.

—Tú eres Tommy Whittaker, ¿no, hijo? —le preguntó. No quería asustarlo, y estaba dispuesto a compartir su secreto mientras nadie saliera perjudicado.

—Sí —respondió Tommy.

—¿Están enterados tus padres?

Tommy negó con la cabeza y se ruborizó. Le resultaba imposible explicarle que había birlado la agenda de su madre para buscar el número de teléfono.

—No conocen a Maribeth. —Le habría gustado presentársela, pero, dadas las circunstancias, no podía; de todos modos, las cosas ya estaban bastante complicadas con sus padres.

—Quizá es hora de que se la presentes —dijo el doctor MacLean con sensatez—. No puedes esperar eternamente. Las Navidades llegarán en un abrir y cerrar de ojos. —Sólo faltaban cuatro meses para el parto—. Piénsalo, tus padres son bastante comprensivos. Últimamente están pasando una mala época y seguro que se sorprenderían bastante, pero al menos podrían ayudaros. —Maribeth le había contado que estaba distanciada de su familia y que el único amigo que tenía era Tommy—. Es una carga muy grande para vosotros dos solos.

—Nos las arreglamos —dijo Tommy con valentía, asumiendo el problema y reafirmando al médico en la convicción de que el niño era suyo, por mucho que Maribeth lo negara.

Era enternecedora la manera en que ella lo protegía de toda culpa y al médico le decía mucho en su favor. Los dos lo habían impresionado favorablemente y se alegraba de que hubieran ido a verlo. Le dio hora a Maribeth para el mes siguiente y, antes de que se fueran, les entregó un libro en el que se explicaba con sencillez qué debían esperar durante los cuatro meses que faltaban, así como en el momento del parto. No había fotografías, simplemente unas ilustraciones muy claras. Ninguno de los dos había visto nunca un libro como aquél. Suponía cierto grado de conocimientos que ninguno de ellos poseía y muchos de los términos usados les resultaban desconocidos, pero también explicaba a la embarazada cómo cuidarse, qué hacer y qué no hacer, y enumeraba las señales de peligro que podían presentarse en el camino y que justificaban una llamada al médico. A los dos les pareció muy interesante.

El doctor MacLean le había dicho a Maribeth que le cobraría doscientos cincuenta dólares por los cuidados prenatales y el parto, y que el hospital le costaría otros trescientos, cantidades que ella afortunadamente todavía conservaba del dinero que su padre le había dado para el convento. Así pues, tenía suficiente para pagarle. Sin embargo, ambos estaban consternados ante el hecho de que el médico pensara que Tommy era el padre del niño.

—¿Y si se lo dice a tu madre? —preguntó ella, aterrorizada. No deseaba crearle problemas.

Tommy también estaba preocupado, pero creía que el médico era un buen hombre y no lo contaría a sus padres. Pese al malentendido sobre quién era el padre del niño, se alegraba de que Maribeth hubiera ido a verlo.

—No lo creo —la tranquilizó—. Estoy seguro de que quiere ayudarnos. —Tommy confiaba en él.

—Es simpático —comentó ella.

Fueron a tomar unos batidos y charlaron del libro que les había dado, del mes de embarazo en que estaba y de algunas cosas que había dicho el médico sobre el parto.

—Me da bastante miedo —reconoció Maribeth, nerviosa—. Ha dicho que podía darme algo para dormirme. Creo que lo preferiría. —No estaba muy segura de nada.

Era muy duro pasar por aquello a los dieciséis años, por un niño que no iba a conservar y que nunca volvería a ver. Era un precio muy alto por media hora en el asiento del Chevy de Paul Browne. A veces todavía le resultaba increíble que aquello le estuviera pasando de verdad; sin embargo, ir a ver al médico lo hizo más real, lo mismo que la preocupación de Tommy y el hecho de que de pronto el niño parecía crecer día a día.

Tommy iba a verla al restaurante casi cada día, o se presentaba en su casa después del trabajo y la llevaba a tomar un refresco, a pasear o al cine. Pero el 1 de septiembre él volvió al colegio y a partir de ese día les resultó más difícil verse. Tommy tenía clases hasta las tres de la tarde y luego deporte; además, también tenía que repartir periódicos. Pese a que cuando llegaba la hora de verla, al anochecer, estaba agotado, seguía preocupado por ella y, cuando estaban a solas, la abrazaba y la besaba. A veces, mientras comentaban cómo había ido la jornada, el trabajo, el colegio y sus problemas, tenían la sensación de que ya estaban casados. La pasión que sentían era asimismo propia de un matrimonio, pero ninguno de los dos permitió que pasara del límite establecido. Jamás fueron más allá de besos, abrazos y caricias.

—No quiero quedarme embarazada —dijo ella con voz ronca una noche mientras las manos de él rozaban sus pechos, que se le estaban hinchando lentamente.

Ambos se echaron a reír. No quería hacer el amor con él en aquel momento, llevando el hijo de Paul en su vientre. Y quería que luego fuera distinto. No deseaba que volviera a ocurrirle lo mismo. Muchos años más adelante, después de volver al colegio e ir a la universidad, una vez se hubiera casado con el hombre adecuado, entonces sí querría tener hijos. Con Tommy no quería hacerlo impulsivamente y estropearlo todo. El lo comprendía, pero a veces se volvía loco de deseo.

Algunos días hacía los deberes en la habitación de Maribeth o en una esquina del restaurante, mientras ella le llevaba batidos y hamburguesas, y a veces incluso lo ayudaba. Cuando la dueña de la casa estaba fuera, cerraban la puerta con llave y se tendían en la cama. El le leía o Maribeth le hacía los deberes de química o de

matemáticas. En los estudios estaban a la misma altura, y dos semanas después de que empezaran las clases a Tommy se le ocurrió que podían hacer todo el trabajo juntos. Le haría una copia del programa y le prestaría los libros, así podría ponerse al corriente de las clases que estaba perdiendo en su colegio y proseguir su educación.

—Cuando vuelvas, puedes pedir que te examinen y no hará falta que pierdas el semestre.

Pero él no quería pensar en el regreso de Maribeth a Iowa, a casa de sus padres. Quería que se quedara con él, pero ninguno de los dos sabía qué ocurriría una vez tuviera el niño.

De momento todo funcionaba a la perfección. Se encontraban cada tarde después del colegio y del trabajo, cuando ella podía, y hacían los deberes juntos. Maribeth se quedaba los ejercicios y hacía los mismos trabajos que él. Así pues, continuaba estudiando al tiempo que trabajaba en Jimmy's. Tommy estaba admirado del nivel de los trabajos de Maribeth. Pese a las buenas notas que sacaba él, sabía que ella era mejor estudiante.

—Eres muy lista —dijo Tommy mientras corregía unos ejercicios de álgebra que le habían puesto en el colegio.

Había sacado sobresaliente en los dos exámenes que le había pasado a Maribeth la semana anterior, y el trabajo sobre la Guerra Civil que había hecho para la asignatura de historia era el mejor que había leído sobre el particular. Pensó que ojalá pudiera enseñárselo al profesor.

El único problema era que cada día llegaba a casa a las doce de la noche y a finales del primer mes de clases su madre empezó a sospechar. El le dijo que tenía entrenamiento cada día y que estaba dándole clases particulares a un amigo con problemas en matemáticas, pero, dado que su madre trabajaba en el mismo colegio, no era fácil convencerla de que estaba justificado que regresara a casa a medianoche.

No obstante, le encantaba estar con Maribeth. A veces, después de terminar los deberes, pasaban horas hablando de sus sueños e ideales, de los temas morales y éticos que encontraban en sus estudios y también, inevitablemente, del niño, del futuro y del tipo de vida que Maribeth añoraba para él. Quería que tuviera mucho más de lo que había tenido ella, que recibiera la mejor educación posible, que tuviera unos padres dispuestos a ayudarlo a avanzar en el mundo, no a quedarse estancado en posiciones derivadas del miedo y la ignorancia de generaciones pasadas.

Maribeth era consciente de la batalla que tendría que librar ella misma para entrar en la universidad. A sus padres les parecía una frivolidad innecesaria y no lo entenderían jamás, pero no quería verse limitada a un trabajo como el del restaurante. Sabía que podía hacer mucho más con su vida si conseguía una buena formación. Sus profesores siempre habían intentado convencer a sus padres de que ella podía llegar lejos, pero ellos no lo entendían. Y ahora su padre diría que era igual que sus tías, que se las había arreglado para quedarse preñada fuera del matrimonio. Arrastraría esa mancha toda su vida y, aunque no conservara el niño, no permitirían que lo olvidara.

—Entonces, ¿por qué no te lo quedas? —le dijo Tommy más de una vez, pero

ella negaba con la cabeza.

Era consciente de que aquélla tampoco era la solución. Por muy lejos que llegara, o por muy fuertes que fueran sus sentimientos, no podía hacerse cargo de él y, en su fuero interno, sabía que tampoco lo quería.

A primeros de octubre tuvo que admitir ante las compañeras de trabajo que estaba embarazada. A esas alturas ya lo habían imaginado y se alegraban por ella, suponiendo que era un último regalo de su difunto esposo, un modo maravilloso de conservar su recuerdo para siempre. Ignoraban que era el recuerdo de Paul Browne, de alguien cuya esposa seguramente ya estaba también encinta y a quien no le importaba este hijo. No podía decirles que quería entregarlo en adopción y le llevaban pequeños regalos al trabajo, lo que siempre hacía sentir culpable a Maribeth. Los depositaba en un cajón de su habitación y trataba de no pensar en el niño que llevaría aquella ropita.

También volvió a ver al doctor MacLean, que la encontró en perfectas condiciones y preguntó por Tommy.

—Un chico estupendo —dijo sonriendo, seguro de que aquel desliz tendría un final feliz. Ambos eran buenos chicos. Ella era una muchacha encantadora y estaba seguro de que los Whittaker acabarían aceptándolo en cuanto se enteraran.

Fue a mediados de octubre cuando, por pura coincidencia, Liz Whittaker fue a hacerse una revisión entre clase y clase. El médico mencionó lo buen chico que era Tommy.

—¿Tommy? —Le extrañó que se acordara de él. Hacía seis años que no lo veía, desde el nacimiento de Annie—. Sí, es buen chico —confirmó asombrada.

—Deberías estar orgullosa de él —dijo el médico con tono de complicidad, con ganas de seguir hablando de aquellos jóvenes que tan buena impresión le habían causado, pero les había prometido a ambos que no lo haría.

—Lo estoy —dijo ella, pensando en que era hora de volver al colegio.

Pero más tarde, camino ya de casa, le vino a la cabeza el comentario y pensó si el médico se habría encontrado con Tommy en algún sitio. Quizá había dictado alguna charla en el colegio, o un hijo suyo era compañero de clase de Tommy y ella no se acordaba.

Pero, la semana siguiente, una de sus colegas le dijo que habían visto a Tommy con una chica muy guapa y, sin darle importancia, mencionó que la chica estaba en avanzado estado de gestación. Liz se sintió horrorizada y, casi de inmediato, con una oleada de pánico, se acordó de la inesperada alabanza del doctor MacLean. Reflexionó toda la tarde y al final decidió preguntarle a Tommy aquella misma noche. El chico no llegó a casa hasta pasadas las doce.

—¿Dónde estabas? —le preguntó su madre con tono severo. Lo estaba esperando en la cocina.

—Estudiando con unos amigos —respondió él, nervioso.

—¿Qué amigos? —Ella conocía prácticamente a todos, sobre todo ahora que trabajaba en el mismo colegio—. ¿Con quién? Quiero saber con quién has estado.

—¿Por qué?

Tommy se puso a la defensiva, y cuando entró su padre en la habitación vio que los dos cruzaban una mirada extraña. La hostilidad reinante entre ellos había disminuido un poco desde que su madre volvía a trabajar, pero el distanciamiento parecía mayor que nunca. Liz no había mencionado a John de que habían visto a Tommy con una chica, pero John los había oído y quería saber qué ocurría. Últimamente reparaba en que Tommy pasaba literalmente todo el día fuera y volvía muy tarde por las noches,

—¿Qué pasa? —le preguntó a Liz. Tommy era buen chico y nunca se había metido en líos. Tal vez tenía una novia.

—Me han contado unas cosas muy raras de Tommy —repuso su madre con inquietud—, y quiero que me lo cuente él. —En ese momento Tommy supo que su madre estaba enterada de algo.

—¿Qué clase de «cosas raras»? —preguntó John. Aquello no parecía propio de Tommy.

—¿Quién es la chica con la que sales? —preguntó su madre bruscamente, mientras su padre se sentaba y los contemplaba en silencio. —No es más que una amiga, nadie en especial —mintió, pero su madre se dio cuenta.

Maribeth era para él más que una amiga. Estaba locamente enamorado de ella, intentaba ayudarla en los estudios y se preocupaba solícitamente del niño. Pero Liz fue al grano directamente.

—¿Está embarazada?

Tommy aparentó recibir un derechazo en el mentón y su padre estuvo a punto de resbalar de la silla. Liz clavó los ojos en Tommy.

—¿Qué? ¿Lo está?

—Yo... No... ¡Caray, mamá! No lo sé. Yo no... Bueno... ¡oh, Dios mío! —balbuceó mientras se mesaba el cabello con el rostro contraído de pánico—. Puedo explicarlo. No es lo que parece.

—¿Acaso simplemente está gorda? —preguntó su padre, esperanzado.

Tommy parecía apesadumbrado.

—No exactamente.

—¡Santo Dios! —musitó su madre.

—Más vale que te sientes —observó John.

Tommy se dejó caer en una silla y Liz permaneció en pie, mirándolo horrorizada.

—Esto es increíble —dijo—. Está embarazada. Tommy, ¿qué has hecho?

—No he hecho nada. Sólo somos amigos. Yo... Bueno, somos algo más que amigos... Pero, mamá, es una chica magnífica.

—Por el amor de Dios —gimió su madre, y se sentó—. ¿Quién es? ¿Cómo ocurrió?

—Supongo que como siempre —explicó Tommy con aspecto desconsolado—. Se llama Maribeth. La conocí este verano.

—¿Por qué no nos lo contaste?

¿Cómo podía contarles nada? Ya nunca hablaban con él, ni tampoco entre ellos.

La vida de familia había terminado con la muerte de Annie, ahora simplemente iban a la deriva, como los restos de un naufragio en un mar solitario.

—¿De cuántos meses está? —preguntó su madre, como si aquello pudiese cambiar algo.

—De seis y medio —contestó él con calma. Quizá, después de todo, era mejor que lo supieran. Hacía tiempo que quería pedirle ayuda a su madre y creía que Maribeth le caería bien, pero ahora Liz parecía todavía más horrorizada.

—¿De seis meses y medio? ¿Cuándo empezó? —Intentaba contar hacia atrás pero estaba demasiado alterada.

—¿Cuándo empezó qué? —Tommy estaba confundido—. Ya te lo he dicho, la conocí este verano. Vino a vivir aquí en junio. Trabaja en el restaurante al que suelo ir.

—¿Cuándo vas tú a un restaurante? —Su padre parecía incluso más confuso que su madre.

—Muchas veces. Mamá ya no prepara la cena desde hace meses. Uso parte del dinero que gano repartiendo periódicos para cenar en el restaurante.

—Magnífico —dijo su padre con amargura, lanzando una furibunda mirada de reproche a su mujer y luego volviendo a mirar a su confundido hijo—. ¿Cuántos años tiene la chica?

—Dieciséis.

—No lo entiendo —interrumpió su madre—. Se mudó aquí en junio y está de seis meses... Eso quiere decir que quedó encinta en marzo o por ahí. ¿La dejaste embarazada en otro lugar y luego vino a vivir aquí? ¿Dónde estuviste?

Que ellos supieran, Tommy no había ido a ninguna parte. Pero tampoco sabían que cenaba en un restaurante con frecuencia, ni que tuviera una novia embarazada. Seis meses y medio quería decir que el niño estaba a punto de nacer. Liz se echó a temblar sólo de pensarlo. ¿Qué planes tendrían y por qué su hijo no se lo había dicho? Pero mientras pensaba empezó a comprenderlo. Habían estado tan distantes y tan perdidos desde la muerte de Annie, sobre todo John y ella, que no era de extrañar que Tommy se hubiera metido en problemas. Nadie le había dedicado atención.

Tommy por fin entendió a dónde apuntaban sus preguntas.

—No fui yo quien la dejó embarazada, mamá. Se quedó en estado en Onawa, la ciudad donde vivía antes, y su padre la echó de casa hasta que tenga el niño. Fue a un convento y no lo soportó, así que en junio vino aquí. Y entonces es cuando la conocí.

—¿Y llevas saliendo con ella todo este tiempo? ¿Por qué no nos lo habías dicho?

—No lo sé —respondió con un suspiro—. Quería contároslo porque de verdad creo que os agrada, pero temí que no os pareciera correcto. Maribeth es maravillosa, y está completamente sola. No tiene a nadie que la ayude.

—Te tiene a ti. —Su madre parecía apenada pero el rostro de su padre reflejaba más bien alivio—. Por cierto... ¿la has llevado a ver al doctor MacLean? —preguntó Liz atando cabos.

La pregunta dejó perplejo a Tommy.

—¿Por qué? ¿Te ha dicho algo? —El doctor había prometido no hacerlo.

Su madre negó con la cabeza.

—No es que me dijera nada. Simplemente comentó que eras muy buen chico y yo no acababa de entender cómo se acordaba de ti. Han pasado seis años... Luego, una profesora te vio con la chica la semana pasada y me dijo que parecía muy gordita. —Miró a su hijo de dieciséis años preguntándose si pensaba casarse con la chica impulsado por sentimientos verdaderos o por pura galantería—. ¿Qué piensa hacer con el niño?

—No está segura. No se considera capaz de criarlo. Quiere entregarlo en adopción. Cree que es lo mejor para el niño. —Quería explicarlo todo a la vez, conseguir que quisieran a Maribeth tanto como él—. Según dice, algunas personas pasan por la vida de otras personas durante un breve período de tiempo, como Annie, para concederles una bendición o alguna clase de regalo... Cree que el niño pertenece a esta clase de personas, que ella ha de traerlo al mundo pero no para quedarse en su vida para siempre. Está convencida de ello.

—Es una decisión muy difícil para una chica tan joven —musitó Liz, compadeciéndose de ella pero preocupada por el evidente enamoramiento de Tommy—. ¿Dónde está su familia?

—No quieren hablar con ella ni dejarla volver hasta que haya entregado el bebé. Al parecer su padre es un bruto y su madre le tiene miedo. Maribeth no tiene absolutamente a nadie.

—Te tiene a ti —repitió Liz con tristeza. Era un peso terrible para su hijo, pero John, ahora que sabía que Tommy no era el padre del niño, ya no estaba tan preocupado.

—Me gustaría que la conocieras, mamá.

Ella vaciló unos instantes: no estaba segura de si debía formalizar la relación conociéndola, o simplemente prohibirle que volviera a verla. Pero aquello no parecía justo y miró en silencio a su marido. John se encogió de hombros indicando que por su parte no había objeciones.

—No es mala idea. —Tenía la extraña sensación de que se lo debían a Tommy. Si tenía tan buen concepto de ella, quizá valía la pena que la conocieran.

—Tiene muchas ganas de estudiar. Yo estudio con ella cada noche, le dejo mis libros y le doy una copia de todo lo que hacemos en clase. Maribeth ya me ha adelantado y lee mucho y hace trabajos por su cuenta.

—¿Por qué no asiste al colegio? —preguntó su madre con tono de censura.

—Tiene que trabajar. No puede reanudar el colegio hasta que tenga el niño y vuelva a su casa.

—Y entonces ¿qué ocurrirá? —Su madre lo apremiaba y Tommy no tenía respuestas para todas sus preguntas—. ¿Y tú? ¿Vas en serio?

Tommy titubeó. No quería contárselo todo, pero no le quedaba otro remedio.

—Sí, voy en serio. La quiero.

El rostro de su padre se tiñó de pánico.

—No pensarás casarte con ella, ¿verdad? ¿O quedarte el niño? Tommy, a los

dieciséis años uno no sabe lo que hace. Ya sería bastante difícil si el niño fuera tuyo, pero no lo es. No tienes por qué hacerlo.

—Lo sé —dijo él con convicción de adulto—. Pero la quiero. Por mí me casaría con ella y conservaría el niño, pero ella no quiere eso. Quiere volver al colegio y luego, si es posible, estudiar en la universidad. Cree que podrá volver a vivir en su casa, pero yo no estoy tan seguro. Me parece que su padre no la dejará seguir estudiando, por lo que cuenta. Pero no quiere casarse hasta que haya terminado los estudios. No me está presionando, papá. Si me casara con ella, tendría que obligarla.

—Pues no lo hagas —dijo su padre abriendo una cerveza y bebiendo un sorbo. La idea de que Tommy se casara a los dieciséis años lo abrumaba.

—No hagas nada de lo que puedas arrepentirte después, Tommy —le aconsejó su madre, tratando de mostrarse más calmada de lo que estaba en realidad; las manos le temblaban—. Los dos sois muy jóvenes. Arruinaréis vuestra vida si dais un paso en falso. Ella ya lo ha hecho una vez, y con eso basta.

—Eso mismo dice Maribeth. Por eso quiere desprenderse del niño. Considera que quedárselo sería otro error por el que los dos tendrían que pagar. Creo que se equivoca y que un día se arrepentirá, pero ella considera que el niño merece una vida mejor de la que ella puede darle.

—Seguramente tiene razón —dijo su madre con pesar, incapaz de creer que hubiera nada más triste en la vida que renunciar a un hijo, excepto quizá perderlo, sobre todo a un hijo querido. Pero renunciar a un hijo que has llevado en tus entrañas durante nueve meses parecía una pesadilla—. Hay mucha gente buena dispuesta a adoptar un niño, personas que no pueden tener hijos pero serían padres perfectos.

—Lo sé. —Tommy se sentía cansadísimo. Era la una y media de la noche y llevaban más de una hora sentados en la cocina hablando del problema de Maribeth—. Pero en todo caso me parece muy triste. ¿Qué le quedará a ella?

—El futuro. Quizá eso es más importante —replicó su madre con sensatez—. No tendrá vida si a los dieciséis años tiene que dedicarse a criar a un niño, sin familia que la ayude. Y tú tampoco, si te casas con ella. Ésa no es vida para dos chicos que ni siquiera han terminado el bachillerato.

—Tienes que conocerla, mamá, hablar con ella. Quiero que la conozcas. Tal vez puedas proporcionarle material del colegio. Yo ya no sé qué más proporcionarle.

—De acuerdo. —Sus padres intercambiaron una mirada de preocupación pero ambos accedieron—. Tráela la semana que viene. Prepararé una cena. —Lo dijo como si asumiera un gran sacrificio. Ahora odiaba guisar, pero lo hacía si no tenía otro remedio, y sentía punzadas de culpabilidad por haber provocado que su hijo cenara en un restaurante como si fuera huérfano. Lo mencionó mientras apagaban las luces y atravesaban el pasillo—. Lo siento... Perdona que no te haya dedicado mucha atención estos meses. —Tenía los ojos llenos de lágrimas y se puso de puntillas para darle un beso—. Te quiero. Supongo que los últimos diez meses he estado desaparecida.

—No te preocupes, mamá —repuso él sin amargura—. Estoy bien. —Y lo estaba, gracias a Maribeth, que lo había ayudado aún más de lo que él la había

ayudado a ella. Se habían consolado mutuamente.

Tommy se dirigió a su cuarto y, una vez en su propia habitación, Liz miró a John y se dejó caer sobre la cama, destrozada.

—No acabo de creerme lo que acabo de oír. ¿Sabes que se casaría con la chica si lo permitiésemos?

—Pues sería un idiota —dijo John con enfado—. Si ha quedado embarazada a los dieciséis años, seguramente es una fresca y le está contando una historia como una catedral con eso de que quiere estudiar e ir a la universidad.

—No sé qué pensar —dijo Liz alzando la vista hacia él—. Sólo sé que durante este último año hemos caído en un abismo. Tú has empezado a beber; yo estaba ausente, extraviada en mi propia cabeza, intentado olvidar lo ocurrido; y Tommy ha estado cenando en restaurantes y teniendo una aventura con una chica embarazada con la que quiere casarse. Parece que estamos metidos en un problema de considerables dimensiones, ¿no te parece? —preguntó, todavía perpleja por las revelaciones de Tommy y con un gran sentimiento de culpa.

—Quizá esto ocurre a la gente cuando su mundo se derrumba —dijo John sentándose en el borde de la cama a su lado. Hacía mucho tiempo que no se hallaban tan cerca y, por primera vez en meses, Liz sintió que no estaba enfadada, sólo preocupada—. Pensé que iba a morir cuando... —dijo John, pero no consiguió terminar la frase.

—Yo también. Y me parece que así fue —admitió ella—. Tengo la sensación de haber estado en coma durante un año. Ni siquiera estoy segura de lo que ha ocurrido.

Entonces su marido le pasó un brazo por los hombros y la retuvo abrazándola durante mucho rato. Esa noche, cuando se acostaron, John no dijo nada y ella tampoco, simplemente permanecieron abrazados.



Capítulo VII

Tommy pasó a recoger a Maribeth el próximo día que ésta tuvo libre. La joven se había puesto su mejor vestido para conocer a sus padres. Se reunieron después del entrenamiento de fútbol y se pusieron en camino con un poco de retraso y bastante nerviosos.

—Estás muy guapa —dijo él. Se inclinó y le dio un beso—. Gracias, Maribeth.

Ella se había esforzado por estar lo mejor posible cuando conociera a los padres de Tommy. Sabía que para él era importante y no quería dejarlo en mal lugar. Ya bastaba con que estuviera embarazada de casi siete meses. Sólo Tommy la hubiera llevado a conocer a sus padres.

Llevaba un vestido de lana gris oscuro, con cuello blanco y la pajarita negra que se había comprado cuando toda la ropa se le quedó pequeña y Tommy empezó a invitarla a cenar fuera los días que no tenía que trabajar en Jimmy's. Se había recogido el reluciente cabello pelirrojo en una coleta sujeta con una cinta de terciopelo negro. Parecía una niña pequeña que escondiera un globo debajo de la falda. Tommy sonrió al ayudarla a subir a la camioneta. Estaba monísima y esperaba que el encuentro con sus padres fuera bien. Después de la larga charla de la semana anterior apenas le habían dicho nada, aparte de aceptar conocerla. Maribeth guardó silencio durante el trayecto.

—No te pongas nerviosa, ¿eh? —dijo él cuando se detuvieron ante su casa y ella admiró el pulcro aspecto que tenía. Estaba recién pintada y delante había varios macizos de flores. En esa época del año no había flores pero se notaba que la casa estaba bien cuidada—. Todo irá bien —le aseguró en tanto la ayudaba a bajar.

Se adelantó a ella, cogiéndola de la mano, camino de la puerta. Al entrar, comprobó que sus padres estaban esperándolos en la sala de estar. Su madre observó atentamente a Maribeth cuando ésta atravesó rápidamente la estancia para tenderles la mano.

Todos se mostraron circunspectos y corteses. Liz la invitó a sentarse y le ofreció té o café. Maribeth prefirió una Coca-Cola y John le dio conversación mientras Liz se dirigía a la cocina a ocuparse de la cena. Había preparado carne asada con tortilla de patata, que le encantaba a Tommy, y espinacas a la crema.

Al cabo de un rato Maribeth se ofreció a ayudarla y entró en la cocina. Padre e hijo la contemplaron avanzar por el pasillo. John cogió a Tommy por el brazo para impedir que la siguiera.

—Déjalas hablar un poco. Así tu madre la conocerá mejor. Parece buena chica —dijo—. Y muy guapa. Qué lástima que le ocurriera esto. ¿Qué ha sido del chico? ¿Por qué no se han casado?

—Se casó con otra. Pero, de todas formas, Maribeth no quería casarse con él;

dice que no lo quería.

—No sé si es una decisión acertada o equivocada. El matrimonio puede ser bastante difícil de por sí, y si encima te casas con alguien a quien no quieres... Pero su decisión fue muy valiente. —Encendió la pipa y observó a su hijo. Tommy había crecido mucho últimamente—. No parece justo que sus padres no quieran verla hasta que tenga el niño —dijo John, preguntándose cuál era el alcance del cariño que sentía su hijo por aquella chica. Se notaba que significaba mucho para él, y su padre lo comprendió.

Cuando Liz por fin anunció que la cena estaba lista, parecía que Maribeth y ella habían hecho buenas migas. La muchacha la ayudó a poner la mesa mientras hablaban de una clase de ciencia política que Liz impartía en el último curso. Cuando Maribeth dijo que le gustaría asistir, Liz repuso con aire pensativo:

—Supongo que podría pasarte parte del material. Tommy me ha dicho que intentas seguir el programa por tu cuenta y que él te ayuda. ¿Quieres que te revise algún trabajo?

Aquel ofrecimiento sorprendió a Maribeth.

—¡Oh, sería magnífico! —dijo con agradecimiento al tiempo que se sentaba entre los dos hombres.

—¿Vas a presentar algo a tu antiguo colegio o lo haces sólo para ti?

—Más que nada, para mí, pero espero que me permitan rendir algún examen para no tener que repetir lo que he estado estudiando.

—¿Por qué no me enseñas lo que has hecho? Quizá podría presentarlo en nuestro colegio y solicitar una convalidación. ¿Has hecho lo mismo que Tommy?

Maribeth se apresuró a responder afirmativamente y Tommy habló por ella en tanto se sentaba entre Maribeth y su madre.

—Va mucho más adelantada que yo, mamá. Ya ha terminado todo el libro de ciencias y el de historia europea, y ha hecho todos los trabajos opcionales.

Liz se mostró impresionada y Maribeth prometió llevarle aquel fin de semana todo lo que había hecho.

—Podría encargarte otros trabajos —dijo Liz mientras le pasaba el asado—. Todas mis clases son de los dos últimos cursos.

Las dos parecían entusiasmadas hablando del tema y hacia el final de la cena Liz y Maribeth habían hecho planes para reunirse el sábado por la tarde. Luego, el domingo, Liz le indicaría media docena de trabajos que podía preparar.

—Puedes hacerlos cuando tengas tiempo y luego traérmelos. Sé que trabajas seis días a la semana en el restaurante y me consta que no es fácil. —De hecho, a Liz le sorprendía que tuviera fuerzas para trabajar en turnos de doce horas y de pie, sirviendo mesas—. ¿Cuánto tiempo piensas seguir trabajando? —Le daba reparo preguntarle por el embarazo, pero resultaba difícil evitarlo, pues Maribeth tenía ya un vientre prominente.

—Hasta que pueda. Económicamente me hace falta.

El dinero que le había dado su padre lo usaría para pagar el parto y al doctor MacLean y su sueldo era para vivir. No podía permitirse dejar el trabajo antes de

tiempo. Mantenerse un par de semanas después de tener el niño ya resultaría difícil. Su presupuesto era bastante reducido pero, por fortuna, necesitaba poco. Y puesto que no pensaba quedarse al niño, no le había comprado nada, aunque sus compañeras del restaurante hablaban de ofrecerle una fiesta en la que todas le llevarían algún regalo. Maribeth intentaba que lo olvidaran, pero ellas no sabían que no tenía intención de conservar el bebé.

—Será muy duro para ti trabajar hasta el último momento —dijo Liz, comprensiva—. Yo lo hice cuando nació Tommy y al final supuse que lo iba a tener allí mismo en la clase. Con Annie me tomé bastante más tiempo —añadió, y de pronto se hizo un silencio en la mesa. Entonces alzó los ojos hacia Maribeth y la muchacha le sostuvo la mirada—. Supongo que Tommy ya te habrá contado lo de su hermana.

Maribeth asintió con la cabeza; sus ojos reflejaban claramente el cariño que sentía por el chico y la compasión que le inspiraban sus padres. Annie era muy real para ella, Tommy le había contado muchas cosas y ella había soñado con la malograda niña en numerosas ocasiones y tenía la sensación de que la conocía.

—Sí, sí —musitó Maribeth—. Debía de ser una niñita muy especial.

—Lo era —coincidió Liz, apesadumbrada. John alargó la mano hasta ella por encima de la mesa. Le rozó los dedos y Liz alzó la vista sorprendida. Era la primera vez que lo hacía desde hacía meses—. Supongo que todos los niños lo son —prosiguió—. El tuyo también lo será. Los niños son una bendición.

Maribeth no respondió; Tommy la miró, consciente del conflicto que estaba viviendo respecto al hijo que llevaba en sus entrañas.

A continuación hablaron del siguiente partido en que jugaría Tommy y Maribeth pensó que ojalá pudiera ir con ellos a verlo.

Charlaron durante largo rato del pueblo de Maribeth, de sus estudios, de las ocasiones en que habían ido al lago con Tommy; hablaron de muchas cosas, pero no de su relación con Tommy ni tampoco del niño que esperaba. A las diez, el muchacho la llevó a casa. Antes de marcharse Maribeth se despidió de sus anfitriones con un beso. Una vez en la camioneta, exhaló un suspiro de alivio y se reclinó contra el respaldo del asiento, agotada.

—¿Cómo me he portado? ¿Me odiarán?

Aquella pregunta conmovió a Tommy, que se inclinó para darle un beso.

—Has estado fantástica y les has caído muy bien. Ya ves que mi madre te ayudará en los estudios. Tommy se sentía muy aliviado. Más que cortesías, sus padres habían estado francamente amigables. En realidad, Maribeth les había causado muy buena impresión y en tanto John ayudaba a Liz a fregar los platos, una vez ellos se hubieron marchado, hizo varios comentarios sobre la inteligencia y la buena educación de Maribeth.

—Es una chica con personalidad, ¿no te parece, Liz? Qué lástima que se haya metido en este atolladero —dijo meneando la cabeza mientras secaba un plato. Era la primera cena que disfrutaba de verdad en muchos meses y estaba contento de que Liz hubiera hecho el esfuerzo de prepararla.

—Tampoco es que se haya metido en el lío ella sola —apuntó Liz con una sonrisa, aunque sabía que John estaba en lo cierto.

Era una chica estupenda y así se lo dijo a Tommy cuando regresó media hora más tarde. Había acompañado a Maribeth hasta su habitación y cuando la besó advirtió que estaba muy cansada y le dolía la espalda. Había sido una jornada muy larga y ya hacía un par de días que se encontraba un poco incómoda.

—Tu amiga parece buena chica —dijo Liz mientras guardaba el último plato.

John acababa de encender una pipa y asintió para indicarle a Tommy que era de la misma opinión.

—Vosotros también le habéis caído bien a ella. Sin duda se siente muy sola y echa de menos a sus padres y a su hermana. A mí no me parecen personas estimables, pero supongo que ella está acostumbrada. Su padre parece un verdadero tirano y Maribeth dice que su madre nunca le lleva la contraria. De todas maneras, le resulta difícil estar separada de ellos. Su madre le ha escrito un par de veces, pero su padre se niega a leer las cartas de Maribeth. Y no la dejan comunicarse con su hermana. Menuda tontería —dijo disgustado. Su madre lo miraba a los ojos. No era difícil ver cuánto quería a Maribeth y las ganas que sentía de protegerla.

—A veces las familias toman decisiones absurdas —dijo su madre compadeciéndose de ella—. Creo que esto les dolerá durante mucho tiempo, si no siempre.

—Maribeth quiere volver para terminar el colegio y luego marcharse a Chicago para estudiar en la universidad.

—¿Por qué no viene a ésta? —sugirió su padre.

Liz se sorprendió de la espontaneidad con que lo dijo. Allí tenían universidad, y era muy buena. Maribeth podía solicitar una beca, y Liz podía ayudarla a presentar la solicitud.

—No se me había ocurrido, y creo que a ella tampoco —dijo Tommy, contento—. Se lo diré, aunque ahora sólo le preocupa el niño. Tiene miedo, supongo que no sabe qué ocurrirá. Quizá... —Miró dubitativamente a su madre, alegrándose de que ambas mujeres se hubieran conocido—. Quizá podrías hablar con ella, mamá. Aparte de mí y las camareras del restaurante, no tiene a nadie con quien hablar. Y me parece que sus compañeras sólo consiguen asustarla. —Tommy también estaba asustado. Todo el proceso de gestación parecía una cosa espeluznante.

—Hablaré con ella —dijo Liz.

Al poco rato todos se fueron a acostar. Tendida al lado de John, Liz pensó en Maribeth.

—Es muy simpática, ¿verdad? No puedo imaginar lo terrible que debe de ser pasar por todo esto sola... Debe de resultar muy triste... Y luego desprenderse del bebé... —Sólo de pensarlo le afloraron las lágrimas; recordaba cuando tuvo en brazos a Annie por primera vez, y a Tommy. Eran tan adorables... No hubiera soportado la idea de entregarlos nada más nacer. Pero ella los había esperado mucho tiempo, y era mucho mayor que Maribeth. Quizá para dieciséis años aquello era demasiado y Maribeth tenía el suficiente sentido común para saber que se trataba de una situación

que la superaba—. ¿Crees que Avery encontrará familia para el niño? —De repente, Maribeth la preocupaba, como a Tommy, y le parecía intolerable que no contara con nadie.

—Supongo que se ocupa de eso con más frecuencia de lo que pensamos. No es nada inusual. Lo que pasa es que normalmente los padres adoptivos mantienen en secreto su condición. Estoy seguro de que encontrará una familia adecuada para el niño.

Liz asintió en silencio, en la oscuridad, pensando en Maribeth y en su propio hijo. Eran muy jóvenes y estaban muy enamorados y llenos de esperanza. Todavía creían que la vida sería agradable y aguardaban con confianza lo que les deparara el destino. Liz había perdido esa fe tras la muerte de Annie. Sabía que no volvería a confiar en los hados, eran demasiado crueles.

Hablaron de ella durante un rato y finalmente John se durmió. En ciertos aspectos no estaban más unidos que antes, pero en los últimos días la distancia que se interponía entre ellos parecía menos insalvable y, de vez en cuando, había algún gesto o palabra amable que enternecía a Liz. Ella se esforzaba un poco más en complacerlo y aquella cena le había demostrado que tenía que recuperar la costumbre diaria. Necesitaban reunirse por las noches, volver a tocarse, hablar y transmitirse esperanza el uno al otro. Todos habían estado perdidos demasiado tiempo, pero Liz notaba que empezaban a salir de la niebla en que se ocultaban. Casi veía a John tenderle las manos, o al menos deseaba hacerlo, y Tommy era el mismo de siempre, con la única diferencia de que ahora Maribeth se encontraba a su lado. Por primera vez en meses, Liz experimentó una sensación de placidez al cerrar los ojos. A la mañana siguiente, en la biblioteca del colegio, cogió libros para Maribeth y anotó ejercicios. El sábado por la tarde, cuando la chica llegó, Liz estaba preparada para recibirla. La sorprendió la calidad de los trabajos de Maribeth, superiores a la mayoría de los del último curso. Liz los leyó con el ceño fruncido y meneando la cabeza. Maribeth temió lo peor.

—¿Lo he hecho mal, señora Whittaker? No dispongo de mucho tiempo, sólo por las noches. Puedo repetirlo. Y también quiero hacer otro trabajo sobre Madame Bovary. Me parece que éste no le hace justicia al libro.

—No digas tonterías —la reprendió Liz alzando la vista con una sonrisa inesperada—. Tu trabajo es extraordinario. Me siento impresionada. —Hasta Tommy quedaba ensombrecido a su lado; Maribeth era una alumna de matrícula de honor. Había hecho un trabajo sobre literatura rusa y otro sobre el humor en Shakespeare. Había escrito un artículo de opinión sobre la guerra de Corea como redacción para la clase de lengua, y todos los problemas de matemáticas estaban resueltos meticolosa y perfectamente. Eran los mejores trabajos que veía Liz en años. Alzó la vista hacia la muchacha embarazada y le cogió la mano con suavidad—. Has trabajado muy bien, Maribeth. Por esto deberían convalidarte un curso entero, o más. Estás a la altura del último curso.

—¿De verdad? ¿Le parece que podría presentarlo en mi antiguo colegio?

—Tengo una idea mejor —dijo Liz mientras apilaba cuidadosamente las

carpetas—. Los enseñaré a nuestro director; quizá pueda conseguir que los acepten aquí. Quizá incluso te dejarían rendir exámenes y cuando vuelvas a casa podrías inscribirte directamente en último curso.

—¿Cree que es posible? Maribeth no se lo esperaba; estaba perpleja. Aquello suponía saltarse un curso entero, y tal vez incluso terminar en junio, lo que sería fantástico. Sabía que los meses que le esperaban en casa serían difíciles. Ahora se había demostrado a sí misma que era capaz de salir adelante por sí sola y quería volver a casa sólo para ver a su madre y a Noëlle y terminar el bachillerato. Pero era consciente de que no se quedaría mucho tiempo. Había llegado muy lejos y había crecido demasiado para seguir en casa dos años más después de entregar al niño. Ellos jamás permitirían que lo olvidara, sobre todo su padre. Con seis meses, hasta terminar los estudios en junio, bastaba. Entonces podría seguir adelante, buscar trabajo y tal vez un día, si tenía suerte, conseguir una beca para la universidad. Estaba dispuesta a estudiar por la noche, e incluso a hacer cualquier cosa con tal de estudiar, pero su familia no lo entendería jamás.

Liz le encargó varios trabajos y prometió plantear su caso en el colegio. Le dijo a Maribeth que se lo comunicaría en cuanto le contestaran algo.

Luego charlaron un rato de asuntos no relacionados con los estudios, sobre todo de Tommy y sus planes. A Liz todavía la preocupaba que su hijo quisiera casarse con Maribeth sólo para que no tuviera que entregar el niño en adopción, pero se abstuvo de mencionarlo. Hablaron de las universidades que le convenían a Tommy y de las oportunidades que se le presentarían. Maribeth la comprendía perfectamente y advertía su preocupación. Al final no pudo evitar mirarla directamente y decir con absoluta calma:

—No voy a casarme con él, señora Whittaker. Por lo menos de momento. No sería capaz de hacerle eso. Se ha portado maravillosamente conmigo. Es el único amigo que he tenido desde que me ocurrió esto, pero los dos somos demasiado jóvenes y lo estropearíamos todo. No estoy segura de que él lo entienda así —agregó con tristeza—, pero yo sí. No estamos preparados para tener un niño. Por lo menos yo no. Hay que proporcionarles muchas cosas, estar a su disposición. Y en definitiva ser alguien que yo no soy todavía, es decir, ser adulto —concluyó con lágrimas en los ojos, conmoviendo a Liz. Apenas era más que una niña y ya llevaba un niño en su vientre.

—Yo te considero bastante madura, Maribeth. Quizá no lo suficiente para ser madre, pero tienes mucho que dar. Haz lo que estimes mejor para ti y para el niño. Sólo intento que Tommy no sufra ni haga alguna tontería.

—No se preocupe —repuso ella sonriendo y enjugándose los ojos—. No lo dejaré. Claro, hay veces que a mí también me gustaría conservar al niño, pero ¿y luego qué? ¿Qué haré el mes siguiente? ¿O el año próximo? ¿Qué ocurriría si no encuentro trabajo o nadie me ayuda? ¿Cómo va a terminar Tommy el colegio con un niño? No podría, y yo tampoco. Sé que es mi hijo y que no debería hablar así, pero quiero lo mejor para él. Tiene derecho a mucho más de lo que puedo ofrecerle. Tiene derecho a unos padres que se desvivan por él, no que tengan miedo de criarlo, como

yo. Quisiera estar a su entera disposición, pero sé que no puedo y eso me da miedo. —A veces se le desgarraba el corazón, sobre todo desde que la gestación era tan real y su hijo se movía constantemente. Resultaba difícil no pensar en ello, y todavía más difícil negarlo. Pero para ella amar a su hijo significaba darle una vida mejor y seguir su camino hacia el lugar que le estaba destinado, fuera donde fuese.

—¿Sabes si el doctor MacLean ha pensado en alguien? —preguntó Liz. Conocía a varios matrimonios jóvenes sin hijos que estarían encantados de adoptarlo.

—No me ha dicho nada —contestó Maribeth—. Espero que comprenda que lo digo en serio. A lo mejor piensa que Tommy y yo... —titubeó, y Liz se echó a reír.

—Me parece que sí. Hace poco me dedicó una indirecta sobre lo «buen chico» que es Tom. Al parecer cree que el niño es suyo. Por lo menos eso pensé yo cuando me enteré. Me llevé un susto de muerte, lo reconozco, pero, en fin, supongo que hay cosas peores. Tommy se lo está tomando muy bien, aunque el niño no sea suyo.

—Se ha portado fantásticamente conmigo —dijo Maribeth, sintiéndose más comprendida por Liz de lo que se había sentido jamás por su propia madre. Era una mujer cariñosa e inteligente que, después de un año de pesadilla, empezaba a despertar a la vida. Sabía que su dolor había durado demasiado.

—¿Qué piensas hacer estos dos meses que te quedan? —inquirió Liz mientras le servía un vaso de leche y le ofrecía unas galletas.

—Trabajar, supongo. Y seguir estudiando. Esperar que llegue el niño. Será por Navidades.

—Es muy poco tiempo. —Liz la miró con cariño—. Si puedo ayudarte en algo, dímelo. —Quería ayudarlos a los dos, a Maribeth y a Tommy.

Antes de que la muchacha se fuera, a última hora de la tarde, le reiteró su promesa de ver qué podía hacer por ella en el colegio. Maribeth estaba contentísima y decidió contárselo a Tommy cuando esa noche pasara a recogerla para ir al cine.

Fueron a ver *Bwana Devil*, la primera película en tres dimensiones de la historia del cine, y tuvieron que ponerse gafas con cristales de colores; a los dos les encantó. Al salir del cine, Maribeth le contó la conversación que había mantenido con su madre. Sentía un gran respeto por ella, y Liz, a su vez, cada día que pasaba le cobraba más afecto. La había invitado a cenar el fin de semana siguiente, y al contárselo a Tommy éste dijo que cuando Maribeth iba a su casa a él le parecía estar casado. Se sonrojó al decirlo, pero era evidente que la sensación le resultaba placentera. Había reflexionado mucho sobre ello últimamente, ahora que se acercaba el nacimiento del niño.

—No estaría tan mal, ¿no? —preguntó camino de casa de Maribeth—. Me refiero a estar casados. —Parecía tan joven e inocente al decirlo... Pero Maribeth ya se lo había prometido a Liz, y a ella misma; no se lo iba a permitir.

—Hasta que te hartaras de mí. Dentro de un par de años... o cuando me convierta en una vieja, cuando tenga veintitrés años —bromeó—. Piénsalo, faltan todavía siete años. Al ritmo que llevo, podríamos tener ocho hijos. —Poseía una saludable capacidad de reírse de sí misma y de Tommy, pero en esta ocasión el asunto no era de broma.

—Va en serio, Maribeth.

—Ya lo sé. Ése es el problema. Los dos somos demasiado jóvenes, no hace falta que te lo diga.

Pero Tommy estaba decidido a insistir. Todavía faltaban dos meses y antes de que llegara el momento le pediría seriamente que se casara con él.

Maribeth seguía esquivando el tema cuando, la semana siguiente, Tommy la llevó a patinar. Acababa de caer la primera nevada y el lago estaba resplandeciente. Tommy no pudo resistir la tentación de ir; le recordaba a Annie y a todas las ocasiones en que la había llevado a patinar.

—Solía venir con Annie los fines de semana. La traje la semana antes de que... muriera. —Se obligó a pronunciar la palabra, por mucho que le doliera. Ya era hora de afrontar el hecho de que Annie no estaba, aunque seguía resultándole difícil—. Añoro las bromas que me gastaba. Siempre me estaba incordiando con las chicas... Me hubiera vuelto loco contigo. —Sonrió.

En una de sus visitas a casa de los Whittaker, Maribeth había visto la habitación de Annie. Entró por casualidad, buscando el cuarto de baño. Todo seguía allí: la cama, las muñecas, la cuna de las muñecas, la estantería con sus libros, su almohada y su manta rosa. El corazón le dio un vuelco, pero no lo mencionó a nadie. Era como entrar en un santuario, y ello demostraba cuánto la echaban de menos.

Pero ahora, escuchándolo, se reía. Tommy le contó historias de chicas a quienes Annie había ahuyentado porque le parecían demasiado tontas o demasiado feas.

—Seguramente yo tampoco hubiera dado la talla, ¿sabes? —dijo Maribeth deslizándose sobre el hielo junto a Tommy—. Sobre todo ahora. Seguramente le habría parecido una elefanta. Desde luego, tengo la sensación de que lo soy —dijo, aunque evolucionaba con elegancia con los patines que le había prestado Julie.

—Oye, ¿no será malo esto? —preguntó Tommy sospechando que no debería hacerlo.

—No me pasará nada —repuso ella—, siempre que no me caiga. —Y dio unas vueltas para demostrarle que no siempre había sido tan patosa.

Tommy quedó impresionado por la habilidad de Maribeth, que trazaba ochos sobre el hielo sin esfuerzo alguno. De pronto trastabilló y cayó bruscamente sobre el hielo. Tommy y otros patinadores se quedaron paralizados un segundo y luego corrieron hacia ella. Se había dado un golpe en la cabeza y por un momento había quedado sin respiración. Hicieron falta tres personas para levantarla y, cuando por fin la tuvieron en pie, casi se desmayó. Tommy la arrastró fuera del hielo. Todos parecían muy preocupados.

—Más vale que la llesves a un hospital —dijo en voz baja una madre que estaba patinando con sus hijos—. Podría adelantársele el parto. Tommy la ayudó a subir a la camioneta y poco después iba a toda prisa hacia la consulta del doctor MacLean.

—¿Cómo has podido hacer una cosa así? ¿Y cómo he podido dejar que lo hicieras? —recriminó con nerviosismo—. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien?

Cuando llegaron, Tommy tenía los nervios a flor de piel. Maribeth no sentía dolores de parto, pero sí un fuerte dolor de cabeza.

—Estoy bien —dijo avergonzada—. Sé que ha sido una estupidez, pero me sentía harta de estar gorda y torpe...

—No lo estás. Estás embarazada. Así es como tienes que estar. Además, no tienes que matar al niño sólo porque no lo quieras.

Maribeth se echó a llorar y cuando llegaron a la consulta del doctor MacLean los dos estaban bastante alterados. Maribeth seguía llorando mientras Tommy le pedía perdón y le reñía por haber ido a patinar.

—¿Qué ha ocurrido? Por el amor de Dios, ¿qué os ha pasado?

El médico no entendía por qué discutían de aquel modo. Lo único que comprendió fue que Maribeth se había dado un golpe en la cabeza y había intentado matar al niño. Entonces la muchacha arreció en su llanto y finalmente explicó que había hecho una pirueta y se había caído mientras patinaban.

—¿Mientras patinabais? —repitió sorprendido. A ninguna de sus pacientes se le hubiese ocurrido. Pero ellos tenían dieciséis años y se mostraron arrepentidos mientras escuchaban el sermón que el doctor les dedicó. Nada de montar a caballo, nada de patinar, nada de montar en bicicleta, y nada de esquiar. Y nada de jugar a fútbol —añadió con una sonrisa, y a Tommy se le escapó una risita—. Tenéis que portaros bien —dijo, y luego mencionó otro deporte que tampoco debían practicar—: Y nada de mantener relaciones hasta que nazca el niño.

Ninguno de los dos le explicó que nunca las habían mantenido y que Tommy era virgen.

—¿Prometes que no volverás a patinar? —El médico la miró con el ceño fruncido y ella asintió avergonzada.

—Lo prometo.

Cuando Tommy se dirigió al coche para aparcarlo más cerca del consultorio de MacLean, Maribeth le recordó al médico que no pensaba quedarse al niño, que necesitaba encontrar una familia adoptiva.

—¿Estás segura? —Parecía extrañado. Era evidente que el chico Whittaker la quería con locura y se casaría con ella sin dudarlo.

—Sí. Creo que sí —contestó ella tratando de aparentar madurez—. No puedo ocuparme del niño.

—¿No os quiere ayudar su familia? —Sabía que hacía un tiempo Liz Whittaker quería tener otro hijo. Pero quizá no les parecía bien que Tommy se convirtiera en padre tan joven y además fuera del matrimonio. En todo caso, él había cumplido la promesa hecha a los chicos de no hablar con sus padres.

Las ideas de Maribeth sobre el particular eran firmes.

—No quiero pedírselo. No está bien. Este niño tiene derecho a unos padres de verdad, no a que lo críen unos niños. ¿Cómo iba a cuidarlo y a la vez ir al colegio? ¿Cómo iba a darle todo lo que necesitará? Mis padres me han prohibido volver a casa con el niño. —Mientras lo explicaba, las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

Tommy regresó y el médico dio unos golpecitos en la mano de la muchacha compadeciéndose de ella. Era demasiado joven para arrastrar cargas tan pesadas.

—Ya veré lo que puedo hacer —dijo, y le pidió a Tommy que la obligara a

guardar cama durante dos días, sin trabajar, sin diversiones, sin sexo y sin patinar.

—Sí, señor —respondió el muchacho, y la ayudo a regresar al coche sujetándola con firmeza para evitar que resbalara en algún charco helado.

Una vez en el coche, le preguntó de qué había hablado con el médico.

—Ha dicho que me ayudaría a encontrar una familia para el niño —contestó, y se quedó perpleja al comprobar que la llevaba a casa de los Whittaker en lugar de a la suya—. ¿Adonde vamos? —dijo, todavía turbada. No era agradable tener que renunciar a su hijo, sabía que le iba a resultar muy doloroso.

—He llamado a mi madre —explicó Tommy—. El médico ha dicho que sólo te puedes levantar para comer. Así que le pregunté a mi madre si podías pasar el fin de semana con nosotros.

—No, no... No puedes hacer eso... No puedo... ¿Dónde voy a... ? —replicó, pues no quería incomodarlos; pero todo estaba arreglado.

Liz no había vacilado ni un momento, aunque la imprudencia de ir a patinar en ese estado le había provocado pánico.

—No te preocupes, Maribeth. Mi madre ha dicho que puedes dormir en la habitación de Annie —dijo con un leve temblor en la voz. En once meses nadie había ocupado aquella habitación, pero su madre se la había ofrecido.

Cuando llegaron, la cama estaba recién hecha y Liz tenía una humeante taza de chocolate aguardándola.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Liz. Ella había tenido varios embarazos frustrados y no quería que le ocurriera lo mismo a Maribeth, sobre todo en un estado de gestación tan avanzado—. Pero ¿cómo habéis sido tan imprudentes? Habéis tenido suerte de no haber perdido el niño —rió a Tommy. Mientras los reprendía, ambos parecían niños pequeños. Con el camisón rosa que le prestó Liz y en la cama de la habitación de Annie, Maribeth parecía una niña. Llevaba la melena pelirroja recogida en largas trenzas que pendían a los lados de su rostro y las muñecas de Annie la observaban desde todos los rincones de la habitación. Esa tarde durmió varias horas.

Liz telefoneó al doctor MacLean y se tranquilizó al saber que el niño en ciernes no había sufrido ningún daño. El médico los excusó diciendo que Maribeth y Tommy eran muy jóvenes. Luego comentó que le parecía lamentable que tuviese que desprenderse del niño. Y agregó que Maribeth era muy buena chica. Liz corroboró su apreciación y, tras colgar, fue a ver cómo estaba la muchacha.

Maribeth acababa de despertarse y dijo que ya no le dolía tanto la cabeza. Sin embargo, se sentía culpable de ocupar aquella habitación. Más que otra cosa, temía traer malos recuerdos a los Whittaker. Pero a Liz le sorprendió comprobar que se sentía bien en la habitación de Annie, sentada en el borde de su cama otra vez, contemplando los grandes ojos verdes de Maribeth. Apenas parecía mayor que Annie.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó. La chica había dormido casi tres horas, mientras Tommy iba a jugar a hockey dejándola al cuidado de su madre.

—Un poco dolorida, pero mejor. He llevado un buen susto al caerme... Pensé

que había matado al niño. Estuvo un rato sin moverse... Y Tommy me reprendió... Ha sido horrible.

—Es que tenía miedo. —Liz le sonrió dulcemente acomodando la ropa de cama—. Los dos os habéis asustado. Ya sólo faltan siete semanas, quizá seis. —Era una enorme responsabilidad cuidar del ser que llevaba en su interior—. Yo estaba nerviosísima antes de que nacieran mis hijos, con los preparativos. —Liz se entristeció al darse cuenta de que en el caso de Maribeth iba a ser muy distinto—. Perdona —se disculpó con lágrimas en los ojos.

Pero Maribeth sonrió y le cogió la mano.

—No te preocupes. Gracias por acogerme en tu casa. Me encanta esta habitación. Es curioso que, aun sin habernos conocido, siento un profundo afecto por Annie. A veces sueño con ella y con todo lo que me ha contado Tommy. Siempre tengo la sensación de que sigue aquí, en nuestro corazón y en nuestra mente. —La señora Whittaker sonrió y asintió con la cabeza.

—Yo también siento lo mismo. Siempre está cerca de mí. —Se veía más sosegada que en los últimos tiempos, y John también. Quizá por fin se habían recuperado. Quizá lo iban a lograr—. Tommy me contó que, según dices, algunas personas especiales pasan por nuestra vida para traernos satisfacciones. Me gusta esa idea. Ella estuvo poco tiempo con nosotros, cinco años parecen ahora muy poco, pero fue un regalo espléndido. Me alegro de haberla tenido conmigo. Me enseñó muchas cosas sobre la felicidad, el amor y la generosidad.

—Eso es lo que quiero decir —observó Maribeth en voz baja. Ambas tenían las manos entrelazadas sobre la cama—. A ti te enseñó mucho y a mí también me ha enseñado mucho de Tommy sin siquiera haberla conocido. Y mi hijo me enseñará algo también, aunque sólo lo conserve unos días, o unas horas. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Quiero darle el mejor de los regalos, unas personas que lo quieran. —Cerró los ojos y las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Liz se inclinó para darle un beso en la frente.

—Y lo harás. Ahora intenta dormir un poco más, el niño y tú lo necesitáis. —Maribeth asintió con una inclinación de la cabeza, incapaz de decir nada más.

Liz salió en silencio de la habitación. Sabía que a Maribeth la aguardaba una época difícil pero de grandes satisfacciones. Tommy regresó a última hora de la tarde y preguntó por ella. Su madre lo tranquilizó:

—Está bien. Duerme.

El muchacho se asomó a mirarla. Maribeth dormía profundamente en la cama de Annie, cogida a una muñeca. Parecía un ángel.

Con un inusual aspecto de adulto, regresó junto a su madre y la miró.

—La quieres mucho, ¿verdad?

—Un día me casaré con ella —dijo él con convicción.

—No hagas proyectos todavía. Ninguno de los dos sabéis lo que os deparará la vida.

—No la dejaré marchar. La quiero... y también al niño... —dijo con determinación.

—Va a ser muy duro para ella darlo —dijo Liz. Ambos habían asumido una responsabilidad muy grande. Maribeth por accidente, y Tommy por bondad.

—Ya lo sé, mamá. —Y si tenía algo de influencia sobre Maribeth, no se lo permitiría.

Cuando Maribeth salió lentamente de la habitación de Annie a la hora de cenar, Tommy estaba haciendo los deberes en la mesa de la cocina.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó sonriéndole.

Parecía descansada y estaba muy guapa.

—Como si hubiera holgazaneado demasiado. —Miró a Liz como disculpándose.

Liz estaba terminando la cena. Últimamente cocinaba a menudo y hasta a Tommy le encantaba.

—Siéntate, jovencita. No te conviene pasearte por ahí. Ya has oído lo que ha dicho el médico. Tienes que estar en la cama, o al menos sentada. Tommy, hazla sentar, por favor. Y no se os ocurra volver a patinar.

Ambos le dedicaron una mueca de niños traviesos y Liz les ofreció a cada uno una galleta de chocolate recién hecha. Le gustaba volver a tener jóvenes en casa. Se alegraba de que Tommy hubiera llevado a su amiga. Era divertido tener a una chica allí y, si bien le recordaba que no iba a ver crecer a Annie, le gustaba estar con ella. Otro tanto le ocurría a John, que se alegró de encontrarlos a todos en la cocina cuando llegó a casa después de terminar un trabajo inesperado en la tienda.

—¿Qué es esto? ¿Una reunión? —preguntó, contento de encontrar un ambiente festivo en la cocina que había estado tanto tiempo en silencio.

—Una regañina. Hoy Tommy ha intentado matar a Maribeth. La ha llevado a patinar.

—¡Por el amor de Dios! ¿Y por qué no a jugar a fútbol?

—Mañana probaremos el fútbol. Después del hockey.

—Muy buena idea. —John hizo una mueca, satisfecho de comprobar que todo había quedado en un susto.

Esa noche, después de cenar, jugaron a las adivinanzas y luego al Scrabble. Liz la puso al corriente de la decisión del colegio sobre sus trabajos. Estaban dispuestos a aceptárselos si ella accedía a que Liz le hiciera cuatro exámenes antes de que terminara el trimestre, y no sólo estaban dispuestos a convalidarle todo el penúltimo curso sino también aproximadamente la mitad del último. Los trabajos que había presentado eran de primera categoría y si los exámenes le salían bien sólo le quedaría un semestre para terminar el bachillerato.

—Lo has conseguido —la felicitó, orgullosa de ella como si fuera una de sus alumnas.

—No, no he sido yo —dijo Maribeth resplandeciente—, has sido tú. —Entonces soltó una exclamación de alegría y le recordó a Tommy que desde aquel momento estaba en último curso.

—Que no se te suba a la cabeza. Mi madre podría catearte si quisiera. Y a lo mejor te catea; es muy dura con los de último curso. —Todos estaban de buen

humor, incluso el niño que esperaba Maribeth. Había recuperado la energía y cada cinco minutos soltaba perceptibles patadas.

Luego, en la habitación de Annie, Tommy le dijo:

—Se ha enfadado conmigo. —Estaba sentado en el borde de la cama, junto a ella, sintiendo cómo pataleaba el niño—. Y creo que tiene razón. He dicho una tontería... Perdona.

—No tengo nada que perdonarte. Me ha encantado —repuso Maribeth sonriendo, todavía emocionada por las noticias que le había dado Liz.

—Significa mucho para ti, ¿verdad? El colegio, quiero decir —dijo mirándola a la cara.

—Yo quiero volver y terminar lo antes posible. Seis meses me parecerán una eternidad.

—¿Vendrás a vernos? —preguntó él con pesar. No le gustaba pensar que Maribeth se marcharía.

—Claro —dijo con escasa convicción—. Lo intentaré. Tú también puedes venir a verme. —Pero ambos sospechaban que su padre no le prodigaría la cariñosa bienvenida que ella estaba recibiendo de los padres de él. Lo mismo que Tommy, también ellos la apreciaban afectuosamente. Entendían perfectamente por qué Tommy estaba enamorado de ella—. A lo mejor podría venir el verano próximo, antes de ir a Chicago.

—¿Por qué Chicago? —se quejó él—. ¿Por qué no te inscribes en la universidad de aquí?

—Rellenaré la solicitud, a ver si me aceptan —consintió Maribeth.

—Con las notas que tienes, te lo pedirán de rodillas.

—No lo creo —repuso sonriendo.

Tommy la besó y los dos se olvidaron de las notas, del colegio, de la universidad e incluso también del niño, aunque pataleaba con fuerza mientras Tommy la abrazaba.

—Te quiero, Maribeth. Os quiero a los dos. No lo olvides.

Ella asintió con la cabeza. Permanecieron abrazados largo tiempo, sentados uno junto a otro en la cama e Annie, hablando de las cosas que eran importantes para ellos. Sus padres ya se habían acostado y sabían que ambos estaban juntos, pero confiaban en ellos. Al cabo de un rato, cuando Maribeth empezó a bostezar, Tommy le dio las buenas noches y regresó a su habitación preguntándose qué les depararía el futuro.



Capítulo VIII

Una tarde en que estaban preparando un trabajo de historia, Liz invitó a Maribeth a pasar el día de Acción de Gracias con ellos. Era un trabajo importante que Liz le había encargado para aprobar la evaluación de último curso. Maribeth estudiaba varias horas cada noche, después del trabajo, y a veces se quedaba en vela hasta las dos o las tres de la madrugada. Ahora tenía la sensación de que todo era urgente. Quería aprobar todo lo que pudiera antes de regresar al colegio, y los trabajos que le encargaba Liz eran su pasaporte hacia la libertad. Tenía intención de terminar el bachillerato en junio y luego pagarse los estudios universitarios trabajando. Naturalmente, a su padre no le gustaría; por eso quería marcharse a Chicago. Liz estudió la posibilidad de que Maribeth regresara a Grinnell para asistir a la universidad local. En todo caso, estaba dispuesta a proporcionarle una carta de recomendación. Por los trabajos que había visto, sabía que sería bien acogida en cualquier centro. Lo que le parecía inaudito era que su propia familia no estuviera dispuesta a ayudarla en los estudios.

—Mi padre cree que estudiar no es importante para las chicas —dijo Maribeth mientras guardaba los libros y se disponía a ayudar a Liz a preparar la cena. Era su día libre e incluso había ayudado a Liz a corregir unos trabajos sencillos de segundo—. Mi madre no fue a la universidad, y lo siento por ella. Le encantaba leer y aprender cosas. A mi padre no le gusta ni que lea el periódico. Dice que a las mujeres no les hace falta saber cosas que no hacen más que confundirlas. Siempre dice que sólo tienen que ocuparse de la casa y los hijos. Y lo ilustra diciendo que no hace falta ir a la universidad para cambiar un pañal.

—Desde luego es claro y directo —dijo Liz, tratando de no demostrar lo furiosa que la ponía aquello.

En su opinión, nada impedía que las mujeres pudieran hacer las dos cosas, ser inteligentes y cultas y cuidar de sus maridos e hijos. Se alegraba de haber vuelto a trabajar aquel año. Había olvidado lo gratificante que era y cuánto le gustaba. Llevaba tanto tiempo en casa que los placeres de la enseñanza se habían vuelto difusos. Pero ahora que ya no estaba Annie, el trabajo llenaba un vacío imposible de ocupar de otra manera. Le gustaba ver aquellos rostros despiertos y ansiosos. A veces le mitigaba el dolor, si bien la profunda aflicción de la pérdida jamás la abandonaba del todo.

John y ella seguían sin hablar del tema. En realidad hablaban poco, no había nada que decir, pero al menos las palabras que intercambiaban parecían menos afiladas, y en ciertas ocasiones él le había tocado la mano o le había pedido algo con una voz dulce que le recordaba los tiempos anteriores a la muerte de Annie, a la época del distanciamiento. Parecía que últimamente llegaba a casa mucho antes y Liz

se esforzaba por habituarse a preparar la cena. Al parecer, la presencia de Maribeth los había ablandado y unido un poco. Era tan vulnerable y tan joven... y Tommy y ella estaban tan enamorados... A veces Liz sonreía sólo de mirarlos.

Mientras preparaban la cena reiteró la invitación para el día de Acción de Gracias.

—No quisiera molestar —dijo Maribeth. Pensaba ofrecerse para trabajar en el restaurante sirviendo a los pocos solitarios que tomasen el pavo allí. La mayoría de sus compañeras tenían familia e hijos y querían pasar el día con ellos. Maribeth no tenía una familia, de manera que decidió trabajar y así ponérselo fácil a sus compañeras. Se lo contó a Liz mientras ponía la mesa.

—De todas maneras, estás demasiado avanzada para trabajar tanto —la riñó Liz mientras ponía una olla de sopa al fuego—. No deberías estar todo el día de pie. —Sólo faltaba un mes para que diera a luz y ya estaba gordísima.

—No me importa —dijo, tratando de no pensar en el niño. Pero era difícil; notaba cómo movía los brazos y las piernas, y a veces Maribeth sonreía.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir trabajando en el restaurante? —preguntó Liz cuando se sentaron unos momentos.

—Hasta el final, supongo —contestó y se encogió de hombros; necesitaba el dinero.

—Tienes que dejarlo antes —repuso Liz—. Al menos tómate un par de semanas para descansar. Incluso a tu edad es un trastorno muy fuerte para el cuerpo. Además, me gustaría que dedicaras un poco de tiempo a los exámenes. —Liz los había fijado para mediados de diciembre.

—Lo intentaré —prometió Maribeth.

Ambas continuaron charlando de otras cosas mientras preparaban la cena. Liz estaba bajando los fuegos para mantener la comida caliente cuando llegaron Tommy y su padre, justo a tiempo y muy animados. Tommy había ayudado a John después del colegio y éste había llamado a casa por primera vez en meses para preguntar a qué hora estaría lista la cena.

—¡Hola, chicas! ¿Qué tal? —preguntó John con ánimo jovial.

Besó a su esposa tímidamente y luego la miró de reojo para ver su reacción. Últimamente la distancia que los separaba iba disminuyendo, pero ambos se sentían un poco asustados. Llevaban distanciados tanto tiempo que la intimidad les resultaba inusual, casi terreno desconocido. John también dedicó a Maribeth una sonrisa cariñosa y vio que Tommy la tenía cogida de la mano mientras hablaban sentados a la mesa de la cocina.

Todos habían disfrutado de un buen día y Liz le había pedido a Tommy que intentara convencer a Maribeth de que pasara con ellos el día de Acción de Gracias.

Tommy lo consiguió cuando acompañó a Maribeth a casa, después de haber hecho juntos los deberes en la sala de estar. Hablaron en la camioneta. Por aquellos días ella se sentía nostálgica, sensible a muchas cosas y a veces asustada. De pronto sentía la necesidad de aferrarse a Tommy, de apoyarse en él. Deseaba estar con Tommy mucho más que antes y siempre se sentía aliviada y contenta cuando lo veía

llegar al restaurante, a su habitación o a casa de sus padres.

—¿Ocurre algo? —preguntó Tommy al ver lágrimas en sus ojos, tras haber conseguido que aceptara pasar el día de Acción de Gracias con ellos.

—Nada, estoy bien. —Se enjugó las lágrimas con gesto avergonzado—. Supongo que me comporto como una tonta. No sé... ahora todo me hace llorar. Sois tan buenos conmigo, y ni siquiera me conocéis. Tu madre me ha ayudado en los estudios, en todo... Habéis hecho muchas cosas por mí y no sé cómo agradeceréroslo.

—Cásate conmigo —dijo Tommy.

Maribeth se echó a reír.

—Oh, Tommy, así lo acabaríamos de estropear.

—Conocerme es lo mejor que le ha ocurrido a mi familia en mucho tiempo. Mis padres llevaban todo el año sin hablarse aparte de para gritarse o recriminarse alguna tontería como no haber puesto gasolina al coche o haberse olvidado de sacar a la perra. Te quieren, Maribeth. Todos te queremos.

—Ese no es motivo para arruinar tu vida sólo porque yo lo haya hecho. Tus padres son muy buenas personas.

—Y yo también —dijo él, abrazándola e impidiéndole que bajara del vehículo—. Y aún te gustaré más cuando estemos casados.

—Estás loco —dijo ella, riendo.

—Sí —repuso sonriendo—, loco por ti. No te librarás de mí tan fácilmente.

—No es eso lo que quiero.

Los ojos se le humedecieron de nuevo y se rió de sí misma. Parecía atrapada en un torbellino de emociones, pero el doctor MacLean le había dicho que era normal. Se encontraba en el último mes de embarazo y estaban a punto de ocurrir muchos cambios importantes. Sobre todo a su edad y en su situación, era de esperar que tuviera altibajos emocionales.

Ambos bajaron y Tommy la acompañó hasta la puerta, donde se entretuvieron un rato. Hacía una noche clara y fría y cuando le dio un beso de despedida Tommy anheló estar eternamente a su lado. Se negaba a aceptar la idea de que tal vez nunca se casaría con él, ni se acostaría con él, ni tendría un hijo suyo. Quería compartirlo todo con ella y estaba dispuesto a impedir que se marchara. La besó de nuevo y luego bajó apresuradamente los escalones, con el cabello revuelto pero aspecto muy apuesto.

—¿Por qué estás tan contento? —le preguntó su madre cuando lo vio entrar. — Maribeth pasará con nosotros el día de Acción de Gracias.

Su madre lo miró y pensó que su hijo vivía de sueños y esperanzas, de la emoción del primer amor. A veces estaba tan embelesado que casi parecía ido.

—¿Ha dicho algo más? —preguntó. Liz sabía lo enamorado que estaba su hijo, pero también sabía que Maribeth tenía problemas más graves. Renunciar a un hijo le dejaría una huella indeleble—. ¿Cómo lo lleva? La fecha está cada vez más cerca.

Maribeth estaba perfectamente sana, pero en su caso ése no era el problema. Tenía que hacer frente al parto sin marido y sin familia, con la perspectiva de renunciar a su hijo, si es que lo hacía, y de regresar a una difícil situación familiar.

Estaba empeñada en marcharse de allí en junio, si aguantaba hasta entonces, cosa que Liz a veces dudaba. Llevaba cinco meses fuera de su casa y había salido adelante por su cuenta. Ahora no resultaría fácil volver y soportar el castigo que su padre le impondría por sus supuestas malas acciones.

—¿Está decidida a desprenderse del niño? —preguntó Liz, mientras terminaba de secar los platos.

A Tommy le gustaba hablar con su madre, pues ella sabía muchas cosas de las chicas y de la vida. Durante el último año apenas lo habían hecho, pero al parecer volvía a ser la de antes.

—Creo que sí. A mí me parece una locura, pero insiste en que no podría criarlo adecuadamente. Creo que en el fondo no quiere hacerlo, pero considero que es lo correcto por el bien del niño.

—Un gran sacrificio —dijo Liz con tristeza, pensando que no hay nada peor en el mundo para una mujer. En ese momento deseó poder tener otro hijo.

—Yo insisto en que no lo haga, pero no me hace caso. —Quizá sea lo mejor para ella. A lo mejor conoce muy bien sus propias capacidades. Es muy joven y no tiene quien la ayude. Además, su familia no está dispuesta a hacer nada por ella. El niño sería un peso terrible y con el tiempo quizá se lo recriminaría. Si conserva a su hijo, podría estropear la vida de los dos. —Le costaba imaginárselo, pero admitía que la situación de Maribeth distaba mucho de ser sencilla.

—Eso dice ella. Me parece que por eso casi no habla del bebé ni le compra cosas. No quiere cogerle cariño.

Tommy quería casarse con ella y conservar el niño. Para él, aquello era lo correcto. Estaba dispuesto a hacer frente a las responsabilidades subsiguientes, a las de ella y a las del nuevo ser. Sus padres le habían inculcado buenos principios y era una persona extraordinariamente noble.

—Tienes que respetar sus deseos, Tom —le advirtió Liz—. Sabe lo que le conviene, aunque tú tengas otro punto de vista. No intentes empujarla a hacer otra cosa. —Lo miró fijamente—. Ni a ti mismo a nada que luego no puedas cumplir. Los dos sois muy jóvenes y casarse y tener hijos no es algo que se pueda hacer a la ligera ni porque se quiera ayudar a otra persona. Es bonito, pero implica una gran responsabilidad. Si las cosas salen mal, y a veces ocurre, los dos tendríais que ser muy fuertes para ayudaros mutuamente. Y eso no se puede hacer a los dieciséis años. —Ni a los cuarenta o cincuenta... John y ella habían hecho muy poco para ayudarse el uno al otro durante el último año. Ahora se daba cuenta de lo solos que habían estado, de que habían sido incapaces de apoyarse mutuamente. Se habían comportado como dos extraños.

—La quiero, mamá —repuso Tommy, y sintió que se le encogía el corazón—. No quiero que pase por todo esto sola. Tommy lo decía de corazón y su madre lo sabía. Él quería ayudar a Maribeth pero, por muy buenas que fueran sus intenciones o por muy simpática que fuera ella, ella no quería que se casaran, al menos no en aquel momento y por aquel motivo.

—No está sola. Tú estás a su lado.

—Ya lo sé. Pero no es lo mismo —replicó el muchacho con tristeza.

—Necesita decidir por sí misma. Es su vida. Deja que encuentre el camino por sí sola. De ese modo, quizá un día estaréis juntos.

El asintió con la cabeza, deseando poder convencerlos de que Maribeth debía casarse con él y conservar al niño, pero ni ella ni sus padres estaban de acuerdo. Todos se mostraban increíblemente obstinados.

El día de Acción de Gracias, sentados alrededor de la mesa, parecían una familia feliz. Liz había puesto su mejor mantel de encaje, un regalo de boda que había pertenecido a la abuela de John, y la vajilla que sólo usaban en señaladas ocasiones. Maribeth se puso un vestido de seda verde oscuro que había comprado para las fiestas y su espesa cabellera pelirroja descendía en generosas ondas por debajo de sus hombros. Sus grandes ojos verdes le daban apariencia de niña pequeña y, pese a su abultada silueta, estaba guapísima. Liz llevaba un vestido azul y un toque de carmín que nadie había visto en mucho tiempo. Los hombres vestían traje y en la casa se respiraba un ambiente festivo y cordial.

Maribeth le llevó flores a Liz, unos grandes crisantemos amarillos, y una caja de bombones sobre la que Tommy se abalanzó. Después de comer, cuando se sentaron ante la chimenea, parecían una auténtica familia. Era su primera festividad importante sin Annie. Liz había sentido cierto temor y se había acordado mucho de ella, pero, con Tommy y Maribeth cerca, no resultaba tan doloroso. Esa tarde, Liz y John fueron a dar un largo paseo y Tommy llevó a Maribeth a dar una vuelta en coche. Aunque se había ofrecido para trabajar en el restaurante, le habían dejado libre todo el fin de semana y lo iba a pasar en casa de los padres de Tommy.

—¡Ni se os ocurra patinar! —les gritó Liz cuando arrancaban.

John ya había echado a andar con la perra. Iban a ver a unos amigos y los cuatro habían quedado en encontrarse en casa al cabo de dos horas para luego ir al cine.

—¿Qué te apetece hacer? —preguntó Tom cuando enfilaba el camino del lago.

Maribeth sugirió algo extraño que le sorprendió, pero en cierto modo también lo alivió. Tommy también tenía ganas de hacerlo pero había pensado que a ella le parecería un disparate.

—¿Te importaría que pasáramos por el cementerio? Pensé... Hoy tuve la sensación de que estaba ocupando el lugar de Annie, aunque no es así. Anhelé que Annie estuviera con nosotros para que tus padres recuperaran la felicidad. No sé... sólo quiero pasar un momento a saludarla.

—Sí, yo también —dijo Tommy. Era exactamente lo mismo que pensaba él. En todo caso, sus padres se llevaban mucho mejor que antes.

De camino se detuvieron a comprar flores, unas rosas pequeñas, amarillas y rosa, decoradas con florecillas blancas y atadas con largas citas rosadas, que luego depositaron delicadamente sobre su tumba, junto a la pequeña lápida de mármol blanco.

—¡Hola, mocosa! —dijo Tommy, pensando en aquellos ojazos azules siempre centelleantes—. Mamá ha preparado un pavo bastante bueno. Pero no te hubiera gustado nada el relleno, había pasas. Permanecieron un rato allí sentados, cogidos de

la mano, pensando en Annie. Resultaba difícil creer que hacía casi un año que se había marchado. En ciertos aspectos parecía que no hacía más que unos momentos; en otros, una eternidad.

—Adiós, Annie —susurró Maribeth antes de marcharse; pero ambos sabían que su espíritu los acompañaba. Estaba en todas partes: en los recuerdos que guardaba Tommy, en la habitación donde dormía Maribeth, en la mirada de los ojos de Liz cuando se acordaba de ella.

—Era una niña fantástica —dijo Tom con un leve temblor en la voz cuando se alejaron—. Aún me cuesta creer que no esté con nosotros.

—Lo está —lo corrigió Maribeth suavemente—. No puedes verla, pero está siempre contigo.

—Lo sé. —Tommy se encogió de hombros, aparentando la edad que tenía—. Pero sigo echándola de menos.

Maribeth asintió con una inclinación de la cabeza y se acercó a él. La festividad le recordaba a su familia y pensar en Annie le recordaba a Noëlle. Todavía no había podido hablar con ella y unos meses atrás su madre le había dicho por teléfono que su padre no le dejaba leer las cartas de su hermana. Al menos la vería pronto... Pero ¿y si le ocurría algo, como a Annie? Sólo de pensarlo se estremecía.

Maribeth guardaba silencio cuando llegaron a casa y Tommy supuso que se encontraba disgustada por algún motivo. Pensó que tal vez no debería haberla llevado al cementerio; tal vez en su estado no era conveniente.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres acostarte un poco?

—Estoy perfectamente —dijo ella esforzándose por no llorar. Los Whittaker todavía no habían vuelto a casa. Entonces hizo una pregunta que sorprendió a Tommy—: ¿Crees que les importaría a tus padres si llamo a mi casa? Pensaba que... en esta fecha... podría desearles feliz día de Acción de Gracias.

—Claro... Adelante, llama. —Estaba seguro de que a sus padres no les importaría. Y si les importaba, él pagaría la llamada de su bolsillo. Cuando la oyó darle el número a la operadora, salió y esperó fuera.

Su madre fue la primera en ponerse al teléfono. Parecía que le faltaba el aliento y que estaba ocupada; había mucho ruido de fondo. Maribeth sabía que sus tíos y primos pequeños siempre iban a su casa ese día. Había muchos gritos y su madre no la oía bien.

—¿Quién? ¡Callaos que no oigo nada! ¿Quién es?

—Soy yo, mamá —exclamó Maribeth—. Maribeth. Quería desearos feliz día de Acción de Gracias.

—¡Dios mío! —dijo su madre echándose a llorar—. ¡Tu padre me matará!

—Sólo quería hablar con vosotros. —Sentía deseos de estar junto a su madre y abrazarla. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo mucho que la añoraba—. Te echo de menos, mamá. —Con los ojos llenos de lágrimas, Margaret casi gemía.

—¿Cómo estás? —preguntó su madre con voz casi inaudible en la esperanza de que nadie la oyera—. ¿Has dado a luz?

—Aún me falta un mes. —En ese momento oyó un estrépito al otro extremo del

hilo telefónico, una discusión.

A su madre le arrancaron el auricular de la mano y una voz grave ocupó la línea.

—¿Quién llama? —rugió. Por las lágrimas de su esposa, Bert Robertson había deducido de quién se trataba.

—Hola, papá. Sólo quería desearos feliz día de Acción de Gracias. —Le temblaban las manos pero intentaba que su voz sonara normal.

—Dime, ¿está arreglado? Ya sabes a qué me refiero.

Aquel tono cruel provocó el llanto de Maribeth.

—No, todavía no. Sólo... sólo quería...

—Te dije que no llamas hasta que hubiera terminado todo. Regresa a casa cuando lo tengas solucionado y te hayas librado de él. Y no nos llames hasta entonces. ¿Me oyes?

—Te oigo. Papá, por favor...

Oía llorar a su madre y le pareció oír también a Noëlle gritarle a su padre que no podía tratarla así. Mientras Maribeth lloraba, su padre colgó y la operadora preguntó si había terminado de hablar. Maribeth se limitó a colgar y permaneció allí sentada, como una niña perdida sollozando.

Al regresar a la habitación, y ver a Maribeth en aquel estado, Tommy fue presa del pánico.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—No... no me ha dejado hablar con mi madre... —balbuceó Maribeth entre sollozos—. Y me ha dicho que no vuelva a llamar hasta que me haya librado del niño. Ha... Yo... —No podía contarle lo que sentía, pero era fácil de entender.

Todavía estaba alterada cuando, media hora más tarde, llegaron los padres de Tommy. Éste la había obligado a tumbarse porque lloraba tan desconsoladamente que temía que se pusiera de parto.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó su madre.

—Telefoneó a sus padres, pero su padre le colgó. Creo que estaba hablando con su madre y él le quitó el auricular y le ordenó que no volviera a llamar hasta que se librase del niño. Son unos energúmenos, mamá. ¿Cómo va a volver Maribeth allí?

—No lo sé —dijo Liz—. Desde luego, no es lo que yo entiendo por un padre, pero ella parece tenerle mucho cariño a su madre... Sólo será hasta junio. —Liz veía con claridad que iba a ser muy duro para Maribeth regresar a casa de sus padres.

Entró en silencio en la habitación de Annie y se sentó en la cama junto a Maribeth, que seguía llorando.

—No permitas que te dé esos disgustos —dijo, cogiéndole la mano y acariciándole los dedos, igual que había acariciado los de Annie—. No es bueno para ti, ni para el niño.

—¿Por qué es tan malvado? ¿Por qué no me deja hablar con mi madre y con Noëlle? —No le importaba no hablar con su hermano Ryan, que era igual que su padre.

—Considera que de esa manera los protege de tus errores. No lo entiende.

Seguramente se avergüenza de tu estado.

—Yo también, pero eso no cambia lo que siento por ellas.

—Estoy convencida de que no lo comprende. Tú tienes suerte, posees una mente despierta y buen corazón. Tú tienes futuro, Maribeth, él no.

—¿Qué futuro tengo? Todo el pueblo sabrá lo que ha pasado. Aunque me haya marchado, la gente hablará y se enterará. Y me odiarán. Los muchachos pensarán que soy una chica fácil; las muchachas, que soy despreciable. Mi padre no me dejará ir a la universidad cuando termine el colegio. Intentará obligarme a trabajar con él en el taller o a permanecer en casa ayudando a mi madre, y me quedaré allí enterrada como ella.

—No tiene por qué ser así —repuso Liz—. No tienes que hacer las cosas como las hizo ella. Tú sabes quién eres, sabes que no eres una chica fácil ni despreciable. Terminarás el bachillerato y luego decidirás lo que quieres hacer. Y lo harás.

—No me dejará hablar con ellas nunca más. No podré volver a hablar con mi madre nunca más. —Empezó a sollozar de nuevo, como una niña pequeña. Liz la abrazó. No podía hacer más que acompañarla en su dolor. Le indignaba pensar que aquella chica tan maravillosa tenía que volver con unas personas tan miserables. Ahora entendía por qué Tommy quería casarse con ella; era lo único que se le ocurría para ayudarla. Liz también quería que se quedara allí, a salvo lejos de ellos, pero era su familia y sabía que, a su manera, los echaba de menos. Maribeth siempre hablaba de volver a casa una vez naciera el niño. Tal vez estaba confundida, pero quería ver a su familia.

—Cuando estés en casa se calmará —dijo Liz intentando animarla, pero Maribeth se limitó a menear la cabeza y a sonarse con el pañuelo de Liz.

—De eso nada. Será peor. Me lo recriminará constantemente, como se lo recrimina a mis tías. Siempre hace comentarios sobre el hecho de que se casaran por obligación, y a ellas les duele. Al menos a una de ellas, que solía echarse a llorar. La otra le plantó cara y le dijo que su marido le daría una paliza si volvía a nombrarlo; ahora ya no se mete con ella.

—A lo mejor puedes aprender algo de eso —dijo Liz—. Quizá has de dejarle claro que no estás dispuesta a aguantarlo. —Pero Maribeth sólo tenía dieciséis años. ¿Cómo iba a plantarle cara a su padre? Era una suerte para ella haber encontrado a los Whittaker. Sin ellos, hubiera pasado todo el embarazo completamente sola.

Al cabo de un rato Liz la ayudó a levantarse y le preparó una taza de té mientras Tommy y su padre charlaban afablemente delante de la chimenea. Luego fueron al cine y Maribeth se encontraba mucho más animada cuando regresaron. Nadie volvió a nombrar a sus padres y todos se acostaron al poco de haber regresado a casa.

—La compadezco —le dijo Liz a John, ya en la cama. La comunicación entre ellos se había restablecido y hablaban más abiertamente de las cosas. Ya no reinaba en su dormitorio aquel silencio ensordecedor.

—Tommy también la compadece —dijo él—. Qué mala suerte que se quedara embarazada. —Aquello era evidente, pero Liz estaba disgustada por lo de sus

padres.

—No me hace ninguna gracia que vuelva con ellos. Sin embargo, resulta curioso que ella lo quiera así.

—A fin de cuentas, es su familia. Y ella es muy joven. Pero será poco tiempo; quiere ir a la universidad, contra la voluntad de su padre.

—Parece un horrible tirano, y nadie le planta cara. A lo mejor si alguien le hablara... —observó Liz—. Maribeth necesita una alternativa para que, si las cosas no van bien, tenga otro sitio adonde ir.

—No quiero que se case con Tommy —dijo John—. Al menos de momento. Son muy jóvenes, y ella ha cometido un grave error y tiene que superarlo. Es demasiado para Tommy, aunque esté dispuesto a hacer frente a todo.

—Ya lo sé —replicó Liz. A veces John la irritaba. Ninguno de los dos quería que Tommy se casara en aquel momento, pero ella no estaba dispuesta a abandonar a Maribeth. Se había cruzado en su camino por algún motivo y era una chica fantástica. Liz no pensaba darle la espalda ni negarle su ayuda.

—Creo que no deberías entrometerte. Tendrá el niño y volverá a casa. Si tiene problemas puede llamarnos. Seguro que Tommy mantendrá el contacto. Está loco por ella. No la olvidará en cuanto se marche de aquí. —Aunque la distancia representaría cierta dificultad para su relación.

—Quiero hablar con ellos —dijo Liz. John negó con la cabeza—. Quiero decir con sus padres.

—No te metas en los asuntos de otra familia.

—No son los asuntos de otra familia, son los asuntos de Maribeth. Esa gente la ha abandonado en un momento en que los necesitaba de verdad. La han dejado a la buena de Dios. A mi modo de ver, han perdido el derecho a que se respeten sus reglas, puesto que no han sido capaces de apoyarla.

—Seguramente ellos lo ven de otra manera —repuso él sonriendo. A veces le encantaba cómo su esposa se implicaba en las situaciones que le parecían injustas, y otras veces eso mismo lo irritaba. Hacía tiempo que nada le importaba y, en cierto modo, se alegraba de que Maribeth hubiera hecho renacer aquel sentimiento. Había hecho renacer muchas cosas en todos ellos. En ciertos aspectos, experimentaba un sentimiento paternal hacia ella—. Ya me dirás lo que has decidido —dijo volviendo a sonreír mientras apagaba la luz.

—¿Me acompañarás si voy a verlos? —preguntó Liz—. Quiero conocerlos antes de que Maribeth vuelva con ellos —agregó con un inusual sentimiento maternal hacia Maribeth. Quizá un día se convertiría en su nuera, pero en cualquier caso no la abandonaría en manos de unos padres crueles.

—¿Por qué no? —respondió John sonriendo en la oscuridad—. Creo que disfrutaré viendo cómo les dices lo que piensas. —Rieron los dos—. Ya me dirás cuándo quieres ir.

—Mañana los llamaré —dijo ella, y luego se volvió de lado y miró a su marido—. Gracias, John. —Volvían a ser amigos, sólo amigos, pero al menos era algo.



Capítulo IX

Lamentándolo mucho, el lunes siguiente al día de Acción de Gracias Maribeth dijo en el restaurante que se marchaba. Liz y ella habían vuelto a hablar del tema y reconoció que necesitaba tiempo para preparar debidamente los exámenes. Esperaba el niño para después de Navidad. Pensaba dejar el trabajo el día 15 y los Whittaker querían que se trasladara a su casa hasta que diera a luz.

Liz dijo que no debía estar sola, y le aseguraron que deseaban sinceramente tenerla en casa.

Maribeth estaba abrumada por tanta amabilidad, pero le gustaba la idea de alojarse con ellos. Ya estaba empezando a ponerse nerviosa pensando en el parto, y vivir en aquella casa significaba que podía estudiar más con Liz, además de estar más cerca de Tommy. Parecía la solución ideal y Liz había convencido a John de que era un detalle especial que podían ofrecer a Tommy.

—Y luego tendrá que estar alguien con ella —explicó Liz—. Será muy duro quedarse sin su hijo.

Sabía cuánto le hubiera dolido a ella, puesto que también había perdido una hija. El sufrimiento sería inmenso y Liz quería ayudarla. Sin darse cuenta, le había cogido cariño a la muchacha y mientras trabajaban juntas el vínculo entre ellas se había fortalecido. Maribeth tenía una inteligencia inusual y era incansable en sus esfuerzos por mejorar, pues lo deseaba con toda su alma. Era la única esperanza que tenía para el futuro.

En el restaurante se lamentaron de que se fuera, pero lo comprendían. Maribeth dijo que volvía con su familia para dar a luz, aún nadie sabía que en realidad no estaba casada y que no pensaba conservar el bebé. El último día, Julie organizó una fiesta y todo el mundo llevó regalos para el bebé: botitas, un jersey hecho por una de las chicas, una manta rosa y azul con patitos, un osito de peluche, juguetes y una caja de pañales, y Jimmy le regaló una trona.

Al mirar todos los regalos, la emoción la embargó. Tanta generosidad le conmovía profundamente, pero pensar en que no llegaría a ver a su hijo usar nada de aquello le hizo comprender por primera vez cuánto significaba renunciar a él. De repente el bebé adquirió una realidad que hasta entonces no había tenido. Era dueño de ropa, calcetines, gorros, pañales, un osito y una trona. Lo que no tenía era papá y mamá. Cuando aquella tarde regresó a su habitación, Maribeth llamó al doctor MacLean y le preguntó si había noticias en cuanto a padres adoptivos.

—He pensado en tres parejas —dijo él—, pero no estoy seguro de que ninguna sea la adecuada. El marido de una de ellas tiene problemas con el alcohol. Los segundos acaban de descubrir que están esperando uno propio. Y la tercera familia no está claro que quieran adoptar un niño. Todavía no he hablado con ellos. Aún

disponemos de algo de tiempo.

—Dos semanas, doctor MacLean, dos semanas... —No quería llevarse el niño a casa y luego tener que desprenderse de él; eso sería una tortura. Y sabía que no podía volver a casa de los Whittaker con un niño, eso sería abusar.

—Encontraremos a alguien, Maribeth, te lo prometo. En el peor de los casos, puedes dejar al niño en el hospital un par de semanas. Tenemos que encontrar a la pareja adecuada. No queremos equivocarnos, ¿verdad?

Maribeth asintió, pero la trona que tenía en un rincón de la habitación le resultaba siniestra. Sus compañeros le habían pedido que llamara para comunicar si era niño o niña. Saber que había mentido a todos hacía todavía más difícil despedirse, sobre todo de Julie, que le había dicho que debería casarse con Tommy. Todos pensaban que lo haría después de tener el niño.

El doctor MacLean pensó lo mismo cuando colgó. No quería ayudarla a buscar padres adoptivos para luego comprobar que Tommy y ella se habían arrepentido. Tal vez fuese mejor hablarlo con Liz para ver qué pensaba ella, si creía que de verdad querían renunciar al niño, pero no quería defraudar a los jóvenes; les había dado su palabra de que no hablaría con los Whittaker. Era una situación delicada. El ansia de Maribeth se percibía claramente.

Era evidente que quería encontrar una solución, y él le había prometido que emprendería en serio la búsqueda de unos padres adoptivos.

Al día siguiente de dejar el restaurante, Tommy ayudó a Maribeth a trasladar sus cosas a la habitación de Annie. Metió los regalos para el niño en cajas que guardaron en el garaje. Dijo que las enviaría a los padres adoptivos. Todavía sentía un nudo en la garganta cuando miraba aquellos regalos; todo parecía mucho más real.

El sábado por la mañana, Liz anunció que John y ella iban a estar fuera hasta el día siguiente. John tenía que examinar unas mercancías al otro lado de la frontera del estado y volverían el domingo. Dejarlos solos la inquietaba un poco, pero John y ella llegaron a la conclusión de que podían confiar en ellos.

Tommy y Maribeth agradecieron poder estar a solas. Tenían intención de comportarse debidamente y no decepcionar a sus padres.

Además, en el avanzado estado en que se encontraba Maribeth las tentaciones no eran demasiadas.

El sábado por la tarde fueron a comprar los regalos de Navidad.

Maribeth le compró a Liz un broche con un camafeo; era una pieza cara para ella, pero le pareció muy bonito y apropiado. A John le compró una pipa especial antilluvia. Mientras recorrían las tiendas, Maribeth echó un vistazo a los artículos infantiles, pero se obligó a dejarlos en su sitio.

—¿Por qué no le compras un osito de peluche o algo así?

Tommy pensó que eso quizá la haría sentir mejor. El bebé podría llevarse algo de su madre a su nueva vida con sus nuevos padres, pero a Maribeth se le llenaron los ojos de lágrimas y negó con la cabeza. No quería dejar ninguna huella en el niño, para evitar la tentación de buscarlo escrutadoramente entre todos los niños que

llevasen un osito de peluche.

—Tengo que distanciarme completamente. No puedo aferrarme a él. —Dejó escapar un sollozo.

—Hay cosas de las que uno no se puede distanciar —dijo él mirándola significativamente. Ella asintió con la cabeza. No quería distanciarse de Tommy ni del niño, pero a veces la vida te obligaba a renunciar a lo que más querías. A veces no había soluciones intermedias. El también lo sabía, pero ya había perdido más de lo que le parecía aceptable y no estaba dispuesto a perder también a Maribeth y a su hijo.

Regresaron a casa con los paquetes y Maribeth preparó la cena. Sus padres no volverían hasta la tarde siguiente. Era como estar casados: le sirvió, fregó los platos y luego se sentaron a ver la televisión. Vieron *Your Show of Shows* y luego *Hit Parade*. Mientras estaban allí sentados uno al lado del otro, como dos recién casados, Maribeth lo miró y se echó a reír. Él la atrajo hacia sí y la besó.

—Tengo la sensación de estar casado contigo —dijo complacido, sintiendo cómo pataleaba el niño al acariciarle el vientre.

Su intimidad era sorprendente, teniendo en cuenta que nunca habían hecho el amor. Ella se le sentó en el regazo y notó su erección. Lo besó. Al fin y al cabo, Tommy sólo tenía dieciséis años y casi todo lo que hacía ella lo excitaba.

—No sé por qué te pones así por una chica que pesa doscientos kilos —bromeó.

Se levantó y empezó a pasearse por la habitación. Esa tarde habían andado mucho y últimamente la posición del niño parecía bastante más baja. No cabía duda de que iba a nacer pronto o de que iba a ser un bebé muy grande. Ella era alta, pero tenía las caderas estrechas y siempre había estado delgada. Maribeth sentía miedo cada vez que pensaba en el parto.

Aquella noche lo reconoció y Tommy lo entendió. Rogó que no fuera tan doloroso como se decía.

—Seguramente no sentirás nada —dijo el muchacho mientras ambos comían de una tarrina de helado, con una cuchara cada uno.

—Eso espero —repuso ella tratando de olvidar sus temores—. ¿Qué quieres hacer mañana?

—¿Por qué no vamos a comprar el árbol y lo adornamos antes de que vuelvan papá y mamá? Les daremos una sorpresa.

A Maribeth le agradó la idea. Le gustaba hacer cosas por ellos y formar parte de aquella familia. Aquella noche, cuando se fue a acostar en la habitación de Annie, Tommy pasó un buen rato sentado a su lado y luego se tendió junto a ella en la estrecha cama en que había dormido Annie.

—Podríamos dormir en la habitación de mis padres. Tendríamos sitio suficiente y no se darían cuenta.

Pero habían prometido que se portarían bien y Maribeth quería cumplir la promesa.

—Claro que lo sabrían —replicó—. Los padres lo saben todo.

—Eso dice mi madre —repuso él sonriendo—. Vamos, Maribeth, no tendremos

otra oportunidad. Sólo se van fuera una vez cada cinco años.

—Me parece que a tu madre no le haría gracia que durmiéramos en su cama —dijo ella.

—Bueno, entonces hagámoslo en mi cama. Es más grande que ésta —observó Tommy aparentando que se caía al suelo.

Maribeth se echó a reír. A los dos les apetecía dormir juntos, era muy agradable.

—De acuerdo.

Maribeth lo siguió a su dormitorio y se metieron en la cama de Tommy, ella con el camisón y él con el pijama. Se abrazaron y se dedicaron a charlar y a reír como dos niños pequeños. Luego, él le dio un beso largo, lento y firme y ambos sintieron una oleada de excitación, pero faltaban dos semanas para que naciera el niño y no podían hacer gran cosa. Tommy le besó los senos y ella gimió de placer. Maribeth lo acarició y notó su ardiente erección. La muchacha no dejaba de repetirse que lo que hacían no estaba bien, aunque sinceramente no le parecía tan mal. No sabía por qué era malo estar con él, si era el único lugar donde deseaba encontrarse para el resto de sus días. Mientras estaba allí tendida junto a él, separados por su vientre, se preguntó por primera vez si algún día llegarían a estar verdaderamente juntos.

—Así es como quiero que sea —dijo él abrazándola.

Habían mantenido la excitación todo lo posible y finalmente habían convenido en que debían calmarse y dejar de jugar. Aquellas travesuras habían empezado a provocarle contracciones a Maribeth.

Por fin, empezaron a adormecerse.

—Lo que quiero es pasar contigo el resto de mi vida —agregó Tommy soñoliento—. Y un día el niño que lleves dentro será nuestro. Eso es lo que quiero.

—Yo también... —Lo dijo sinceramente, pero también deseaba otras cosas, lo mismo que su madre antes de casarse con su padre.

—Te esperaré, como mi padre esperó a mí madre. Pero no demasiado, ¿eh? Un año o dos —dijo Tommy, feliz de estar abrazado a ella. Sonrió y luego la besó—. Podríamos casarnos y luego ir a la universidad juntos.

—¿Y de qué viviríamos?

—Podríamos vivir aquí. Iríamos a la universidad y viviríamos con mis padres.

A Maribeth no le agradó la idea, por mucho cariño que les tuviera a los padres de Tommy.

—Cuando nos casemos, si es que lo hacemos —dijo muy seria después de bostezar—, quiero que seamos adultos, que seamos capaces de asumir nuestras responsabilidades, de cuidar de nuestros hijos, aunque tengamos que esperar una temporada.

—Eso, hasta que tengamos sesenta años —replicó él bostezando también—. Maribeth Robertson, un día me casaré contigo. Ya puedes irte acostumbrando a la idea.

Maribeth se limitó a sonreír, acurrucada en los brazos de Tommy, y se durmió pensando en Annie, en Tommy y en su futuro hijo.



Capítulo X

Al día siguiente se levantaron temprano y fueron a comprar el árbol de Navidad. Tommy compró también uno pequeñito y lo metió en la camioneta junto al grande. Cuando llegaron a casa sacó los adornos y pasaron la mayor parte de la mañana colocándolos en el árbol. Algunos, los que su madre había hecho con Annie, les hicieron aflorar las lágrimas.

—¿Crees que éstos no deberíamos ponerlos? —preguntó Maribeth.

Al verlos, posiblemente su madre se disgustaría, pero saber que no los habían puesto también los entristecería a todos. No era fácil. Finalmente decidieron colocarlos, porque dejarlos guardados sería como negar a Annie, que había estado con ellos y cuyo recuerdo compartían. Era mejor reconocerlos que tratar de fingir que no existían. A las tres ambos coincidieron en que el árbol estaba muy bonito.

Maribeth había preparado sándwiches de atún. Mientras guardaban los adornos que habían sobrado, Tommy dejó fuera una cajita y miró a Maribeth de un modo extraño.

—¿Ocurre algo? El muchacho meneó la cabeza, pero ella notaba que algo le preocupaba.

—No. Tengo que ir a un sitio. ¿Quieres venir o te sientes demasiado cansada?

—No estoy cansada. ¿Adonde vas?

—Ya lo verás.

Sacó los abrigos y cogió la cajita de adornos. Cuando salieron había empezado a nevar. El arbolito seguía en la trasera de la camioneta y Tommy dejó la caja al lado. Al principio Maribeth se sintió confundida, pero en cuanto llegaron al cementerio lo comprendió todo. Tommy le llevaba un arbolito a su hermana.

El chico sacó el árbol de la camioneta y Maribeth cogió la caja desadornos. Eran los más pequeños, los que más le gustaban a Annie, los ositos, los soldaditos tocando la corneta y los angelitos. Había una sarta de cuentas y una guirnalda plateada. Solemnemente, Tommy colocó el árbol junto a la tumba de su hermana, en un soporte de madera, y luego pusieron los adornos uno a uno. Fue un ritual desgarrador que sólo tardó unos minutos. Luego contemplaron el resultado y Tommy recordó cuánto le gustaban a Annie las Navidades y todo lo relacionado con ellas. Se lo había contado a Maribeth en cierta ocasión, pero ahora no podía decir nada.

Permaneció allí de pie, en tanto las lágrimas resbalaban por sus mejillas, recordando cuánto la quería y cuánto había sufrido al perderla.

Entonces miró a Maribeth y vio su enorme vientre protegido por el abrigo, la dulce mirada y el vistoso cabello asomando por la bufanda de lana. Jamás la había amado tanto como en aquel momento.

—Maribeth —dijo con voz tenue, convencido de que Annie lo aprobaría. Estaba bien hacerlo allí. Ella hubiera querido formar parte de su vida, de su futuro —, cástate conmigo... por favor. Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo ella acercándose y cogiéndole la mano mientras lo miraba—, pero no puedo casarme. Ahora no puede ser. No insistas.

—No quiero perderte. —Bajó la vista hacia la pequeña tumba en que yacía su hermana, justo debajo de ellos, junto al árbol de Navidad que le habían llevado —. La he perdido a ella, pero no quiero perderte a ti. Por favor, casémonos.

—Todavía no —respondió Maribeth con dulzura. Deseaba dárselo todo pero tenía miedo de hacerle daño si lo defraudaba. Era más sensata de lo habitual para su edad y, en ciertos aspectos, también más que él.

—¿Me prometes que te casarás conmigo?

—Te prometo solemnemente, Thomas Whittaker, que te amaré siempre —dijo Maribeth con absoluta sinceridad. Sabía que jamás olvidaría lo que Tommy había representado para ella. Pero el significado de eso y adonde iban a conducirlos sus vidas, nadie podía asegurarlo. Ella también quería formar parte de la vida de él para siempre, pero no sabía lo que les depararía el porvenir.

—¿Me prometes que te casarás conmigo?

—Si es lo que ambos queremos... —Maribeth siempre respondió con honradez.

—Siempre podrás contar conmigo —dijo él solemnemente, y Maribeth sabía que era sincero.

—Y tú conmigo. Siempre seré tu amiga, Tommy... siempre te querré. —Y, si tenían suerte, un día sería su esposa.

Ella también deseaba casarse, en aquel momento, a los dieciséis años, pero su sensatez le decía que las cosas podían cambiar. O tal vez no, quizá su amor crecería con el tiempo y un día sería más firme que nunca. O tal vez, como a las hojas, los vientos de la vida los arrastrarían a los rincones más alejados de la Tierra y los separarían para siempre, pero ella esperaba que no fuera así.

—Estaré dispuesto a casarme contigo cuando tú quieras —afirmó él.

—Gracias —dijo Maribeth, y se puso de puntillas para darle un beso.

Tommy la besó lamentando no haber conseguido todas las promesas, pero satisfecho de que le hubiera ofrecido todo lo que podía ofrecer en aquel momento.

Permanecieron en silencio, contemplando el arbolito de Navidad.

—Me parece que ella también te quiere —dijo Tommy, pensando en su hermana—. Ojalá estuviera aquí.

Entonces cogió a Maribeth del brazo y la condujo de regreso a la camioneta. Hacía más frío que cuando habían salido y los dos guardaron silencio camino de casa. Remaba entre ellos una gran placidez, una comunión intensa, limpia y sincera. Los dos eran conscientes de que tal vez un día estarían juntos para siempre, o tal vez no. Lo intentarían, y se entregarían el uno al otro mientras pudieran. A los dieciséis años, aquello era mucho más de lo que conseguía mucha gente después de toda una vida. Tenían esperanza, promesas y sueños. Era una alentadora manera de empezar, un regalo que se habían hecho el uno al otro.

Se sentaron a charlar en la sala de estar y se entretuvieron mirando álbumes de fotos y riendo de las de Annie y él cuando eran pequeños. Maribeth tenía la cena lista cuando regresaron los Whittaker, que se alegraron de estar de nuevo en casa, así como de verlos. Les gustó mucho el árbol de Navidad y Liz se detuvo a contemplar con detenimiento los adornos, luego miró a su hijo y sonrió.

—Me alegro de que los hayáis puesto. De lo contrario, los hubiera echado de menos. —Hubiera sido como tratar de olvidar que existían, y Liz no quería olvidarlo.

—Gracias, mamá. —Se alegró de haber acertado.

Todos se dirigieron a la cocina, donde cenaron. Maribeth preguntó por el viaje y Liz dijo que había ido bien. No parecía muy entusiasmada, pero John lo corroboró con una inclinación de la cabeza. Había ido todo lo bien que podía ir, dadas las circunstancias.

Pese a todo, estaban contentos y durante el resto de la velada el ambiente fue festivo. Sin embargo, Liz advirtió algo distinto en ellos. Parecían más serios que antes, más callados, y se miraban con una intensidad mayor de la que Liz había visto jamás entre ellos.

—No habrán hecho algo mientras estábamos fuera, ¿verdad, John? —le preguntó Liz esa noche en el dormitorio.

—Si te refieres a lo que creo, ni un chico de dieciséis años es capaz de superar un obstáculo como ése —respondió divertido—. Olvida tus miedos.

—¿No se habrán casado?

—Para eso Tommy necesita nuestro consentimiento. ¿Por qué lo preguntas?

—Los he encontrado distintos. Más unidos, parecen una única persona, como los matrimonios, o como deberían ser los matrimonios. —El viaje también les había ido bien a ellos. Encontrarse solos en la habitación de un hotel los había aproximado, y John la había invitado a una cena íntima.

—Desde luego están muy enamorados. Tenemos que aceptarlo —dijo John.

—¿Crees que se casarán algún día?

—No es lo peor que podría ocurrirles. Ya han pasado muchas experiencias juntos. Al final puede resultar intolerable, o puede hacerlos inseparables. El tiempo lo dirá. Los dos son buenos chicos, espero que sigan juntos.

—Pero ella quiere esperar —dijo Liz, comprendiéndolo, y sonrió con pesar.

—Yo conozco a ese tipo de mujeres. —Eran las mejores, el tiempo se lo había demostrado, aunque no siempre las más fáciles en la convivencia—. Si tiene que ser así, ya encontrarán la manera de conseguirlo. Si no, habrán disfrutado de una experiencia que mucha gente no consigue en toda la vida. En cierto modo, los envidia. —Empezar de nuevo encerraba algo atrayente, tener ante sí una nueva vida partiendo de cero. Le hubiera gustado empezar de nuevo con Liz, pero para ellos, en ciertos aspectos, era demasiado tarde.

—Pues yo no le envidio a Maribeth lo que tendrá que pasar —dijo Liz con tristeza.

—¿Te refieres al parto? —John parecía sorprendido. Liz no se había quejado nunca de sus partos.

—No, me refiero a renunciar a su hijo. No será fácil.

John asintió con la cabeza, compadeciéndose por la muchacha, por ambos muchachos, y por lo que iban a tener que sufrir, aún en edad de crecer. Sin embargo, les envidió por lo que compartían y por el futuro que les aguardaba, separados o juntos.

Esa noche, Liz y John yacieron muy cerca uno del otro mientras Tommy y Maribeth hablaban durante horas en la sala de estar.

Se sentían exactamente como los había visto su madre, más unidos y fundidos entre sí. Y cada uno era más él mismo de lo que lo había sido jamás. Por primera vez en su vida, Maribeth sintió que tenía futuro.

El despertador los sacó de la cama a la mañana siguiente. Maribeth se duchó y se vistió a tiempo de ayudar a Liz a servir el desayuno. Liz lo había arreglado para que Maribeth hiciera un examen especial que le permitiera saltarse la primera mitad del último curso. Tommy también tenía exámenes finales ese día. Sentados uno a cada lado de la mesa, comentaron sus exámenes. El colegio había dispuesto que Maribeth hiciera el examen en una sala especial, en el edificio de administración, para que no la vieran los alumnos. Liz se reuniría con ella allí aquella mañana. El colegio se había comportado de una manera fantástica con Maribeth y hacía todo lo posible por ayudarla, gracias a la intervención de Liz. Cuando se separaron delante del colegio, Tommy le deseó suerte y echó a correr hacia su clase.

El resto de los días transcurrió rápidamente y aquel fin de semana era el último antes de Navidad. Liz terminó sus compras navideñas y, camino de casa, vaciló un momento y luego decidió dar media vuelta e ir a ver a Annie. Hacía meses que lo retrasaba porque le resultaba demasiado doloroso, sin embargo, aquel día sentía necesidad de ir.

Cruzó la verja del cementerio y se dirigió a la pequeña tumba. Mientras se aproximaba, se detuvo y se quedó sin aliento al ver el arbolito de Navidad, ligeramente inclinado hacia un lado, y los adornos oscilando al viento. Liz se acercó lentamente, enderezó el árbol y volvió a acomodar la guirnalda contemplando los familiares adornos que Annie había colgado de su árbol el año anterior. Su madre recordó entonces cada una de las palabras, de los sonidos, de los momentos, cada una de las silenciosas angustias del año transcurrido y de repente la embargó un dolor agri dulce.

Permaneció largo rato en silencio, llorando por su hijita y mirando el arbolito que le habían llevado Tommy y Maribeth. Rozó las ásperas ramas, como si fuera un amigo, y susurró el nombre de su hija, cuyo sonido le acarició el corazón como los dedos de un niño pequeño.

—Te quiero, pequeña. Siempre te querré, queridísima Annie.

Luego, regresó a casa triste pero con una extraña sensación de paz.

Cuando llegó no había nadie y se alegró de ello. Permaneció largo rato sentada a solas en la sala de estar observando el árbol de Navidad y los familiares adornos. Iba a ser difícil pasar las Navidades sin Annie. Cada día que pasaba era difícil. Era difícil desayunar, comer, cenar, ir al lago o a cualquier sitio sin su hijita. Era difícil

levantarse por la mañana conscientes de que no estaría. Sin embargo, tenían que seguir adelante. Annie los había visitado durante un breve tiempo, sin que ellos supieran que iba a ser así. ¿Qué hubieran hecho de haberlo sabido? ¿La hubieran querido más? ¿Le hubieran dado más cosas? ¿Hubieran pasado más tiempo con ella? Habían hecho todo lo posible, y Liz pensó que daría su vida por otro beso, otro abrazo, otro momento con su hija.

Todavía estaba allí sentada, pensando en Annie cuando llegaron los chicos, llenos de vida, con los rostros encarnados de frío, contando dónde habían estado y qué habían hecho.

Liz les sonrió y Tommy advirtió que había llorado.

—Quiero daros las gracias —dijo atragantándose con sus propias lágrimas— por haberle llevado el árbol a... Gracias —agregó con voz tenue, y se dirigió a su habitación.

Maribeth y Tommy no supieron qué decirle. Maribeth sollozaba mientras se quitaba el abrigo y lo colgaba. Deseó poder hacer algo para mitigar el dolor de aquella familia. Todavía sufrían mucho por la pérdida de Annie.

John llegó a casa poco después cargado de paquetes. Liz estaba ya en la cocina preparando la cena. Al verlo, sonrió; ahora había mayor cariño entre ellos y Tommy se sentía aliviado al comprobar que ya no se hablaban con la misma irritación de antes. Poco a poco, todo mejoraba, aunque Navidad no era una época fácil para ellos.

En Nochebuena todos asistieron a misa, y John se adormiló levemente con el calor de la iglesia y el olor a incienso. A Liz le recordó las noches en que Annie los acompañaba y se dormía sentada entre ellos, sobre todo la del año anterior, cuando estaba cayendo enferma y ellos no lo sabían.

Cuando llegaron a casa, John se fue a acostar y Liz terminó de colocar los regalos. Aquel año era distinto para todos. No había carta a Santa Claus, zanahorias para los renos, fingimientos ni gritos de emoción la mañana de Navidad. Pero se tenían unos a otros.

Liz vio acercarse a Maribeth pesadamente por el pasillo, cargada de regalos para ellos, y corrió a ayudarla. Se mostraba muy torpe y mucho más lenta. Llevaba varios días sintiéndose incómoda, y se alegraba de que hubieran terminado los exámenes. Liz sospechaba que no tardaría mucho en dar a luz.

—Déjame ayudarte —dijo cogiéndole los paquetes y depositándolos en el suelo. A Maribeth le costaba agacharse.

—Casi no puedo moverme —se quejó de buen humor ante la sonrisa de Liz—. No puedo sentarme, no puedo levantarme, no puedo agacharme y no me veo los pies.

—Pronto habrá pasado todo —dijo Liz para animarla.

Maribeth asintió en silencio. Entonces la miró. Placía días que la muchacha quería hablar en privado con Liz.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

—¿Ahora? —Liz frunció el ceño—. Bien, vamos allá.

Se sentaron en la sala de estar, cerca del árbol y de los adornos de Annie. Liz ya

se encontraba más animada. Le gustaba verlos cada día. Era como verla a ella o algo que hubiera tocado hacía poco, era casi como una visita de Annie.

—He pensado mucho en esto —empezó Mari-beth—. No sé qué te parecerá, ni lo que dirás, pero... quiero entregaros a mi hijo. —Contuvo el aliento.

—¿Qué? —Liz la miró fijamente como si no lo entendiera. Aquello superaba su capacidad de entendimiento—. ¿Qué quieres decir? —Los hijos no eran una cosa para regalar a los amigos por Navidad.

—Quiero que John y tú lo adoptéis —explicó Maribeth.

—¿Por qué? —Liz estaba perpleja. Jamás había pensado en adoptar a un niño. Tener otro sí, pero no adoptarlo. No podía imaginar cómo reaccionaría John. Habían hablado de esa posibilidad hacía años, antes de que naciera Tommy, pero John se había negado.

—Quiero entregaros el niño porque os quiero y porque sois unos padres maravillosos —musitó Maribeth.

Era el mejor regalo que podía hacerles a ellos y a su propio hijo. Todavía estaba temblorosa pero hablaba con más calma. Su convicción era inquebrantable.

—Yo no puedo criarlo. Ya sé que todo el mundo cree que estoy loca por renunciar a él, pero sé que no puedo darle lo que necesita. Vosotros sí podéis. Vosotros lo queríais, lo ayudaríais, lo cuidaríais, como habéis hecho con Annie y con Tommy. Quizá yo también podré hacerlo algún día, pero ahora no. No sería justo, diga lo que diga Tommy. Quiero que lo adoptéis vosotros. Nunca os pediré que me lo devolváis, y jamás volveré por aquí, si no queréis. Sabría que el niño es feliz con vosotros y que sois buenos con él. Eso es lo que quiero para mi hijo. —Ahora lloraba, lo mismo que Liz, que le cogió las manos.

—Un niño no es un regalo, Maribeth, como un juguete o un objeto. Es una vida. ¿Lo entiendes? —quería asegurarse de que Maribeth era consciente de lo que estaba proponiendo.

—Ya lo sé. No he pensado en otra cosa en los últimos nueve meses. Créeme, sé lo que hago. Liz no estaba muy segura. ¿Y si cambiaba de opinión? ¿Y Tommy? ¿Qué le parecería que adoptaran al niño de Maribeth, o a cualquier niño? ¿Y John? La mente de Liz daba vueltas como un torbellino.

—¿Y Tommy y tú? ¿Lo quieres de verdad? —¿Cómo iba a saberlo a los dieciséis años? ¿Cómo podía tomar semejante decisión?

—Sí, pero no puedo empezar de esta manera. Este niño no era para mí. Tengo la sensación de que mi misión era traerlo al lugar adecuado y a la gente adecuada. Yo no soy la madre que necesita. Quiero casarme con Tommy algún día y tener hijos nuestros, pero no éste. No sería justo para él, aunque no lo sepa.

Liz estaba de acuerdo con Maribeth pero la emocionaba oírsele decir. Pensaba que ellos debían empezar de nuevo algún día, si todo salía bien, y eso nadie podía saberlo. Pero empezar a los dieciséis años, con el hijo de otro hombre, era una tarea difícil.

—Aunque nos casáramos, no reclamaré al niño. No tendría que saber quién es su madre natural. —Le estaba suplicando que se quedara a su hijo, que le diera el

amor y la vida que se merecía y que sabía que podían darle—. Creo que en realidad debería haber sido hijo vuestro, por eso he venido aquí, porque tenía que ser así... a causa de lo que ocurrió... —Se le atragantaron las palabras y a Liz se le llenaron los ojos de lágrimas—. Por Annie.

—No sé qué decir, Maribeth —admitió Liz sinceramente mientras le resbalaban las lágrimas por las mejillas—. Es el regalo más hermoso que podría hacerme nadie, pero no sé si es posible. Uno no se queda con el hijo de otra mujer así como así.

—Pero ¿y si esa mujer lo quiere así? Lo único que puedo ofrecerle a este niño es un futuro, una vida con unas personas que puedan dárselo y que puedan quererlo. No es justo que hayáis perdido a vuestra hijita y no es justo que mi hijo no tenga vida, ni futuro, ni esperanza, ni hogar, ni dinero. ¿Qué puedo darle yo? Mis padres no me dejan llevármelo a casa. No puedo ir a ninguna parte. Si lo conservara, lo único que podría hacer es pasarme el resto de la vida trabajando en Jimmy D's, y ni siquiera gano suficiente para pagar a una niñera. —Miró a Liz llorando, suplicándole que se quedara al niño.

—Podrías quedarte aquí —dijo Liz—. Si no tienes dónde ir, puedes quedarte con nosotros. No tienes que renunciar al niño, Maribeth. Yo no te obligaré a eso. No tienes que renunciar a él para darle una buena vida. Si lo prefieres, quédate con nosotros, como si fueras hija nuestra, y nosotros te ayudaremos. —No quería empujar a aquella muchacha a renunciar a su hijo sólo porque no podía mantenerlo. Le parecía una solución equivocada. Además, si Liz aceptaba al niño, sería porque Maribeth deseaba que se lo quedara ella, no porque no tuviera dinero para mantenerlo.

—Quiero dároslo a vosotros —repitió Maribeth—. Quiero que seáis sus padres. Yo no puedo conservarlo, Liz —dijo entre sollozos. Liz la abrazó—. No puedo. No soy suficientemente fuerte. No puedo criar a este niño. Por favor, ayúdame. Acéptalo. Nadie entiende lo que siento, nadie entiende que sé que no puedo criarlo, pero que quiero lo mejor para él. Por favor. —Levantó la vista hacia Liz, desesperada. Ambas estaban llorando.

—De todas formas, no quiero que nos separemos para siempre. La gente no tiene que saber que el niño es tuyo. Y el niño tampoco. Sólo nosotros. Todos te queremos, Maribeth, y no estamos dispuestos a perderte. —Era plenamente consciente de lo que representaba para Tommy. No quería estropear nada por egoísmo ni por sus ansias de tener otro hijo. Era una oportunidad única, un regalo inimaginable, y necesitaba tiempo para asimilarlo—. Lo hablaré con John —dijo despacio.

—Por favor, dile que es mi más ferviente deseo —dijo y estrechó las manos de Liz con fuerza—. Por favor, no quiero que mi hijo crezca con unos extraños. Sería maravilloso que se quedara aquí con vosotros. Por favor, Liz.

—Ya veremos —susurró ella, acunándola, tratando de consolarla y de tranquilizarla.

Liz preparó dos vasos de leche caliente y hablaron un rato más. Luego la ayudó a meterse en la cama de Annie, le dio un beso de buenas noches y se dirigió a su

dormitorio.

Una vez allí, permaneció inmóvil unos momentos, mirando a John, preguntándose que diría y si aquella idea era absolutamente absurda. También tenían que pensar en Tommy. ¿Y si se negaba? Había mil detalles que considerar. Pero sólo de pensarlo el corazón le latía como no lo había hecho en años. Era el regalo supremo, el regalo de una vida que ella no podía ya dar, el regalo de otro hijo.

John se revolvió ligeramente cuando ella se metió en la cama a su lado. Liz deseó que despertara para preguntárselo. Pero no se despertó sino que la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí, como había hecho durante años, antes de que la tragedia los aturciera durante un año entero. Permaneció acurrucada en sus brazos, pensando en lo que sentía, en lo que deseaba, en lo que les convenía a los dos. Maribeth había dado buenas razones para que adoptasen al niño, pero era difícil saber si era una decisión acertada o simplemente le parecía atractiva porque lo deseaba.

Estuvo así largo rato, sin poder conciliar el sueño, deseando que John despertara. Finalmente, él abrió los ojos y la miró, como si percibiera su inquietud. Medio dormido, susurró en la oscuridad:

—¿Qué ocurre?

—¿Qué dirías si te propongo tener otro hijo? —preguntó Liz.

—Diría que estás loca. —John sonrió y volvió a cerrar los ojos; antes de un minuto estaba dormido de nuevo.

Aquella no era la respuesta que esperaba Liz.

Pasó la noche despierta junto a él y apenas durmió media hora al amanecer. Estaba demasiado nerviosa para dormir, preocupada, ansiosa, sumida en preguntas, miedos, preocupaciones y anhelos. A cierta hora de la madrugada se levantó, fue a la cocina en camión y se preparó un café. Se quedó largo tiempo allí sentada, ensimismada, y a las ocho sabía lo que quería. Hacía tiempo que lo sabía, pero no estaba segura de si tendría valor para luchar por conseguirlo. Sin embargo, ahora estaba convencida de que tenía que hacerlo, no sólo por Maribeth y por el niño, sino por sí misma, por John y tal vez incluso también por Tommy. Maribeth les ofrecía aquel regalo y no pensaba rechazarlo.

Cogió la taza de café, regresó al dormitorio y despertó a John, que se sorprendió de verla levantada. Esa Navidad no había prisa, no había motivo para correr a la sala de estar para ver qué había dejado Santa Claus debajo del árbol. Podían levantarse tranquilamente; y Tommy y Maribeth aún no se habían movido.

—¡Hola! —dijo sonriéndole. Era una sonrisita tímida que John hacía mucho que no veía y que le recordaba una época ya muy lejana.

—Parece que te propones llevar a cabo una misión especial. —Sonrió y se dio la vuelta, desperezándose.

—Es verdad. Maribeth y yo estuvimos hablando mucho rato anoche —dijo Liz, acercándose a la cama. Se sentó a su lado rezando para que no la rechazara. No había modo de suavizar, retrasar o eludir aquel tema. Tenía que decírselo y le daba un miedo atroz. Era muy importante, lo deseaba con toda su alma y quería que él

también lo deseara, aunque temía que no sería así. —Quiere que adoptemos al niño —dijo solemnemente.

—¿Todos? —Parecía perplejo—. ¿Tommy también? ¿Quiere casarse con él? —John se incorporó en la cama con expresión de preocupación—. Me lo temía.

—No, todos no. Y no quiere casarse con él, por lo menos de momento. Quiere que tú y yo adoptemos al niño.

—¿Nosotros? ¿Por qué? —Parecía sorprendido.

—Porque cree que somos buenas personas y buenos padres.

—Pero ¿y si cambia de opinión? ¿Qué vamos a hacer nosotros con un niño pequeño? —Abrió los ojos como platos.

Liz le sonrió. Desde luego le había dado un buen susto nada más despertar.

—Lo mismo que con los otros dos. Pasarnos dos años sin dormir por las noches, soñar con la época en que podíamos dormir y luego disfrutarlos durante el resto de nuestra vida... o de la suya —dijo con tristeza, pensando en Annie—. John, es un regalo que durará un momento, un año, todo el tiempo que la vida nos conceda. Y no quiero rechazarlo, no quiero volver a renunciar a mis sueños. Creía que ya no tendríamos más hijos, pero ahora esta chica ha entrado en nuestra vida y nos ofrece la posibilidad de recuperar nuestros sueños.

—¿Y si quiere que se lo devolvamos dentro de unos años, cuando sea adulta y se case, o si se casa con Tommy?

—Supongo que habrá algún tipo de protección legal. Además, dice que no lo hará. Yo la creo. Me parece que está verdaderamente convencida de que será lo mejor para el niño, y lo dice en serio. Sabe que no puede criarlo y nos suplica que nos lo quedemos.

—Espera a que lo vea —dijo él irónicamente—. Ninguna mujer lleva en sus entrañas a un hijo durante nueve meses y luego renuncia a él tan fácilmente.

—Algunas pueden —repuso Liz—. Creo que Maribeth será capaz, no porque no le importe, sino porque le importa demasiado. Renunciar al niño y entregárnoslo a nosotros es la mayor demostración de su amor por él. —Se le llenaron los ojos de lágrimas al mirar a su marido—. John, lo quiero, lo quiero más de lo que imaginas. Por favor, no digas que no, por favor.

John la miró fijamente durante largo rato en tanto ella trataba de no decirse a sí misma que lo odiaría si no le permitía adoptar al niño. John no sabía cuánto había sufrido ella y lo mucho que deseaba aquel niño, no como sustituto de Annie, que jamás regresaría, sino para seguir adelante, para que les devolviera la alegría, la risa y el amor, para que fuera una luz brillante en la niebla de sus vidas. Era lo que más deseaba, pero creía que John jamás lo comprendería. Sabía que si él se negaba, se moriría.

—Bueno, Liz —dijo cogiéndole las manos—. Muy bien, cariño. Lo comprendo. —Liz lloró al abrazarlo, dándose cuenta de lo injusta que había sido con él. En realidad, John era consciente de todo, seguía siendo el mismo de siempre y ella lo amaba más que nunca. Habían pasado muchas calamidades y habían sobrevivido—. De acuerdo, pero antes debemos hablar con Tommy. Necesitamos su conformidad.

Liz era de la misma opinión y estaba ansiosa de que su hijo despertara. Tardó todavía dos horas, pero se levantó antes que Maribeth. Cuando su madre le contó el ofrecimiento de la muchacha, se quedó estupefacto. No obstante, últimamente había acabado por aceptar que lo más acertado era dar el niño a adoptar, de que era lo más conveniente tanto para Maribeth como para el bebé, y de que ella quería hacerlo para darle una vida mejor. Ahora pensaba que tal vez no iba a perderla, se sentía menos obligado a convencerla de que se casara con él y que conservaran al niño. Superada la sorpresa inicial, aquello le pareció la solución ideal. Algún día Maribeth y él tendrían hijos propios, pero para este bebé era la mejor solución. Tommy advirtió en los ojos de su madre lo mucho que el ofrecimiento de Maribeth significaba para ella. Mientras hablaban con él, sus padres se veían más unidos; su padre parecía fuerte y sereno, sentado junto a Liz y sosteniendo su mano. Aquella situación era muy emocionante. Estaban a punto de compartir una nueva vida.

Cuando Maribeth se levantó, todos la estaban esperando para comunicarle la decisión tomada. Habían decidido unánimemente adoptar al niño. Maribeth los miró y se echó a llorar, emocionada. Luego les dio las gracias, los abrazó y siguió llorando. Lloraron todos, eran unos momentos muy conmovedores, momentos de esperanza y amor, momentos de dar y compartir, momentos de volver a empezar con el regalo que ella les iba a hacer.

—¿Estás segura? —le preguntó Tommy por la tarde mientras daban un paseo.

Ella hizo un gesto de asentimiento que denotaba absoluta convicción. Habían abierto los regalos y habían comido opíparamente. Era la primera oportunidad que tenían de hablar a solas desde la mañana.

—Sí, eso es lo que quiero —confirmó con serenidad y firmeza.

Maribeth se sentía más fuerte que en mucho tiempo y llegaron andando hasta el lago helado; entre ida y vuelta, recorrieron varios kilómetros, pero ella dijo que nunca se había sentido mejor. Le parecía haber alcanzado la plenitud: había cumplido su misión allí, les había entregado el regalo que tenía para ellos, y, por tanto, en el futuro sus vidas respectivas serían más plenas, gracias a la bendición que todos ellos compartían.

Durante el camino de regreso, trató de explicárselo a Tommy, que creyó entenderlo, pero por momentos le resultaba difícil escuchar. Maribeth estaba tan solemne y tan hermosa que lo perturbaba. Cuando se detuvieron en los escalones de entrada a su casa, la besó. Ella se puso tensa, le apretó la mano y aparentó desfallecer mientras él trataba de sujetarla.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Tommy, aterrado en tanto la ayudaba a sentarse en los escalones.

Ella se sujetó el vientre y trató de recuperar el aliento después del agudo dolor de la contracción. Tommy corrió en busca de su madre y, cuando ésta salió, Maribeth seguía allí sentada con los ojos muy abiertos y expresión asustada. Había llegado el momento del parto, y con más fuerza de lo que esperaba.

—Tranquila, tranquila. —Liz trató de calmarlos y le dijo a Tommy que fuera a buscar a su padre. Quería que Maribeth entrara a la casa y luego llamar al médico—.

¿Qué habéis hecho? ¿Habéis ido andando hasta Chicago?

—Sólo hasta el lago —dijo Maribeth con un jadeo. Volvía a sentir una contracción. Eran dolores largos e intensos y no lo entendía. Por lo que le habían contado, no solía empezar así—. Esta mañana —dijo mientras John y Liz la ayudaban a entrar— me ha dolido un poco el estómago, pero se me ha pasado. —No daba crédito a lo que estaba ocurriendo. No había habido señales de aviso.

—¿No has tenido espasmos? —le preguntó Liz—. ¿Ni te ha dolido la espalda? —A veces se malinterpretaban las primeras señales del alumbramiento.

—Anoche me dolía la espalda y esta mañana he tenido espasmos con el dolor de estómago, pero pensaba que era por lo que comí anoche. —Seguramente ya empezaste entonces —dijo Liz, lo cual significaba que debían llevarla al hospital cuanto antes.

Evidentemente, el paseo le había provocado dolores más intensos. La fecha prevista era el día siguiente, y al parecer el niño quería llegar bien puntual. Era casi como si, ahora que Maribeth sabía que los Whittaker lo iban a adoptar, hubiera decidido que podía dejar salir al niño, que no tenía sentido retenerlo más.

En cuanto entraron en la casa, Liz empezó a cronometrar las contracciones y John fue a llamar al médico. Tommy se sentó a su lado y le cogió la mano, cariacontecido. No le agradaba verla sufrir, pero sus padres no estaban preocupados, se mostraban cariñosos y comprensivos y Liz no la dejó sola ni un momento. Tenía contracciones cada tres minutos, largas e intensas. Unos instantes después John les comunicó que el doctor MacLean había dicho que fueran inmediatamente. El estaría en el hospital al cabo de cinco minutos.

—¿Ha llegado el momento? —preguntó Maribeth. Parecía muy joven y asustada, y miraba a Liz, Tommy y John alternativamente—. ¿No podemos quedarnos un rato? —pidió a punto de echarse a llorar.

Liz le aseguró que no podía retrasarlo ni un segundo. Había llegado el momento.

Tommy metió las cosas de Maribeth en una bolsa y cinco minutos más tarde ya estaban de camino. Liz y Tommy se sentaron en el asiento de atrás y sujetaron a Maribeth mientras John conducía a todo gas por las calles heladas. Cuando llegaron al hospital el doctor MacLean y una enfermera los estaban esperando. Sentaron a Maribeth en una silla de ruedas y, cuando se disponían a llevarla, la chica se aferró frenéticamente a Tommy.

—No me dejes —suplicó entre sollozos.

El doctor MacLean sonrió. No pasaría nada. Maribeth era joven, gozaba de buena salud y ya faltaba muy poco.

—Tommy se reunirá contigo dentro de un rato —la tranquilizó el médico—, y entonces ya tendrás al niño.

Maribeth se echó a llorar y Tommy le dio un beso.

—No puedo ir contigo, Maribeth. Tienes que ser valiente. La próxima vez estaré contigo todo el rato —dijo soltándola suavemente para que se la llevaran.

Pero Maribeth se volvió hacia Liz y le pidió que la acompañase; el médico

accedió. Liz notaba los latidos del corazón mientras los seguía al ascensor y luego a la sala de partos, donde la desnudaron y la examinaron para comprobar la dilatación. Maribeth estaba casi histérica y la enfermera le inyectó un sedante. Una vez la hubo reconocido, el médico dijo que el parto era inminente. Maribeth estaba totalmente dilatada y dispuesta para empujar.

La llevaron a la sala de partos; ella no soltaba la mano de Liz y la miraba con ojos que decían que confiaba totalmente en ella.

—Prométeme que no cambiarás de opinión. Lo adoptarás, ¿verdad, Liz? Lo querrás, siempre querrás a mi niño...

—Te lo prometo —dijo Liz, conmovida por la confianza y por el amor que compartían—. Siempre lo querré. Y te quiero a ti, Maribeth. Gracias —agregó.

Las horas siguientes fueron muy duras. El niño no estaba en la posición adecuada y tuvieron que usar fórceps. A Maribeth le pusieron una mascarilla de oxígeno mezclado con éter. La muchacha estaba aturdida, confusa y sufría mucho, pero Liz no la abandonó en todo el rato.

Eran las doce de la noche cuando por fin un pequeño gemido resonó en la sala y la enfermera le quitó a Maribeth la mascarilla para que viese a su hija. Todavía estaba medio adormilada, pero sonrió al ver aquella carita rosada; luego miró a Liz con ojos llenos de alivio y alegría.

—Tienes una niña —le dijo a Liz. Ni siquiera bajo el efecto del sedante había perdido la noción de a quién pertenecía la niña.

—La niña es tuya —la corrigió el médico, sonriendo a Maribeth y entregándosela a Liz, ya que la muchacha estaba demasiado aturdida para cogerla.

Liz miró a la criaturita. Tenía un cabello rubio rojizo y unos ojos tan llenos de inocencia y amor que Liz empezó a temblar.

—Hola —le susurró a la niña que iba a ser suya, casi con la misma sensación que sintió cuando nacieron sus dos hijos. Sabía que era un momento inolvidable y deseó poder compartirlo con John. Había sido impresionante verla nacer, emerger de repente y echarse a berrear como si los llamara y les anunciara que lo había conseguido. Todos la habían esperado mucho tiempo. A Maribeth le inyectaron otro sedante y volvió a dormirse. El médico permitió que Liz llevara a la niña a la nursería, donde la pesaron y la lavaron. Liz contempló cómo lo hacían sin soltar los minúsculos dedos del bebé. Unos minutos después, John y Tommy se acercaron al tabique de cristal de la nursería.

La enfermera le permitió coger a la niña y Liz la levantó para que John la viera. Al ver a su nueva hija, John se echó a llorar.

—¡Qué bonita es! —dijo, y de repente no vio más que a su esposa y todo lo que habían pasado. Aunque resultaba difícil no acordarse del nacimiento de Annie, aquella niña era muy distinta y ahora era suya—. Te quiero —susurró desde el otro lado del cristal.

Liz hizo un gesto y le contestó lo mismo. Ella también lo quería y ahora se daba cuenta, con terror y agradecimiento, de que casi no habían salido de aquella terrible experiencia. Pero finalmente lo habían logrado, gracias a Maribeth, al regalo que les

había hecho y al amor que siempre habían sentido el uno por el otro, pero que durante aquel año negro casi habían olvidado.

Tommy se alegró mucho cuando vio a la niña y se sintió aliviado cuando Liz se reunió con ellos y confirmó que todo había ido bien y Maribeth estaba en perfecto estado, que había sido muy valiente y que ahora estaba dormida.

—¿Ha sido muy duro, mamá? —preguntó Tommy, preocupado por Maribeth e impresionado por su entereza y valentía. La niña, de cuatro kilos, era un bebé grande para cualquiera, y no digamos para una madre primeriza de dieciséis años. Liz la había compadecido en más de una ocasión durante el parto, pero el médico se había mostrado generoso con la anestesia. La próxima vez le resultaría más fácil y la recompensa sería mayor.

—Es duro, hijo mío —dijo Liz, conmovida por todo lo ocurrido. Sobre todo, era admirable dar a luz con la convicción de renunciar al niño por su propio bien.

—¿Se recuperará? —Los ojos de Tommy transmitían muchos interrogantes que no acababa de comprender, pero su madre lo tranquilizó.

—Se recuperará, te lo prometo.

Una hora más tarde llevaron a Maribeth a la habitación, todavía muy aturdida, pero al ver a Tommy le tendió la mano y le dijo que lo amaba y que la niña era preciosa. De repente, observándolos, Liz sintió una oleada de miedo como nunca había sentido hasta entonces. ¿Y si Maribeth cambiaba de opinión? ¿Y si decidía casarse con Tommy y conservar la niña?

—¿La has visto? —le preguntó Maribeth a Tommy.

Liz miró a John y éste le cogió la mano para tranquilizarla. Sabía lo que estaba pensando y también él se sentía asustado.

—Sí, y es muy guapa —contestó Tommy dándole un beso preocupado por lo pálida que estaba. Su piel todavía tenía un matiz verdoso a causa del éter—. Igual que tú —agregó, aunque la niña tenía el cabello rubio rojizo en lugar de completamente pelirrojo como el de su madre.

—Yo creo que se parece a Liz —Maribeth sonrió a Liz y sintió que las unía un vínculo que no volvería a sentir con nadie. Habían compartido el nacimiento de su hija y Maribeth sabía que no lo hubiera superado sin la ayuda y el cariño de Liz.

—¿Qué nombre le pondéis? —le preguntó Maribeth a Liz, que sintió un repentino alivio. Sus temores eran infundados. Maribeth no cambiaría de opinión y aquella niña primorosa iba a ser su nueva hijita, aunque en aquellos momentos resultaba difícil de creer.

—¿Qué te parece Kate? —preguntó Liz cuando Maribeth empezaba a adormilarse.

—Me gusta —susurró—. Te quiero, Liz —agregó con los ojos cerrados, todavía cogiendo la mano de Tommy.

—Yo también te quiero —dijo Liz dándole un beso en la mejilla y haciendo un gesto a los demás de que salieran de la habitación. Maribeth había pasado una experiencia extenuante y necesitaba dormir.

Eran las tres de la madrugada.

Al pasar por la nursería, se detuvieron a contemplar a la niña, que estaba rozagante y envuelta en una manta. La pequeña miró directamente a Liz como si hubiese estado esperando su presencia. Era como si desde el principio la niña hubiese estado destinada a ellos, un regalo de un muchacho al que no conocían y de una joven que había pasado por su vida como un arco iris. Mientras la contemplaban maravillados, Tommy miró a sus padres y sonrió. Sabía que Annie también la hubiera querido.



Capítulo XI

Los dos días siguientes fueron agitados para todos y un poco agobiantes. John y Tommy desempolvieron la cuna de Annie y la pintaron, Liz la forró con tela rosa y cintas de satén. Desempolvieron cosas viejas y compraron algunas nuevas y, en medio de aquel torbellino, Tommy visitó la tumba de Annie y se quedó un buen rato sentado, contemplando el arbolito de Navidad y pensando en la niña. Le angustiaba recordar que Maribeth se iría a su casa. Todo había ocurrido muy deprisa. Parecía que pasaban muchas cosas al mismo tiempo, gran parte de ellas alegres, pero algunas también dolorosas.

Su madre estaba más contenta de lo que la había visto en todo el año, pero Maribeth se mostraba seria y reservada. Después del parto había mantenido una larga conversación con Liz y John durante la cual ellos le aseguraron que lo comprenderían si cambiaba de opinión. Sin embargo, ella insistió en su decisión. La entristecía tener que renunciar a su hija pero, ahora más que nunca, sabía que era lo acertado. Al día siguiente John llamó a su abogado y puso en marcha el procedimiento legal de adopción. El abogado redactó los documentos, se los llevó a Maribeth y le explicó detalladamente lo que iba a firmar. Todo quedó dispuesto tres días después del nacimiento de Kate. Maribeth renunció al período de prueba y rubricó su firma con mano temblorosa; luego dio a Liz un abrazo conmovedor. Le pidieron a la enfermera que aquel día no llevaran la niña a la habitación de Maribeth; necesitaba tiempo para asimilarlo.

Esa noche, Tommy fue a visitarla. La joven parecía serena y melancólica. Si bien los dos deseaban que las cosas hubieran sido de otra manera, Maribeth estaba convencida de que no tenía otra opción. Había hecho lo más acertado, sobre todo para la niña.

—La próxima vez será distinto, te lo prometo —dijo Tommy dulcemente antes de besarla.

Habían superado tantas adversidades juntos que ambos sabían que nada podía dañar el vínculo que los unía. Pero ella necesitaba tiempo para recuperarse de todo lo ocurrido. El médico le permitió abandonar el hospital el día de Año Nuevo, con la niña, y Tommy y sus padres fueron a buscarla.

Liz llevó a la pequeña hasta el coche y John sacó varias fotografías. Todos pasaron una tarde tranquila en casa. Cuando Kate lloraba, Liz iba a atenderla y Maribeth trataba de fingir que no la oía. No quería responder a la llamada de Kate, ya no era su madre. Tenía que esforzarse en poner distancia entre ellas. Sabía que en su corazón siempre habría lugar para ella pero no la cuidaría como una madre, no la acompañaría en la oscuridad de la noche, no la mimaría cuando estuviera resfriada ni le leería un cuento. Si sus vidas seguían entrelazadas, serían amigas, nada más. Ya

en aquel momento, su madre era Liz, no Maribeth.

Aquella noche, mientras Liz acunaba a la niña en brazos y la miraba dormir, John las contemplaba a las dos.

—Ya le has cogido cariño, ¿verdad? —Ella asintió en silencio, feliz; le parecía increíble que su marido le hubiera dejado hacerlo—. Supongo que debemos prepararnos para no dormir durante los próximos dos años.

—Te vendrá bien —repuso ella sonriendo.

John atravesó la habitación para darle un beso. La niña les había vuelto a unir. Les había dado esperanza y les recordaba lo dulce que es la vida cuando empieza y cuan importante es compartir esos momentos.

La llegada de Kate también había unido más a Tommy y a Maribeth. Ella parecía necesitarlo más que antes y sólo pensaba en lo doloroso que sería separarse de él. Se sentía extrañamente vulnerable, incapaz de enfrentarse al mundo sin él. La idea de regresar a su casa la aterraba, y retrasaba el momento de llamar a sus padres para decirles que ya había dado a luz. Llevaba toda la semana pensándolo pero no reunía fuerzas para hacerlo. No estaba preparada para regresar a casa.

—¿Quieres que llame yo? —preguntó Liz dos días después de que la dieran de alta—. No quiero darte prisas, pero a tu madre le gustará saber que estás bien. Debe de estar preocupada.

—¿Por qué? —dijo Maribeth sombríamente. La última semana había reflexionado bastante sobre sus padres—. ¿Qué más da ya, si mi padre no le ha dejado hablar conmigo en todo el año? No estuvo a mi lado cuando la necesité. Tú sí —agregó con aspereza. Era una verdad innegable. Ya no sentía lo mismo por su familia, ni siquiera por su madre. Sólo Noëlle permanecía en el corazón de Maribeth.

—Tu madre no puede evitarlo —dijo Liz, depositando a la niña en la cuna—. No es una mujer fuerte. —Aquella descripción era más exacta de lo que pensaba Liz. La madre de Maribeth estaba totalmente tiranizada por su padre—. Ni siquiera creo que se dé cuenta de que te ha abandonado —agregó con tristeza.

—¿Has hablado con ella? —preguntó Maribeth, confundida. ¿Cómo podía Liz saber tanto de su madre?

Liz vaciló unos momentos antes de contestar y luego decidió hablar con franqueza. Maribeth se sorprendió cuando se lo contó.

—John y yo fuimos a verlos después del día de Acción de Gracias. Pensamos que te lo debíamos. Entonces ni siquiera sabíamos que pensabas entregarnos el bebé, pero yo quería ver a qué clase de familia ibas a regresar. Todavía puedes quedarte aquí si lo prefieres. No obstante, creo que ellos te quieren, Maribeth. Tu padre es un hombre con muchas limitaciones. No comprende por qué quieres seguir estudiando. Yo quería asegurarme de que te permitiría ir a la universidad. Sólo te faltan unos meses para terminar el bachillerato y tienes que presentar la solicitud cuanto antes. Eres muy inteligente, Maribeth, y tienes que continuar con tus estudios.

—¿Y qué dijo mi padre? —Todavía no acababa de creerse que Liz hubiera recorrido cuatrocientos kilómetros para hablar con sus padres, que la habían abandonado durante seis meses.

—Dijo que si a tu madre le bastaba con quedarse en casa criando a los hijos, también debería bastarte a ti —respondió Liz, pero no le dijo que su padre había añadido: «Si es que encuentra a alguien que quiera casarse con ella»—. No entiende la diferencia ni se da cuenta de la joya que eres. —Sonrió—. El piensa que te hemos llenado la cabeza de ideas absurdas, y yo así lo espero —agregó sonriendo—. Y me sentiré decepcionada si no vas a la universidad. De hecho... —se interrumpió al ver que John entraba en la habitación—. Mira, teníamos reservado un dinero para la educación de Annie. Ahora haremos lo mismo para Kate, pero sin prisa. Y hace mucho tiempo que empezamos a ahorrar para Tommy. Así pues, queremos darte el dinero que reservábamos para Annie, para que estudies en la universidad. Puedes ir a la de aquí o matricularte en la que prefieras.

Maribeth estaba atónita. En ese momento intervino John:

—Tu padre y yo lo hablamos y acordamos que volverías a casa y terminarías el bachillerato esta primavera; luego eres libre de hacer lo que quieras. Si lo prefieres, puedes volver aquí y vivir con nosotros. —Miró a Liz y ésta asintió con la cabeza. Los tres habían acordado ya que Maribeth le diría a Kate que era una amiga de la familia y no su madre. Quizá un día, cuando fuera mayor, si quería saberlo, se lo dirían. Pero entretanto no era conveniente para la niña que Maribeth revelara la verdad—. Tienes solucionado lo de la universidad, Maribeth. El resto depende de ti. No creo que sea fácil vivir en tu casa, tu padre no es un hombre fácil, pero creo que también ha tenido tiempo de recapacitar. Se ha dado cuenta de que cometiste un error. No creo que lo haya olvidado, pero le gustaría que volvieras a casa. Quizá en los próximos meses conseguiréis reconciliaros, antes de que vayas a la universidad.

—No quiero volver a casa —reconoció Maribeth.

Tommy se unió a la conversación, sentándose a su lado y cogiéndole la mano. A él tampoco le agradaba que Maribeth se marchase y ya le había prometido que la visitaría todas las veces que le fuese posible, aunque cuatrocientos kilómetros era bastante distancia. Sin embargo, ambos sabían que seis meses no era una eternidad, aunque lo pareciera. A los dieciséis años, el tiempo se hace interminable.

—No te obligaremos a volver allí —le dijo Liz—, pero deberías intentarlo una temporada, por tu madre y para ver las cosas con cierta perspectiva. —Y entonces le dijo algo que había prometido a John que no diría—: Pero no creo que debas quedarte allí para siempre. Serían capaces de enterrarte en vida. —Maribeth sonrió por lo acertado de la imagen. Estar con sus padres era como ahogarse.

—Sé que lo intentarán, pero no lo conseguirán, gracias a vosotros. —Y abrazó a Liz, todavía incapaz de creer lo que los Whittaker estaban haciendo por ella, aunque también ella había hecho mucho por aquella familia.

Mientras hablaban, la niña se despertó y empezó a llorar. Maribeth miró cómo la cogía Liz y luego Tommy. A veces se la pasaban unos a otros como si fuera una muñequita, todos acariciándola, haciéndole carantoñas y jugando con ella. Era exactamente lo que necesitaba, exactamente lo que Maribeth deseaba para ella. Mirándolos, Maribeth supo que Kate tendría una vida maravillosa.

Tommy la sostuvo en brazos unos momentos y luego se la ofreció a Maribeth,

que vaciló un instante pero finalmente la cogió. Instintivamente, la niña la olisqueó y le buscó el pecho. Los senos de Maribeth todavía estaban rebosantes de leche. Maribeth percibía el aroma dulzón de Kate mientras la acunaba en brazos, antes de devolvérsela a Tommy. Todavía le resultaba entristecedor estar cerca de su hija, pero algún día le sería más fácil, cuando su propia vida hubiera evolucionado. Kate sería mayor y la sentiría como algo ajeno a sí misma.

—Llamaré esta noche —dijo, refiriéndose a sus padres.

Sabía que había llegado el momento de volver a casa, al menos temporalmente. Necesitaba reconciliarse con sus padres, luego sería libre para seguir adelante, para vivir su propia vida. Pero cuando los llamó, nada había cambiado. Su padre se mostró brusco y le preguntó si «se había desembarazado de él» y «había resuelto el problema».

—Ya he dado a luz, papá —anunció ella con serenidad—. Es niña.

—No me interesa. ¿Lo has dado ya? —preguntó bruscamente mientras Maribeth sentía que todo el cariño que le había tenido alguna vez se hacía añicos.

—La han adoptado unos amigos míos —dijo con voz temblorosa, mientras apretaba la mano de Tommy. No tenía secretos con él y necesitaba su apoyo más que nunca—. Dentro de unos días volveré a casa. —Mientras lo decía volvió a apretar la mano de Tommy, incapaz de soportar la idea de separarse de ellos. Era demasiado doloroso. Regresar con su familia se le hacía un calvario. Tenía que recordarse a sí misma que iba a ser una temporada corta, pero entonces su padre la sorprendió.

—Tu madre y yo iremos a buscarte —dijo ásperamente.

Maribeth se quedó atónita. ¿Por qué decidían aquello? Maribeth no sabía que los Whittaker habían insistido en ello. Creían que no debía regresar sola en autobús después de separarse de su hija. Por una vez, su madre se puso de su lado y le suplicó a su padre que lo hicieran así.

—Iremos el fin de semana que viene, si te va bien.

—¿Vendrá Noëlle también? —preguntó ella esperanzada.

—Ya veremos —respondió su padre, evasivo.

—¿Puedo hablar con mamá?

Su padre no contestó y se limitó a entregarle el auricular a su esposa. La señora Robertson se echó a llorar en cuanto oyó la voz de su hija. Quería saber si estaba bien, si el parto había ido bien, si la niña era bonita y se parecía a ella.

—Es una niña primorosa, mamá —dijo Maribeth en tanto las lágrimas resbalaban por sus mejillas y Tommy se las enjugaba suavemente.

Madre e hija lloraron durante unos minutos y luego se puso Noëlle, ansiosa de hablar con su hermana. La conversación era un revoltillo de exclamaciones y frivolidades. Noëlle había empezado el bachillerato y anhelaba que Maribeth regresara a casa. Se sintió muy impresionada al saber que su hermana se iba a incorporar al último curso.

—Más vale que te portes bien, porque te voy a vigilar —bromeó Maribeth entre lágrimas, feliz de volver a hablar con su hermana. A lo mejor Liz tenía razón y necesitaba volver a verlos, por muy difícil que fuera vivir de nuevo en casa de sus

padres después de todo lo ocurrido.

Finalmente colgó y le dijo a Tommy que sus padres irían a buscarla el fin de semana siguiente.

Los días transcurrieron rápidamente mientras Maribeth se recuperaba y se preparaba para marcharse. Liz había pedido excedencia en el colegio para ocuparse de la niña y parecía que los cuidados no tenían fin: había que darle de comer, bañarla y lavar montones de ropa. Maribeth se fatigaba sólo de mirarla y se daba cuenta de que ella se hubiera hartado de aquellas ocupaciones.

—Yo no podría hacerlo, Liz —dijo sinceramente, asombrada de cuánto había que trabajar.

—Claro que podrías, si te vieses obligada a ello —repuso Liz—. Algún día lo harás. Tendrás hijos, en el momento adecuado y con el marido adecuado. Entonces estarás dispuesta a hacerlo todo.

—Ahora no estaba preparada —observó Maribeth.

Quizá si el padre del bebé hubiera sido Tommy, habría sido distinto. Pero hubiera resultado muy extraño conservar el hijo de Paul y empezar de tan mala manera. Se preguntaba si hubiera salido adelante. Pero no quería pensar en eso, lo que tenía que hacer era olvidarlo todo y marcharse, que era la parte más difícil. Pensar en separarse de Tommy y la niña le resultaba dolorosísimo, y dejar a John y Liz casi igual de penoso.

Lloraba continuamente y por cualquier motivo, y Tommy la llevaba a pasear cada día, después del colegio. Daban largos paseos, se acercaban al lago y se reían al acordarse del día en que él la hizo caer en el agua y descubrió que estaba embarazada. Un día, volvieron al cementerio para retirar el arbolito de Navidad de Annie. Iban a todas partes como para dejar cada momento, cada lugar, cada día grabado en su recuerdo eternamente.

—Volveré, ¿sabes? —le prometió, y él la miró deseando que el tiempo avanzara o retrocediera para eludir el doloroso presente.

—Si no lo haces, te buscaré. Esto no termina aquí, Maribeth. Nosotros no terminaremos nunca. —Ambos estaban convencidos de ello en el fondo de su corazón. El suyo era un amor más allá del pasado y del futuro. Ahora sólo necesitaban tiempo para convertirse en adultos—. No quiero que te marches —le dijo él mirándola a los ojos.

—Yo tampoco —susurró Maribeth—. Presentaré la solicitud para ingresar en esta universidad.

Todavía no estaba segura de qué sentiría estando tan cerca de la niña. Pero no quería perder a Tommy. Era difícil saber lo que les depararía el futuro, en aquel momento lo único que sabían con certeza era lo que tenían, que era algo muy valioso.

—Te iré a ver —le prometió.

—Yo también vendré —dijo ella intentando no romper a llorar.

Pero el día de la partida llegó rápida e inexorablemente. Sus padres se presentaron en un coche nuevo que su padre había arreglado en el taller. Noëlle los acompañaba, dicharachera e inquieta como toda jovencita de catorce años. Maribeth

se echó a llorar y la abrazó. Las dos hermanas permanecieron largo rato abrazadas, alegrándose de reencontrarse. Pese a todo lo ocurrido, todo seguía igual entre ellas.

Los Whittaker los invitaron a quedarse a comer, pero los padres de Maribeth dijeron que tenían prisa. Margaret miró a su hija con los ojos llenos de pesar y de arrepentimiento por todo lo que no había podido darle. No había tenido la suficiente valentía y ahora se avergonzaba de que otras personas hubieran ocupado su lugar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con timidez, como si le diera miedo tocar a su propia hija.

—Sí, mamá. —Maribeth estaba muy guapa y parecía bastante mayor; aparentaba dieciocho años en lugar de dieciséis. Había crecido. Ya no era una niña, era una madre—. ¿Y tú cómo estás? —preguntó.

Su madre se echó a llorar, era un momento muy emotivo. Luego preguntó si podía ver a la niña y, cuando se la enseñaron, volvió a echarse a llorar y dijo que era igual que Maribeth de pequeña.

Pusieron las cosas de Maribeth en el coche y, de pronto, la muchacha se quedó allí sintiendo un nudo en el estómago. Volvió a entrar en la casa, fue hasta la habitación de Liz, cogió a Kate y la abrazó mientras la niña dormía, sin saber lo que ocurría: que alguien importante iba a salir de su vida y que jamás regresaría exactamente de la misma manera, si es que regresaba. Maribeth sabía que en la vida no había garantías, sólo promesas y susurros.

—Te dejo —le susurró al angelito durmiente—. No olvides que te quiero mucho —agregó. La niña abrió los ojos y la miraba fijamente como si entendiese lo que decía Maribeth—. Cuando vuelva ya no seré tu madre... ni siquiera lo soy ahora. Sé buena y cuida de Tommy por mí.

Le dio un beso cerrando los ojos. No importaba que no pudiese ofrecerle nada, ni que se merecía una vida mejor, en el fondo de su corazón siempre sería su hija y siempre la querría, y era plenamente consciente de ello.

—Siempre te querré —susurró con los labios apoyados al suave cabello. Luego la depositó en la cuna, la miró por última vez, sabiendo que ya no volvería a verla de aquella manera ni se sentiría tan unida a ella. Aquél era el momento final como madre e hija—. Te quiero —repitió y, al dar media vuelta, se encontró con Tommy, que llevaba un rato allí, mirándola y llorando en silencio.

—No tienes por qué entregársela a mis padres —dijo entre lágrimas—. Yo te amo y quería casarme contigo y todavía lo quiero.

—Yo también te amo, pero es mejor así, ya lo sabes. Es bueno para ellos... Nosotros tenemos toda una vida por delante —dijo abrazándolo temblorosa—. ¡Oh, Dios mío, cuánto te quiero! A ella también la quiero, pero tus padres se merecen un poco de felicidad. Y ¿qué puedo hacer yo por Kate?

—Eres maravillosa —dijo Tommy abrazándola con todas sus fuerzas, deseando protegerla de todo lo que había ocurrido y no separarse nunca de ella.

—Tú también —dijo Maribeth, y salieron lentamente de la habitación dejando a la niña. Maribeth casi se sentía incapaz de cruzar la puerta de aquella casa con él.

Tanto Liz como John lloraron al darle un beso de despedida y le hicieron

prometer que llamaría y que los visitaría con frecuencia. A ella también le apetecía, pero no quería que pensarán que intentaba entrometerse en la vida de Kate. Sin embargo, necesitaba verlos, así como a Tommy; los necesitaba más de lo que ellos suponían. Y seguía deseando compartir el futuro con Tommy.

—Te quiero —dijo Tommy con énfasis, como una afirmación definitiva. Conocía todas las vacilaciones de Maribeth, su temor a inmiscuirse en su vida, pero no iba a permitir que se distanciara. Su actitud era un consuelo para Maribeth. Sabía que podía contar con él si lo necesitaba, y ahora lo necesitaba. Esperaba que siempre fuese así. Pero si algo habían aprendido todos, era que el futuro era incierto. Nada de lo que habían deseado o proyectado había ocurrido según las previsiones. No esperaban que Annie los dejara tan repentinamente ni tan pronto, ni que llegara Kate, casi igual de rápidamente, ni que Maribeth pasara por su vida, como la visita de un ángel. Lo único que sabían era que podían dar muy pocas cosas por seguras.

—Os quiero mucho a todos —dijo, volviendo a abrazarlos, incapaz de separarse de ellos.

Entonces sintió una mano inesperadamente amable en el brazo. Era la mano de su padre.

—Vamos, Maribeth, hemos de regresar a casa —dijo, también con lágrimas en los ojos—. Te hemos echado de menos.

La ayudó a subir al coche.

Quizá su padre no era tan terrible como ella lo recordaba, sino solamente un hombre con muchas debilidades y opiniones anticuadas. Quizá en algunos aspectos todos habían crecido, quizá había sido un momento decisivo para todos.

Tommy y sus padres permanecían en la acera, observando cómo se alejaba el coche, con la esperanza de que Maribeth regresara para quedarse con ellos, sabiendo que, si la vida se portaba bien con ella, lo haría, los visitaría o se quedaría para siempre. Estaban agradecidos por haberla conocido, se habían ofrecido valiosísimos regalos, de amor, de vida y aprendizaje. Ella los había devuelto a la vida y ellos le habían dado un futuro.

—Os quiero —susurró Maribeth en tanto se alejaba, mirándolos por el cristal trasero del coche. Ellos la observaron despedirse con la mano y luego continuaron allí, de pie, pensando en ella, recordando todas las experiencias vividas, hasta que finalmente regresaron a la casa, donde los aguardaba el regalo que Maribeth les había dejado.

* * *



RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

DANIELLE STEEL

Danielle Fernande Dominique Schuelein-Steel (n. 14 de agosto de 1947 en Nueva York, EE. UU.), es conocida sobre todo por sus novelas románticas como Danielle Steel. Ha vendido más de 530 millones de ejemplares de sus libros (a fecha 2005). Sus novelas han estado en la lista de bestseller del New York Times durante más de 390 semanas consecutivas y veintiuna han sido adaptadas para la televisión.



Steel comenzó a escribir historias cuando era una niña, y en su juventud escribió poesía. Graduada en el Liceo Francés de Nueva York, clase de 1965, marchó a estudiar a la Universidad de Nueva York y Europa. Además de inglés habla con fluidez francés e italiano, domina bastante bien el español, y tiene nociones de alemán, finlandés e incluso japonés. A los dieciocho años acabó su primera novela, que no publicó hasta 1973.

Se casó a los dieciocho años con Claude-Eric Lazard y tuvo una hija. Tuvo un breve segundo matrimonio con un violador convicto, Danny Zugelder. Pronto se encontró embarazada del adicto a la heroína William Toth con el que se casó poco antes de dar a luz a su hijo, a quien llamó Nicholas, pero se divorciaron poco después. Se casó por cuarta vez con John Traina, que ya tenía dos hijos propios. Traina adoptó a Nick y le dio su apellido. Con este, Steel tuvo cuatro hijas y un hijo, pero el matrimonio también acabó en divorcio. Su quinto matrimonio, con el financiero de Silicon Valley, Tom Perkins, duró menos de dos años, acabando en 1999. Actualmente está divorciada.

En 2002 el gobierno francés condecoró a Danielle Steel como Caballero de la Orden de las Artes y Letras por la contribución de toda su carrera al mundo de la cultura. En 2003 Steel abrió una galería de arte en San Francisco, donde vive, para exhibir los cuadros y esculturas de jóvenes artistas. También mantiene una residencia en Francia, donde pasa varios meses al año. Tiene ancestros alemanes, Judíos y portugueses. Pertenece a la iglesia científica cristiana.

Además de sus novelas para adultos, Steel ha escrito la serie *Max y Martha* para niños; cuatro libros dedicados a *Freddie* sobre situaciones reales en las vidas cotidianas de los niños, como la primera noche fuera de casa; un libro de poesía y también dos libros de no ficción : *Having a Baby* y *His Bright Light* (el último dedicado a la vida y muerte de su hijo Nicholas Traina). Nicholas, que fue diagnosticado con trastorno bipolar, se suicidó en 1997.

EL REGALO

Estamos en los cincuenta, cuando la vida era mas sencilla, la gente todavía creía en sus sueños y la familia constituía el núcleo de las relaciones humanas. El lugar es una pequeña ciudad del Medio Oeste. Allí, en una apacible avenida bordeada de árboles, un hogar feliz es destruido por la absurda muerte de una niña. Los padres y el hermano se sumen en el dolor y en la desesperanza. Sin embargo, la inesperada llegada de una joven cambiará para siempre sus vidas y les permitirá recuperar la felicidad.

© Danielle Steel, 1995
Título original: *The Gift*
Editor original: Corgi Books, Noviembre/1995
Traducido por María José Rodellar

© Nuevas Ediciones de Bolsillo, 08/2004
Colección: Biblioteca Danielle Steel, 2
Primera edición Agosto /2004
ISBN: 84-9759-593-9